

RESCATE **DAVID** **MALOUF**



Lectulandia

Hacia el final de la Guerra de Troya, Aquiles, furioso por la muerte de su compañero Patroclo a manos de Héctor, hijo de Príamo, rey de Troya, lo mata y profana su cadáver arrastrándolo con su carro alrededor de las murallas de Troya durante once días. Príamo decide rebajarse como ningún rey lo había hecho antes: arrodillarse ante su enemigo, el asesino de su hijo, y suplicarle que le devuelva el cuerpo de su hijo a cambio de un rescate.

En esta historia del encuentro entre Príamo y Aquiles, dos hombres poderosos devastados por la pena, que apenas ocupa unos versos de la «Ilíada», David Malouf descubre una de esas «historias no contadas que encontramos en los márgenes de escritores anteriores», como reconoce él mismo al final del libro.

En su primera novela después de diez años, Malouf, uno de los más prestigiosos escritores australianos contemporáneos, recupera esta conmovedora escena de la Ilíada para volver sobre temas como la guerra, el azar, el destino, la camaradería o el amor filial que siguen hoy tan vigentes como hace tres mil años.

Lectulandia

David Malouf

Rescate

ePub r1.0

NoTanMalo 6.3.16

Título original: *Ramson*
David Malouf, 2009
Traducción: Vanesa Casanova

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UNO

La mar tiene muchas voces. La voz que este hombre ansía oír es la voz de su madre. Alza la cabeza, vuelve el rostro al aire gélido que entra por el golfo y prueba el sabor penetrante de su sal en los labios. La superficie del mar, de un lustroso azul plateado, se infla y refulge como una membrana que se estira hasta convertirse en una fina capa transparente donde en una ocasión, durante nueve ciclos lunares, había permanecido acurrucado en el sueño pretérito de la existencia, acunado y cómodo. Ahora se agacha sobre los guijarros que se acumulan en la orilla, apretando la túnica entre sus muslos. El mentón bajo, los hombros encorvados, atento.

A veces el golfo se encrespa. Sus voces retumban tanto en su cabeza que le parece estar en pie, inmóvil, en el fragor de la batalla, pero hoy, a la luz del amanecer, la superficie marina se asemeja a un lago. Pequeñas olas se deslizan hasta sus pies calzados con sandalias para después perderse con un repiqueteo cuando las piedras lisas quedan sueltas y salen rodando.

Nuestro hombre es un soldado, pero cuando no está combatiendo es agricultor y la tierra, su elemento. Sabe que algún día volverá a ella. Todos esos átomos que milagrosamente se congregaron en el nacimiento para dar forma a estas mismas manos, estos pies, este antebrazo nudoso, se separarán y volverán a dispersarse, cada uno por su lado. Es hijo de la tierra. Pero toda su vida, en su otra naturaleza, se ha sentido atraído por el elemento materno, hacia lo que en todas sus formas, ora océano o lago, ora corriente, se muestra cambiante e incorpóreo, hacia aquello que, en un instante de calma, acepta el reflejo de un rostro, un árbol reverdeciente, pero que nada retiene y no puede ser en sí mismo retenido.

De niño, se inventaba sus propios nombres para llamar a la mar. Los repetía una y otra vez en voz baja, invocándola hasta que las sílabas resplandecían y la hacían presente. A la rebosante luz de la luna en sus aposentos, a mediodía en el jardín paterno, entre los robledales cuando las tormentas arreciaban con bravuconería y la tarde caía con todas sus fuerzas, él se sentía atrapado y tiernamente envuelto cuando ella le susurraba algo en voz baja sobre su piel. ¿Me oyes, Aquiles? Soy yo, sigo aquí, contigo. Durante algún tiempo podré estar a tu lado cuando invoques mi nombre.

Tenía entonces cinco o seis años. Ella era su secreto y él flotaba en los largos y suaves remolinos de su cabello.

Pero desde el principio le había avisado de que no siempre estaría a su lado. Había renunciado a él. Tal era la dura condición de su existencia y de todo el comercio que había entre ambos. Un día, tras pisar tierra, supo inmediatamente que algo había cambiado. El don que había percibido como algo consustancial a él, ese juego de un yo dual que en un instante le había permitido escapar de su ruda naturaleza de muchacho y convertirse en una especie de anguila, fluida, ingrátida y sin sustancia en brazos de su madre, había desaparecido. A partir de entonces, ella no sería más que el débil y lejano eco de sus sentidos, un murmullo submarino.

Había llorado, pero en silencio, sin traicionar jamás sus sentimientos ante los demás.

En algún lugar en las profundidades del sueño, su espíritu había cruzado para no volver, o quizá lo hubieran raptado y transformado. Al inclinarse y elegir una piedra para su honda, la primera adquirió un nuevo peso en su mano; la segunda, una tensión distinta. Era hijo de su padre, era mortal. Había entrado en el arduo mundo de los hombres, donde los actos del hombre lo siguen allá donde va en forma de historia. Un mundo de dolor, pérdida, dependencia, estallidos de violencia y euforia; de fatalidad y contradicciones fatales, de anhelantes saltos hacia lo desconocido y, por último, de muerte: la muerte de un héroe a plena luz del sol bajo la atenta mirada de dioses y hombres para la que el yo despiadado, el cuerpo endurecido, debía ejercitarse y prepararse a diario.

La brisa le roza la frente. Allá lejos, donde el golfo se ahonda, se forman pequeñas olas, se arremolinan y finalmente mueren, mientras otras nuevas las reemplazan. Todo se repite y seguirá repitiéndose hasta la eternidad, esté él allí o no para observarlo: eso es lo que ve. En la visión a largo plazo que otorga el paso del tiempo, quizá incluso él haya desaparecido. Es el tiempo, no el espacio, lo que observa fijamente.

Durante nueve años, inviernos y veranos, han permanecido encerradas aquí en la playa esas vastas hordas de griegos de todos los clanes y reinos: de Argos, Esparta y Boecia, Eubea, Creta, Ítaca, Cos y otras islas o, como él y sus hombres, sus mirmidones, de Ftía. Días, años, una estación tras otra. Un infinito entretanto en el que debes mantener tus armas en condiciones óptimas y a tu yo más astuto tenso como la cuerda de un arco durante largos períodos de pereza, de una espera paciente e inquieta, de vergonzosas reyertas, de fanfarronadas y habladurías impropias de hombres.

Semejante vida es mortal para el espíritu de un guerrero, alguien que, para soportar lo más difícil, necesita acción: el batir de las armas que resuelve una pelea con rapidez y envía de nuevo a un hombre, ya con el espíritu renovado, a convertirse una vez más en un buen agricultor.

Una guerra debe librarse con rapidez y determinación. Como máximo en treinta días, en las semanas que van de los primeros brotes primaverales a la recolección,

cuando el maíz está reseco y maduro para el hierro enemigo, para volver de nuevo al ritmo aborregado de la vida de agricultor. A los días del calendario y todo lo que con ellos llega; a la siembra y el arado y la cosecha del cereal. A vagabundear calzando tus viejas sandalias por los campos golpeados por el sol, cubiertos de hierba seca, y el olor a menta silvestre bajo los pies. A haraganear a la sombra, compartiendo con parsimonia los rumores que van y vienen, mientras las moscas zumban a tu alrededor y de las axilas caen hilos de sudor. Vuelta a las interminables disputas, a administrar justicia en la casa de uno. Vuelta a la poda de los olivos, a observar cómo con el paso de los meses se hincha el vientre de una yegua o cómo la primera pálida brizna brota entre la hierba. A notar lo mucho que un hijo ha crecido desde la última muesca en la jamba de la puerta.

En estos nueve años, su propio hijo Neoptólemo, allá lejos en casa de su abuelo, ha crecido sin él. Días, semanas, una estación tras otra.

El sol asciende. Y él se pone en pie. Permanece erguido un instante más, inmerso en sus pensamientos. Incluso en ese estado de pasividad, su mente está en plena actividad. Entonces, con la cabeza gacha y la túnica recogida, emprende el camino de vuelta por la pendiente de la playa, hacia el campamento.

Suena en el aire un cántico agudo, como de espíritus. Proviene de las jarcias de los barcos que, recién llegados, se bambolean anclados o alineados para la batalla en las plataformas de madera de pino dispuestas a lo largo del muelle. Las naves suman más de mil. Las vergas, silueteadas contra la palidez del cielo, se asemejan a un bosque transportado hasta allí como por arte de magia. Después de pasar tantos meses en tierra, los cascos están blancos como la leche. Llegan hasta el campamento formando una hilera, amurallando el mar.

Se desplaza con rapidez. A la sombra hace frío. Camina con aire desgarrado sobre la pendiente de la playa, con andares de borracho. Las sandalias resbalan sobre los guijarros, algunos de ellos tan grandes y suaves como un huevo de pato. Entre los guijarros, algas de tonos marrones y dorados, aún húmedas por el efecto de la marea.

Al dejar atrás la última hilera de barcos, hace una pausa y observa detenidamente el golfo. La mar, todo fuego, se extiende, completamente lisa, hasta la línea del horizonte. Parece tan sólida, tan falta de profundidad, un lugar tan atractivo en el que asentarse, que cualquiera se vería tentado de girar bruscamente a la derecha para intentar caminar sobre las aguas. Y solo cuando la mar se abriera engulléndolo se daría cuenta de haber caído víctima del engaño de un monstruo de la naturaleza.

Pero no es en la mar donde todo acaba. Acabará aquí, en la playa, sobre esta arena traicionera cubierta de guijarros, o allá lejos en la llanura. Está escrito. Es inevitable. Con la piadosa resignación del anciano que nunca será, lo ha aceptado.

Pero en alguna otra parte de sí el hombre joven que es resiste. Y es la ira soterrada de esa resistencia lo que cada mañana lo impulsa a hollar la costa. Mas no

enteramente solo. Con sus fantasmas.

Patroclo, compañero del alma y amigo de la infancia.

Héctor, enemigo implacable.

Patroclo había aparecido una tarde, como si nada, en el patio paterno. Era un muchacho tres años mayor que él, le sacaba casi una cabeza. De perfil aguileño, intenso, de pies y manos ya desproporcionadamente largos para el hombre en el que se estaba convirtiendo.

Aquiles había estado cazando en uno de los barrancos situados detrás de palacio. Había cazado una liebre. Precedido por los grandes gritos triunfales, había entrado subiéndolo con determinación las escaleras del patio para enseñarle la presa a su padre.

Tenía diez años. De pelo largo, nervudo, la piel oscurecida por el sol ftío. Todavía medio salvaje. Todavía con su espíritu sin asentar.

A Peleo le enfureció la intrusión. Se giró para regañar al muchacho, pero se aplacó cuando vio lo que llevaba. Hizo un gesto a Aquiles para que permaneciera inmóvil. Entonces, con un ligero gesto desvalido que dejó a la vista las palmas de sus manos —«Ya lo ves, yo también soy un padre afectuoso»—, se disculpó ante su invitado, Menecio, rey de Opus, por ese involuntario gesto de descortesía.

Aquiles, que aún resollaba como consecuencia de la larga carrera por los campos, se aprestó a esperar pacientemente. Primero con aire distraído, sin llegar a presentir lo que todo aquello significaría algún día para él: dando todavía por sentado que el centro de atención era la liebre colgada de su muñeca que goteaba sangre, permaneció erguido apoyándose ora en un pie, ora en otro, esperando a que los asuntos que aquel visitante tuviera que tratar tocaran a su fin y su padre le prestara toda su atención.

La historia que Menecio tenía que contar era espantosa.

El muchacho de manos y pies grandes era su hijo, Patroclo. Hacía diez días, en una disputa por un juego de taba, Patroclo había golpeado y matado a uno de sus compañeros: el hijo de diez años de Anfidamas, un alto funcionario de la corte. Menecio había llevado al muchacho a Ftía en busca de asilo, como un proscrito.

En un tono de voz aún sepulcral y lleno de asombro por cómo, en un instante, tantas vidas podían quedar dispersas y rotas, aquel hombre infeliz les retrotrajo a aquella fatídica mañana.

Dos jugadores, ferozmente inmersos en la rivalidad del juego, ríen acucillados a la sombra de una columnata. Se mofan el uno del otro, como haría cualquier muchacho de su edad. Mantienen la vista alzada, siguiendo los huesos a medida que ascienden, sin ningún presagio funesto a la vista.

Durante un largo instante, las tabas se mantienen en el aire, en lo más alto de su vuelo, como si, al volver a narrar los acontecimientos con gravedad, el padre estuviera permitiendo que se abriera una grieta donde, en esa ocasión, algún poder superior pudiera intervenir, con la arbitraria indiferencia de quienes disponen de un

poder infinito sobre el mundo de las conjunciones y los accidentes, para dar la vuelta a lo que estaba a punto de ocurrir. El silencio se hace más denso. Incluso las cigarras han dejado de cantar.

El niño cuyo destino está suspendido en el aire permanece en pie, con los labios abiertos, aunque ni una gota de aire pasa entre ellos, perdido, como todos ellos, en una historia que bien podría estar escuchando por primera vez y que aún no ha tocado a su fin.

También Aquiles permanece en pie, hechizado. Como un durmiente que por casualidad hubiera tropezado con un sueño ajeno, ve lo que está a punto de ocurrir, pero ni puede moverse, ni gritar para impedirlo. Le pesa tanto el brazo derecho (se ha olvidado de la liebre) que quizá no vuelva a levantarlo jamás. El golpe está a punto de caer.

El niño Patroclo inclina el mentón, las delgadas cejas se arquean expectantes y una ligera humedad ilumina la parte inferior de su labio superior. Por primera vez, Aquiles se topa con su mirada. Patroclo lo mira. El golpe se deja sentir, hueso a hueso. El muchacho, con la vista aún fija en Aquiles, lo encaja con apenas una ligera inclinación de hombros, una inhalación casi imperceptible de su aliento.

Aquiles está tan aturdido que da la impresión de que le hubieran asestado el golpe a él. Rápidamente se vuelve hacia su padre, de cuya palabra tantas cosas dependen.

Pero no hay necesidad de añadir su pequeño granito en forma de súplica. También Peleo está conmovido por el espectáculo de este muchacho, señalado como un proscrito y marcado como un asesino, que permanece en pie esperando en una especie de tierra de nadie a ser readmitido en compañía de los hombres.

Y así quedó decidido: Patroclo sería su hermano adoptivo. Para Aquiles, el mundo se había reordenado alrededor de un nuevo eje. Así fue como, dando un salto hacia delante, su verdadero espíritu tomó forma, como si desde siempre hubiera necesitado de aquel otro antes de poder ser plenamente él mismo. Desde ese instante, fue incapaz de concebir nada en la vida que le tocara vivir de lo que Patroclo no formara parte y ante lo que no diera su aprobación.

Pero las cosas no siempre fueron fáciles entre ambos. A veces resultaba difícil acercarse a Patroclo, consciente de que, con independencia del afecto fraternal que Aquiles le profesara, allí era un cortesano, un ser dependiente. Se apartaba, henchido de orgullo y aquejado de un dolor que no podía calmarse con facilidad. Lo que Aquiles vio entonces en ese ceño hosco era lo que le había golpeado con tanta fuerza en la primera mirada que habían cruzado, esa mirada amedrentada que había atrapado su alma antes incluso de que supiera que la tenía. Y, una vez más, como si de su propia memoria se tratara, volvía a oír lo mismo que Patroclo: el golpeteo de un hueso contra otro en el momento en el que dos vidas chocaron y cambiaron de manera irrevocable.

No, se dijo Aquiles. Dos vidas, no: tres. Porque cuando Patroclo volvía a revivir

ese instante, él también estaba allí. Conteniendo el aliento, demasiado aturdido, tan prisionero de su espíritu que era incapaz de moverse, seguía observando la escena con ojos de ensueño mientras aquel otro (el hijo pequeño de Anfidamas, cuyo rostro nunca había contemplado) fue fortuitamente empujado a un lado para hacerle sitio a él.

Pensaba en aquel muchacho a menudo. Estaban unidos, aun cuando fuera por un vínculo oscuro, de carne a fantasma. De forma diferente, pero por la misma voluntad y en el mismo instante en el que su destino se había unido al de Patroclo.

Cuando llegó el final fue abrupto, si bien no del todo accidental.

Tras una tregua de varias semanas, la guerra se había reiniciado con inusitada ferocidad. Al principio, en escaramuzas aisladas; después, cuando se supo que los griegos estaban divididos y que Aquiles, el más formidable de entre todos ellos, había retirado sus fuerzas, en forma de ataque frontal. Héctor, matando a diestro y siniestro, había tomado por asalto las murallas del campamento y se había abierto camino hasta las naves griegas. La causa griega se había tornado desesperada.

También Patroclo. Refrenándose y sin participar en el combate debido a la disputa que enfrentaba a Aquiles con sus generales, se desplazaba con celo sincero de un lugar a otro del campamento mientras oía las noticias relativas a la muerte de este hombre, las heridas que casi causan la muerte a este otro, todo ellos compañeros queridos. Nada dijo, pero Aquiles sabía que el corazón puro de Patroclo estaba dividido entre el viejo y profundo cariño que se profesaban, que hasta entonces jamás se había cuestionado, y una especie de duda, de vergüenza incluso. Patroclo ve mi indiferencia para con el destino de estos griegos como una mancha en mi honor y en el suyo, se decía Aquiles.

Conocía todos los movimientos del alma de Patroclo (¿cómo no, después de tanto tiempo?), pero no se dejaba influir por ellos.

Finalmente Patroclo había aparecido en la cabaña y, ceñudo y silenciosamente turbado, había tomado asiento en un taburete situado cerca de la entrada, donde resultaba imposible ignorar su presencia. Allí esperó.

Aquiles, lleno de resentimiento por el hecho de ser juzgado, aun en silencio, así como por el hecho de que se le estuvieran pidiendo cuentas, siguió ocupado en naderías. Cada instante de desunión entre ambos era un tormento para él. Su conflicto con Agamenón era justo, se sentía herido en su orgullo. ¿Acaso tenía que volver a defenderse? Agamenón, ya fuera porque era de natural vanidoso y conflictivo o porque siempre había envidiado la influencia que sobre ellos tenía un hombre más joven que él, lo había injuriado delante de todos.

Los generales le habían entregado como botín de guerra a una muchacha esclava, Briseida. En el tiempo que llevaba con él, le había cogido cariño. Fue entonces cuando el botín de Agamenón, Criseida, fue rescatada y enviada de vuelta a Troya. El gran comandante, con la altivez que lo caracterizaba, había reclamado su premio,

Briseida, como sustituta de la primera. Naturalmente, Aquiles se había negado sin reparar en otras consideraciones. Cuando Agamenón, encolerizado por el desaire, rugió furioso y lo censuró con tosquedad, también Aquiles perdió la calma y, conteniéndose a duras penas para no golpearlo, había abandonado la asamblea hecho una furia y se había retirado a su tienda, negándose a mantener cualquier tipo de contacto y retirando sus tropas de la línea de batalla.

Si los generales griegos sufrían ahora, solo ellos tenían la culpa. Él y sus seguidores, incluido Patroclo, su padre Peleo y su tierra natal, Ftía, habían sido víctimas de una afrenta escandalosa.

Obviamente, sabía lo que Patroclo pretendía con su amenazadora presencia y fue capaz de soportarlo durante bastante tiempo, pero desacostumbrado, en lo que a Patroclo respectaba, a contener sus sentimientos, había permitido que una airada decepción se apoderara finalmente de él.

«Si todo esto te afecta tanto, Patroclo —había dicho rápidamente—, ve y salva tú a los griegos.»

«Así lo haré, puesto que el gran Aquiles no va a hacerlo», respondió Patroclo. Y espada en mano, se puso rápidamente en pie. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Habían permanecido de pie, horrorizados ambos por las palabras cruzadas. Aquiles temblaba, demasiado orgulloso para admitir, incluso ante ese hombre que era su misma mitad, que podía estar equivocado, pero abatido y muy afectado. ¿Cuándo había sido la última vez que él y Patroclo se habían peleado de ese modo? ¿Cuándo había visto llorar a Patroclo por última vez? Sabía que las lágrimas eran por su causa. Sentía su calor en la garganta. Más aún incluso debido a ese desagradable desencuentro entre ambos.

—Patroclo —había susurrado mientras se daba la vuelta.

—Aquiles, déjame ir —le suplicó Patroclo, también susurrando, a pesar de que no había nadie más—. Déjame ir y llevarme a los mirmidones conmigo. Préstame tu armadura. Cuando los troyanos vean tu casco y tu escudo, creerán que es Aquiles quien ha regresado al campo de batalla, se retirarán y darán a nuestros amigos espacio para respirar. Aquiles, te lo suplico.

Lleno de celos pero repentinamente desprovisto de voluntad, Aquiles había asentido. Cuando Patroclo, después de tantos días de tensión, lo apretó contra su pecho en un estallido de jubilosa reconciliación, se convenció durante un instante de que todo podría suceder tal y como Patroclo había imaginado, que todo podría dar un vuelco y salir bien. Y cuando Patroclo, armado pero aún sin el casco, siendo de nuevo él mismo incluso vistiendo una armadura que no era la suya, permaneció en pie sonriéndole, Aquiles le había devuelto la sonrisa, si bien el sentimiento que irradiaba de la incandescente frescura de su querido amigo, el aplomo y el ánimo del guerrero armado para la batalla no durarían.

Solo de nuevo en aquella cabaña, febril, inmerso en sus pensamientos y con la pesadez del sueño cayendo sobre él, oyó un grito elevándose de entre los griegos

reunidos en asamblea: su nombre. «¡Aquiles!» y, a continuación, el eco desde las líneas troyanas, un murmullo hueco, como el viento naciente.

Sintiéndose él mismo hueco, como si su pecho y sus extremidades fueran ingrátidos, se había puesto en pie y, tambaleándose ligeramente, había salido a observar los acontecimientos.

Allá fuera, sobre la llanura resplandeciente, una figura vestida como él y con sus mismos andares, reluciente entre sus guarniciones, petos y grebas, sosteniendo en alto su escudo tachonado, estaba solo, erguido entre las líneas. Cuando los griegos gritaron su nombre por segunda vez, la figura se giró como muestra de reconocimiento. Su brazo derecho dio una rápida sacudida y levantó el escudo relampagueante.

Hubo una sacudida repentina, un gran ruido de jadeos estridentes y metal entrechocando. Espadas, cabezas y hombros por todas partes. Había gritado: «¡Patroclo!», pero en silencio. Un grito apagado en los rincones más recónditos de su mente por el estruendoso tañido del bronce chocando contra el bronce amartillado, cuando el casco con la crin de caballo y la pluma ondulante (su casco, que todos los hombres de Troya, griegos y troyanos, reconocían como suyo y por el que lo identificaban) le cayó bruscamente de la cabeza, con un repentino golpe que pareció venir de la nada (otra vez los dioses, ¡su segundo golpe!). Patroclo, con la boca abierta por la sorpresa, dio un paso atrás, se tambaleó y cayó a tierra.

Había llorado por Patroclo. Había llorado inconsolablemente. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, balanceándose angustiado adelante y atrás, arrojándose puñados de tierra sobre la cabeza.

Dos días después, con el mismo aspecto que había tenido en vida, el fantasma de Patroclo se había presentado en el mismo lugar donde Aquiles permanecía alejado de los demás, hecho un ovillo como un niño tendido sobre la playa, sobre los guijarros redondeados que olían a madre, a hierba seca y húmeda de mar. Posado sobre el prolongado sollozo de las olas, Patroclo le había suplicado, tiernamente y con su voz de siempre, que dejara de invocar su nombre con tanta lástima, que le diera sepultura con todos los debidos honores pero con presteza y que dejara marchar a su espíritu de una vez por todas para que pudiera encontrar el camino entre los muertos. Desde aquella noche, incluso cuando yace insomne en su jergón, vigilante y expectante, reprimiéndose siempre para no llamarlo, Patroclo no ha vuelto.

Ahora sus huesos, esos doce largos huesos, el cráneo quemado, el puñado de fragmentos astillados que habían recogido de las cenizas de su pira, están en la urna de boca ancha dentro del túmulo que Aquiles ha levantado en memoria de su querido amigo. Allí donde sus propios huesos se le unirán pasado un tiempo.

«Solo un poco más, Patroclo —susurra—. ¿Puedes oírme? Pronto, muy pronto.»

Pero antes debe enfrentarse al asesino de Patroclo, en un último encuentro bajo las murallas de Troya.

La armadura que Héctor vestía era la que le había quitado al cuerpo de Patroclo, la armadura de Aquiles, que Héctor vestía ahora para burlarse de él: el casco, con su cresta de crin de caballo y sus plumas; el arnés de bronce, que le colgaba de los hombros; las grebas con cierres plateados a la altura de los tobillos y las rodillas.

Enfrentado a un enemigo así pertrechado en un espacio tan reducido, las espadas chocando tras una persecución de una hora, esquivándose a un lado y a otro para anticiparse o evitar los golpes del otro, buscando (dado que conocía el interior de la armadura) ese punto sin protección en el coselete (en la garganta, allí donde la clavícula deja paso a la carne blanda del cuello), aquello era como intentar engañar o anticiparse a las intenciones de su sombra, apuntando, más allá de Héctor, contra sí mismo. Y cuando llegó la muerte de Héctor, en su armadura, fue como ver durante un segundo fugaz la representación en sueños de su propia muerte.

Esquivó y fintó, halló el lugar preciso y, con rostro severo pero sonriendo por dentro, le clavó suavemente la espada.

Héctor, con los ojos abiertos por la incredulidad, dio un paso adelante y cerró el puño sobre el de Aquiles. Con el sudor cayéndole por el rostro y todos los músculos del antebrazo tensados en un último acto de desafío, sus miradas se cruzaron.

Aquiles gruñó y dio un nuevo impulso a la espada. Todo el peso de su cuerpo se abalanzó sobre el arma. Él, ingrátido. Toda la fuerza de su presencia bruta sobre el filo, hundiéndolo con presteza. Hubo un instante prolongado, una pausa en la que ambos, Héctor y él, quedaron unidos por tres palmos de bronce templado.

Con las rodillas hundidas en el polvo, Héctor levantó la vista, aferrándose aún al puño de Aquiles. A pesar de la herida mortal que había recibido, con un espíritu incólume al rencor de antaño, casi con preocupación fraternal, en su último aliento, habló a Aquiles. Como hombres, ambos, para quienes este era un instante sagrado: un encuentro que desde el principio había sido el objetivo de sus vidas, el logro final de lo que eran. De hombre a hombre, pero impersonalmente. Aquiles, al acercarse, sintió un escalofrío que le atravesó al reconocer el instante preciso en el que el aliento de Héctor lo abandonó y fue sustituido por la voz de algún dios.

«No vivirás mucho más que yo, Aquiles —susurró la voz. Y después—: Pocos son los días que te quedan en la tierra, para comer y charlar con tus compañeros y disfrutar de los placeres de las mujeres. Ya, allá lejos en el hogar de tu padre, en Ftía, se están preparando para guardar luto.»

Apoyado sobre su espada para escuchar el último suspiro de Héctor, Aquiles sintió cómo el enorme cuerpo de aquel se balanceó un instante y se tambaleó. Arrastrado por su propio peso, con la sangre manando a borbotones de ese punto blando situado entre cuello y clavícula, se desprendió del filo de la espada y rodó lentamente hacia atrás.

También Aquiles se tambaleó un instante. Sintió cómo el alma le cambiaba de color. La sangre formaba un charco a sus pies y, si bien permaneció erguido y

triunfante bajo el sol, su espíritu emprendió su propio camino de descenso, aproximándose a las fronteras de una región ignota. Dudó lo que dura un latido y, después, prosiguió su camino.

Nunca sabría el tiempo que pasó en ese reino crepuscular. El yo que encontró el camino de regreso era otro, más obstinado. Permaneció inmóvil, inmovible mientras sus mirmidones formaban un cordón alrededor del cadáver de Héctor y le quitaban la armadura (arnés, coselete, grebas) hasta que no le quedó más que la túnica corta, manchada ahora de sudor, rasgada y empapada de la sangre del propio Héctor. Siguió en pie mirando mientras uno a uno, sin pasión pero también sin compasión, hundían las espadas en el cuerpo indefenso de Héctor. Con cada estocada gritaban su nombre, para que todos aquellos que miraban desde las murallas de Troya lo oyeran; también Héctor, dondequiera que se encontrara en su descenso al inframundo, lo oiría y miraría atrás con tristeza.

Aquiles observaba la escena. Él mismo parecía un hombre muerto. No sentía nada.

Una vez concluyeron y se hubieron retirado, Aquiles se levantó y se acercó al cuerpo. Permaneció en pie, observándolo desde arriba. Tomó un cuchillo del cinto, hincó una rodilla en tierra y, rápidamente, como si siempre hubiera sabido que eso era lo que haría, cortó uno tras otro los tendones de los pies de Héctor, desde el tobillo hasta el talón.

Sus hombres lo observaban. No podían ni imaginar lo que se proponía hacer.

Desovilló de su cintura una correa de piel de buey, levantó los pies de Héctor y los ató. Después, con la cinta firmemente amarrada alrededor de la muñeca, arrastró el cuerpo hasta su carro. Pasó la correa una, dos, tres veces alrededor del eje de madera de haya, atándola firmemente al carro. Sacudió el cuero para comprobar que resistiría. A continuación, como un hombre que obedeciera las necesidades de alguna otra entidad más tenebrosa, saltó a la plataforma, se secó las gotas de sudor que le escocían en los ojos, arreó con suavidad los caballos con las bridas y salió rodando hacia la llanura, medio girándose de cuando en cuando para observar cómo el cuerpo, con la cabeza y los hombros rebotando sobre el terreno seco y desigual, se balanceaba formando un amplio arco tras de sí.

Seguían moviéndose con lentitud. Los caballos, excitados por su presencia y la promesa del ejercicio, sacudieron las cabezas.

Inclinándose hacia delante, Aquiles les susurró sílabas oscuras de magia equina y aligeró las riendas.

Tras de sí, el cuerpo de Héctor, con los mechones de pelo ya grises por el polvo, avanzaba siguiéndole a saltos, con los huesos de la cadera y las escápulas de su gigantesca espalda golpeando con dureza las afiladas piedras y las crestas pedregosas, mientras, a medida que iba cogiendo velocidad, las ruedas del carro ligero se levantaban por los aires para después caer con dureza sobre el suelo, lanzando una lluvia de chispas. Conducía cada vez más rápidamente, recorriendo las murallas de

Troya arriba y abajo con el pelo suelto y al aire, los goterones de sudor le caían de la frente y el cadáver de Héctor, por fin desnudo de pies a cabeza y apelmazado por el polvo, rebotaba y daba vueltas y más vueltas y Príamo, el padre de Héctor, su madre Hécuba y su esposa, Andrómaca, con su hijo Astianacte en el regazo, así como los hermanos y cuñados de Héctor con sus esposas y toda la plebe de Troya, que se habían congregado en todos los puntos con visibilidad de las murallas, observaban la escena.

Seguía sin sentir nada. Solo la tirantez de los músculos del antebrazo, donde todas las venas se hinchaban y espesaban, también los dedos de los pies que se aferraban a la plataforma del carro. Solo el zumbido del aire y su roce abrasador arremolinándose a su alrededor y pasando de largo.

Esperaba inundarse de una rabia que igualase la indignidad que estaba cometiendo. Calmaría su dolor y resultaría tan convincente para los testigos de ese espectáculo bárbaro que también él podría llegar a creer que en el centro de todo ello había un hombre vivo y que ese hombre era él.

Ya a plena luz del sol, el rostro tenso y cortado por el viento, con la piel de los pómulos rígida por la sal y la sal sobre sus labios secos al humedecerlos, Aquiles llega a las afueras del campamento.

Aquí todo es actividad, el día ha empezado. A lo lejos, el ganado muge y las ovejas balan, arracimadas en sus rediles. En algún lugar entre la calma, el restallar de un hacha.

Pero el sol aún no ha llegado al campamento. Una fina capa de escarcha cubre de blanco la base de los troncos de pino que forman la elevada empalizada. Arden hogueras pequeñas, casi todas ellas poco más que rescoldos. Finas estelas de humo ascienden por el aire. Los guardias que se acurrucan junto a ellas o caminan arriba y abajo sacudiendo los brazos están despiertos, pero tienen la mirada somnolienta al final de su guardia.

Son compatriotas suyos, hombres de espíritu sencillo que se sienten seguros en su naturaleza animal, que no conocen la duda. Sus fibrosas extremidades y rasgos endurecidos por mil batallas, nacen, como los suyos, de haber hollado las escarpadas tierras altas que en verano, cuando los halcones sobrevuelan las cumbres graníticas, desprenden un calor abrasador que llena el aire de las alturas con ardiente intensidad, y que en invierno se convierten en extensiones heladas. Sus padres son pequeños agricultores que cultivan trigo en las vastas extensiones de tierra de la llanura y pequeñas uvas dulces en la sierra, tienen rebaños de ganado vacuno y ovejas cuya leche destinan al requesón que elaboran sus mujeres. En su lengua, como en la de Aquiles, resuenan los ecos del duro dialecto de las tierras del norte, plagado de insultos que sirven al mismo tiempo como ambiguas palabras de cariño. Sus chistes y proverbios son, en su boca, prueba de que el vínculo que los une es más antiguo que los juramentos de fidelidad que se prestan entre sí.

Piensen, estos hombres, como los halcones, como los zorros y los lobos que por la noche se acercan a los rediles nevados a los que acechan y dan caza. Quieren a Aquiles. Hace mucho que se ha ganado su cariño. Un cariño incondicional.

Pero lo que ven estos días los confunde. Ya no saben bajo qué autoridad se encuentran. Él es su líder, pero diariamente rompe todas las reglas por las que les enseñaron a regir sus vidas. La única explicación que encuentran es que se ha vuelto loco. Que algún dios de melena enmarañada le ha nublado la mente y actúa ahora como un enemigo desconocido en su interior, ocupando el lugar que deberían ocupar el juicio y la razón, el sueño y el honor de los demás hombres y de los dioses.

Se abre camino entre ellos hacia el lugar donde se guardan los caballos y donde se aloja el carro ligero y veloz junto al cual Patroclo permaneció a su lado, en su cobertizo. Llama a sus mozos. Les ordena, como lleva haciendo todas las mañanas durante once días, que saquen los caballos del cobertizo, conduzcan el carro fuera y lo dejen listo.

Los hombres obedecen, pero saben lo que tiene en mente y no pueden soportar mirarlo a los ojos.

Aquiles mira cómo trabajan mientras, impaciente, pasea a grandes zancadas por el patio. Vigilante, por si pudiera sacarles algún defecto. Colérico en su fuero interno.

Pero ellos saben en qué estado se encuentra estas últimas mañanas y se andan con cuidado. Cuando los caballos acuden al trote, se presentan bien cepillados y relucientes; los radios y llantas de las ruedas del carro limpios, los ejes recién bruñidos. Han hecho bien su trabajo. Aquiles es puntilloso, pero también ellos lo son. Que se enfade si quiere y que mire.

Se sonríen entre sí pero no dejan entrever ninguna emoción cuando, tras dar dos vueltas al carro y detenerse en media docena de ocasiones para escudriñar su labor, él asiente con la cabeza y se dirige hacia los caballos.

Estos caballos fueron un regalo de los dioses en la boda de sus padres. Balio y Janto, así se llaman. Les susurra al oído una o dos palabras que los mozos no pueden oír; los caballos levantan la cabeza y sacuden las crines untadas de aceite al tiempo que su oscuro pelaje se estremece. A pesar de esa chispa divina y de su inmortalidad, son criaturas como cualquier otra y, sensibles en su naturaleza animal, reaccionan con tanto entusiasmo a cada uno de los cambios de opinión de su amo que parecen dotados de una capacidad de raciocinio y una compasión casi humanas.

Janto, el más nervioso, el más impulsivo de los dos, es el preferido de Aquiles. Posa su mano con suavidad sobre el pelaje satinado: siente el palpar relampagueante de los músculos bajo la piel, casi transparente. Se acerca a la boca correosa y suave y, al sentir el cálido aliento del caballo sobre su mejilla, experimenta una corriente de ternura que bien podría ir dirigida a él mismo; de reverencial respeto, también, ante la otra vida de este ser mágico y, al observar los ojos de los mozos posados sobre él con la pregunta de «¿Qué es lo que se propone ahora?», siente cierta envidia ante lo libre que la criatura es sin esa conciencia que en ocasiones nos convierte en extraños,

tenebrosamente enfrentados, ante nosotros mismos.

Propina un golpe enérgico a Janto en la grupa y, a continuación, inclinándose un poco sobre el carro, conduce lentamente hasta donde el cadáver de Héctor, con los pies aún atados, los brazos violentamente vueltos hacia el exterior, yace abatido en el suelo. No hay necesidad de bajar del carro. Desde su posición, comprueba que todo sigue como ayer y como anteayer y como todos los días desde que todo comenzó. Los dioses siguen desafiándolo.

Héctor yace como si estuviera dormido. Sus rasgos son los de un joven novio recién perfumado, las trenzas de un negro tan brillante como cuando estaba vivo, la frente marmórea, todos los verdugones y cuchilladas suavemente cicatrizados allí donde se dejaba entrever el hueso, la carne rasgada restaurada de nuevo.

Medio cegado por la ira, Aquiles desciende del carro dando un salto, levanta el cuerpo por los pies hasta la altura del eje y, con una rapidez brutal, da tres vueltas a la barra con la correa de cuero, la sujeta con firmeza y después, ferozmente, la anuda. Se enfrenta a un saco de huesos, como bien saben los perros que gañen y aúllan por haberse visto privados durante tanto tiempo de una presa a la que descuartizar.

«Después, después —susurra su amo mientras, acurrucado tras ellos y sujetando firmemente las correas, observa los movimientos de Aquiles—. Después, mis pequeños —les dice—, cuando él haya terminado.»

Aquiles ha vuelto a subir al carro. Un rastro de polvo ondea tras él mientras cruza la llanura. Más allá, el túmulo con los huesos de Patroclo marca el punto exacto donde había erigido la pira funeraria de cien pies de largo y cien de ancho en la que Patroclo fue incinerado.

Alrededor de la base se habían sacrificado orondas ovejas y piezas de ganado. El propio Aquiles había cortado pequeños pedazos de grasa de los animales muertos y había cubierto el cadáver con ellos. Había colocado preciosas tinajas de doble asa colmadas de aceite y miel sobre las andas y arrojado cuatro espléndidos caballos a la pira, que relinchaban y desprendían fuego del pelaje al degollarlos. Había degollado además a dos de los nueve perros de Patroclo y arrastrado hasta el lugar a una docena de prisioneros troyanos de familias ilustres que no dejaban de gritar y sollozar. Y aun así, no fue suficiente. Nada podía consolarlo.

Aquella enorme pila de ofrendas ha desaparecido ya sobre la llanura, convertida en tizne y cenizas dispersas. Solo queda el túmulo y la urna con los huesos de su querido amigo.

Aquiles ralentiza la marcha a medida que se acerca al túmulo. Los caballos levantan las pezuñas en ceremonioso trote, las ruedas del carro apenas giran.

Desde la plataforma del carro, con rostro ceñudo y mirada de halcón, Aquiles baja la vista. Las lágrimas caen por dentro, las mejillas secas. Lanza una mirada atrás por encima del hombro hacia el lugar donde Héctor yace, boca abajo, en el polvo. Todo esto, se dice, es por ti, Patroclo.

Pero nunca es suficiente. Eso lo atormenta.

Con una sacudida de las riendas, tira de los caballos hacia la izquierda y profiriendo un aullido les hace galopar a un ritmo furioso una, dos, tres veces alrededor del túmulo. El cuerpo de Héctor, revolcándose tras él, levanta una nube de polvo que va formando remolinos y se hace cada vez más espesa, como si en ese punto de la llanura se hubiera formado una tormenta que durante largos minutos se embraveciera y girara mientras, a su alrededor, el mundo continuara en calma.

En el patio, a mil pasos de distancia, los mozos lo observan de pie, cubriéndose los ojos. Los guardias hacen un alto en sus quehaceres alrededor del campamento.

La columna se eleva cada vez a mayor altura. Después se calma, espera y vuelve a caer al suelo formando sombras corrientes, como la lluvia en la distancia.

Aquiles conduce el carro de vuelta. Las extremidades entumecidas, cubierto de polvo de arriba abajo. La cabeza encanecida por este. El rostro, los brazos, la ropa y las manos apelmazados. Como un hombre que hubiera salido reptando de su tumba.

Est tan sucio de polvo como esa cosa, sangrienta e irreconocible, que arrastra del eje.

Cansado, con las muñecas acuosas, camina hacia donde esperan los mozos, en el patio.

Si bien no se atreven a manifestarlo, les molesta que devuelva sus caballos espumeantes y fantasmagricamente grises apenas unos minutos después de que salieran, brillantes y enérgicos.

Desciende del carro. Guarda silencio mientras arroja las bridas al primer hombre que acude corriendo.

Ahora, dormir. Demasiado cansado incluso para lavarse, se dirige inmediatamente a su cobertizo, enrolla su túnica sobre un jergón en la esquina y, en apenas unos segundos, se ahoga en el olvido.

Su ligereza de pies es lo que lo distingue especialmente entre los griegos: Aquiles, el de los pies ligeros. La presteza de su espíritu para llenar de aire sus pulmones, para llevar su exceso de energía y ligereza hasta las suelas de los pies y los talones, hasta los músculos de sus pantorrillas, los largos tendones de sus muslos, es una cualidad animal que comparte con los lobos de su terruño natal, de cuerpo alargado y pelo aplastado cuando corren bajo el viento.

Su espíritu de corredor lo ha abandonado. Debe deshacerse de esa pesadez terrenal que afecta a todos sus órganos, empezando por el corazón, si quiere volver a ser él mismo.

Sigue esperando un respiro. Que algo aparezca y rompa el hechizo que lo tiene sojuzgado, esa ira que lo consume y lo impulsa y permite que su espíritu se pierda en la desesperación. Algo nuevo e inimaginable que se enfrente a él con la necesidad de desprenderse de la cegadora telaraña gris que lo envuelve.

Entretanto, día tras día, la ira lo consume, siente vergüenza, llama en silencio a un espíritu que no responde y duerme.

DOS

Dispuesta sobre un terreno irregular a lo largo de un risco rocoso, Troya es una ciudad de torres cuadradas coronadas por nidos de cigüeña desordenados, cada uno de ellos de la altura de un hombre; de palomares, cisternas, patios donde se guardan rebaños de cabras negras y un laberinto de plazas y callejones empedrados, casas con forma de cubo de adobe encalado y piedra y con escalinatas abiertas que, a esta hora, presentan un aspecto de ensueño. Sobre los tejados planos, bajo los toldos de junco tejido, los arbustos en tiestos propagan su fuerte fragancia nocturna y los gatos, pertenecientes a esa altiva raza indígena de cráneo pequeño, merodean por entre los parapetos y aúllan cual almas atormentadas en época de celo. Ocultos entre los afloramientos rocosos se atisban pequeños huertos, con una higuera, un granado, una hilera o dos de lechugas y habas, un matojo de hierbas donde los caracoles del tamaño de la uña de un bebé renacen por docenas tras una tormenta y cuelgan, como gotas de lluvia, de todos los tallos.

Aquí, durante once noches, otro hombre ha estado luchando contra sus pensamientos tenebrosos mientras yace, insomne, en su diván, si bien en su caso la palabra insomnio, como tantas otras cosas en su vida, no es más que una manera de hablar. Es la que le parece más apropiada para su luto.

De hecho ha dormido, pero lo ha hecho tan intermitentemente, avanzando con gran cautela a través de remolinos de tenebrosas llamas, los cadáveres formando pilas alrededor de arcadas caídas o amontonados en pozos, que, al despertarse, se encuentra aún más agotado.

El dolor que lo atormenta no se debe únicamente a su hijo Héctor. También se atormenta por un reino saqueado y amenazado de extinción, su esposa Hécuba y sus muchos hijos e hijas y los hijos de estos, que permanecen bajo su protección; y por Troya, antaño una ciudad refinada donde se celebraban ceremonias que complacían a los dioses y ahora, en ese duermevela que noche tras noche le impide descansar, es una cáscara arrasada por el fuego cuyos habitantes (aun cuando se crean tranquilamente dormidos y seguros en sus lechos) son los cadáveres por entre los que transita: decapitados, faltos de brazos y piernas, salvajemente acuchillados, suspendidos en el aire por fantasmagóricas exhalaciones y las hogueras de los muertos. Las moscas se arremolinan debajo de sus narices y en las cuencas de los ojos. Los perros lamen sus cerebros dispersos y les mordisquean los huesos del cuello, el cráneo y los huesecillos de los pies. Más arriba, entre el rastro del humo que

se eleva hacia el cielo, las aves rapaces esperan a que los perros hayan terminado.

Príamo emite un quejido y el ayuda de cámara se despierta en la cama de la entrada. «No, no —dice débilmente—. No es nada. No necesito nada.»

El sirviente regresa a su sitio. La habitación vuelve a la calma.

Pero algo ha cambiado. El aire, como si del preámbulo de otra perturbación no tan física se tratara, resplandece con una irisación tentadora.

Príamo se pone en guardia. Sabe, por experiencia, lo que se espera de él. Permanece dispuesto, inmóvil.

A menudo, en el interludio de luz de la estancia donde se sienta a echar una cabezada o en alguna hora de recreo junto al estanque de su jardín lleno de peces, algún dios se materializa, en forma de sustancia inconsistente, en el radiante espacio vacío. Una añeja pasividad de ensueño ante la que ya no cree necesario resistirse disolverá la frontera entre lo que es sólido y tangible en el mundo que lo rodea (las hojas de morera que flotan sobre sus sombras, las nudosas protuberancias en el tronco de un pino) y el medio ingrávito en el que su conciencia navega sin rumbo, allí donde los dioses, en su presencia corpórea, adquieren la misma consistencia que sus pensamientos.

Dos de sus hijos (su hija Casandra y el sacerdote Héleno) han heredado sus poderes, si bien de una forma que crea ciertos interrogantes sobre sus personas. A pesar de la reverencia que profesa (él diría incluso que como parte necesaria de la misma), se muestra muy cauteloso en su trato con los dioses, que no siempre actúan honestamente o, al menos, eso ha descubierto. En su presencia, se anda con cuidado.

Casandra, extasiada y pura, carece por completo de su piadosa turbación. ¡Pobrecilla! Sus hermanos se burlan de ella sin piedad, ya que en esa mística medio loca y autoproclamada novia de Apolo ven a una muchacha que siempre ha exigido demasiado para sí, avezada en la búsqueda de atenciones. Príamo se siente tentado de asentir, pero el cariño que le tiene a la pequeña le impide hablar mal de ella en público. Ebria, sobreexcitada, al servicio de una deidad que se apodera de ella físicamente (o así lo cree ella), envuelta en llamas, alarma a su padre con los abrasadores pensamientos que su dios insufla en su boca, algunos de los cuales, por terribles que Príamo los encuentre, no puede ignorar por entero.

Héleno, por el contrario, es el sacerdote consagrado a Apolo. Todo aquello que existe de manera bastante natural en Príamo como un aspecto más de su existencia diaria y en Casandra en forma de histeria autoinducida, ha adoptado en Héleno un aspecto pulcro y profesional. Austero e imponente, pero completamente convencional, Príamo cree que Héleno es un hombre que se siente demasiado cómodo en su cuerpo.

Solamente en Príamo aquello que se presenta como bendición además de como terrible responsabilidad se ha mantenido cerca de su origen. En cualquier instante, su naturaleza permanece abierta a los entes que flotan en el aire que lo rodea y que, al asentarse y adoptar una forma corpórea, tienen nombres de dioses.

Así ocurre ahora. Sentado al filo del colchón, lo que Príamo capta por el rabillo del ojo es el dobladillo de una tela que se desvanece y, en el aire, el último suspiro de un mensaje que ahora tendrá que fijar en su mente y recordar.

En su papel regio, Príamo está obligado a pensar en el cuerpo sagrado del rey, en esos breves seis pies de tierra en los que se mueve y respira, en los que siente dolor y estornuda y todo lo demás, como si se tratara al mismo tiempo de un cuerpo como el resto de cuerpos y una abstracción de aquellos territorios a los que representa: su mapa viviente.

Príamo guarda en su cabeza todos los caminos que conducen a los confines más recónditos de su reino y, a veces, los siente como si fueran cintas anudadas a su corazón, casi siempre holgadas pero en ocasiones tensas, ligeramente tirantes, en función de lo que ocurra por aquellos lares: acontecimientos de los que su cuerpo es consciente, como si un sombrío presagio que precediera al último en un relevo de mensajeros que durante días hubieran estado corriendo por caminos polvorientos prorrumpiera repentinamente en escena para anunciar la noticia.

En dos o tres ocasiones a lo largo de su reinado, Príamo ha recorrido los confines de su territorio acompañado de su séquito. Para mostrarse y para ver algo de lo que allí representa. Pero el papel que con más frecuencia desempeña suele consistir en permanecer inmóvil en el centro de todo, una figura tan real como simbólica, y experimentar esos estados de dualidad como si, de forma natural, de uno solo se tratase.

Como ahora, cuando desde lo alto en el techo encofrado de su habitación percibe un eco de lo que, en otras circunstancias, podrían ser palabras.

¡Tras once días de vigilia y plegarias silenciosas durante los cuales ni un bocado ni una gota de vino han traspasado sus labios, una respuesta!

Su hijo Héctor había caído ante sus propios ojos. Desde un bastión en lo más alto de las murallas de la ciudad había visto impotente cómo Aquiles, moviéndose con rapidez como un hombre que trabajara instruido por algún demonio interior o siguiendo los contornos de un sueño, arrastraba el cuerpo hacia el carro, lo ataba nudo a nudo al eje del carro y lo arrastraba por el polvo.

Medio enloquecido por el dolor, había abandonado rápidamente el lugar y se había apresurado muralla abajo hacia las puertas Esceas. ¿Con qué intención? Apenas lo sabía. Cuando Pamón y Héleno lo alcanzaron y lo arrastraron de vuelta, Príamo se había hundido en la suciedad y la paja de la calle, dejando escapar aullidos que el dolor y la desolación asemejaban a los de un oso, se había ensuciado la cabeza con estiércol. Coronado así por toda esa porquería, su única corona, como claramente pretendían ahora los dioses para que, al mirar hacia abajo, esos de allá arriba vieran, sin posibilidad alguna de disfrazarlo, lo que habían conseguido: ese viejo muñeco al que habían preparado y al que durante tanto tiempo habían premiado y adulado, reducido una vez más a lo que había sido cuando por primera vez los dioses habían estirado la mano y lo habían arrancado de un tirón cuando no era más que un niño

abandonado, sucio y hediondo. Un niño que ahora tenía setenta años a sus espaldas y todo lo que en ese tiempo cabe, el extravagante espectáculo de sus días como Príamo, rey de Troya. Una parodia burlesca, como siempre había sido su intención.

«No, Príamo. Te equivocas.»

Se sobresalta. Al girarse y mirar, le brillan los ojos.

Sentada a su vera en el diván se encuentra la diosa Iris. Sonríe. Con indulgencia, piensa Príamo. La suave luz que rodea su aparición ejerce un efecto balsámico y el corazón de Príamo se abre a las palabras que la diosa le susurra al oído.

«No es ninguna burla, amigo mío, sino la manera en que son las cosas. No como deben ser, sino como han terminado siendo en un mundo que está, además, sujeto al azar.»

«¿El azar?»

Ha pronunciado la palabra en voz alta. Su sirviente se agita de nuevo. Príamo vuelve la vista rápidamente hacia el lecho, temeroso de que si el mozo se despierta y llama, el hechizo de ensueño que se ha apoderado de él pueda romperse.

Y, al girarse, aun cuando las palabras de la diosa sigan abatiéndose directamente sobre sus pensamientos, ella se ha marchado. En la estancia solo queda un último resplandor y Príamo, dubitativo por naturaleza, se pregunta si incluso eso no será efecto de haberse despertado, pero ¿de dónde podría proceder una sugerencia tan peligrosa sino de un ser inmortal? Uno de esos seres libres de suscitar preguntas blasfemas, puesto que al ser precisamente así, inmortales, nunca estarán sujetos a lo que podría seguir a la respuesta.

¿El azar?

Perplejo, pero asimismo extrañamente excitado, Príamo posa los pies en el suelo y busca sus zapatillas a tientas.

Piensa con tanta claridad como si hubiera dormido durante esos once días y noches y se hubiera despertado completamente recuperado, con el ánimo acelerado y poco a poco expandiéndose en su interior.

Permanece sentado, muy quieto, con los hombros ligeramente hundidos en su enjuta figura. La imagen que se forma ante él es la de sí mismo sentado, exactamente como está ahora, pero a plena luz del sol, sobre el pescante de un carro. Un sencillo carromato de madera, de esa clase que los obreros emplean para transportar leña o heno, tirado por dos mulas de color negro azabache.

Él mismo viste una sencilla túnica blanca sin adorno alguno. Ningún amuleto enojado en el pecho. Ningún brazalete de oro ni otro tipo de insignia real.

Sobre el pescante junto a él, el conductor es un hombre no tan viejo como él pero tampoco mucho más joven. Un tipo con hombros de toro al que nunca antes ha visto, ataviado con una túnica tejida a mano sin fajar. Un tipo barbudo de pelo enmarañado, rudo mas no temible.

Detrás de él, el lecho del carro está cubierto por un dosel de mimbre y algo brilla bajo un sencillo cobertor blanco. Debe de ser oro o bronce. La luz lo inunda todo.

Pero sabe lo que es: no es necesario levantar una esquina de la tela y mirar debajo.

Rápidamente se pone en pie y, tras pasar junto al sirviente, que en esta ocasión no se mueve, abre la puerta de la habitación y emprende la marcha pasillo adelante. «Hécuba», murmura. El pulso se le acelera. La buena nueva es para Hécuba, si bien Príamo ya presiente (otra vez, su naturaleza dubitativa) cuál será la respuesta de esta cuando escuche su plan.

Fuera el pasillo está a oscuras, salvo por los braseros que al alcance de la mano jalonan la pared y se van extendiendo a intervalos hacia el portal, más alejado. El efecto es el de una riada negra que se eleva por encima de la cabeza, densa, solemne, chapaleando en la rojez parpadeante de los muros superiores, de manera que al adentrarse por él, siente una desacostumbrada intranquilidad; él, para cuyo bienestar la concienzuda anticipación de los sirvientes y el trabajo de cien esclavos lo han dispuesto todo.

Aquí y allá, a medida que avanza los rostros de los sirvientes sentados de cara a la pared en esta o aquella entrada a algún dormitorio se asoman amenazantes en la oscuridad. Sorprendidos al verlo a estas horas sin guardia, se agitan y murmuran las fórmulas de cortesía habituales, pero él desaparece antes de que puedan ponerse en pie, trastabillando.

Sí, sí, piensa. Ya sé que todo esto es inaudito.

Pero también es inaudito su plan. Esa zambullida casi al alba por un pasillo desierto no es más que el principio. Se acostumbrará a lo desacostumbrado. Esa es su intención.

Se siente osado, desafiante. Seguro de su decisión.

Para enfrentarse a Hécuba y prevalecer, debe estarlo.

La encuentra ya levantada y sentada, muy erguida, sobre el diván de su sala de estar. Una lámpara colocada en una pequeña vasija arde sobre un alto pedestal de cobre. A sus pies, un puchero con rescoldos (le sienta mal el frío) arroja un calor tenue.

Tampoco ella ha dormido. Está despeinada: eso es lo primero que le llama la atención. Pero tan pronto como alcanza a verlo, orgullosa como antes de su belleza y deseosa de presentar siempre una imagen perfecta ante él, su mano, en un gesto que como todo lo que hace resulta preciso, controlado, dotado de una elegancia práctica, se dirige hacia la espadilla que le sujeta el pelo y en un instante todo vuelve a estar en su sitio.

La observa, no dice nada. Conmovido una vez más por la ternura que durante tanto tiempo han compartido, se sienta a su vera y toma su mano. Ya no es una mano blanca, sino venosa y moteada como la suya, llena de manchas de una tonalidad oscura, la carne arrugada e inerte entre los finos huesos que las puntas de sus dedos palpan suavemente. Se lleva la mano a sus labios y ella le lanza una mirada lastimera. Tiene las pestañas inundadas de lágrimas.

—Hécuba, querida mía —susurra él. Casi como una niña, ella se deja sostener y consolar.

Se sientan un instante, abrazándose uno a otro, como dos niños. La lámpara parpadea. Ella solloza. Cuando se le acaban las lágrimas y Hécuba recupera el control sobre sí, él comienza.

—Querida mía —dice con suavidad—. Once días han transcurrido ya desde la muerte de Héctor y ninguno de nosotros hemos hecho nada salvo llorar, sentados y paralizados por la pena. Sé que yo he llorado y veo que tú sigues rebosante de lágrimas. ¿Qué menos podríamos hacer, cualquiera de nosotros, por un hijo y hermano como él, intrépido protector de Troya y de sus gentes? Y tú más que nadie, cariño mío, que has perdido a tantos hijos en estos últimos y terribles años.

Tiene mucho que contar, pero quiere hacerlo poco a poco. Quiere que Hécuba vea el plan que él está a punto de exponerle no como una acción alocada y a la desesperada sino como el resultado (aun cuando, como es natural, no lo sea) de la reflexión y de una idea meditada.

Sin embargo, Hécuba le lanza una mirada tan feroz que él da un paso atrás, incapaz de continuar. Siente cómo la firme intención con la que ha entrado se agita en su interior y desaparece.

—Lágrimas —murmura ella, casi para sí—. ¡Ay, tengo muchas! Pero no de pena. Tengo lágrimas de ira, de rabia por ser mujer y no poder hacer otra cosa que permanecer aquí sentada, llorando y rabiando mientras el cuerpo de mi hijo Héctor, once días y once noches después, sigue allá en la llanura, sin lavar ni ungir. Once veces ya el noble Aquiles lo ha arrastrado arriba y abajo delante de las naves griegas, ¡a mi hijo, a mi querido hijo Héctor!, y golpeado su pobre cabeza sobre el suelo. ¡Ay, si pudiera ponerle las manos encima a ese carnicero! ¡Le arrancaría el corazón y me lo comería crudo!

Príamo se acobarda ante la presencia de esta mujer diminuta, colérica y de espalda recta, durante tantos años conocida y por conocer.

—Yo lo llevé —susurra ella—, aquí, aquí —mientras el puño apretado golpea el hueco que hay debajo de su corazón—. Es mi carne la que zarandean sobre las piedras allá fuera. Siete veces ya he guardado luto por un hijo perdido en esta guerra y lo que recuerdo de cada uno de ellos es cómo me golpeaban cerca del corazón con sus diminutos talones (aquí, justo aquí) y sus primeros lloros cuando los entregué al mundo y sus primeros pasos. Troilo tardó mucho en empezar a caminar. ¿Te acuerdas, Príamo? Solías tentarlo con una pequeña daga con mango en forma de cabeza de perro, ¿te acuerdas? —Hécuba busca una respuesta en el rostro de Príamo—. Con Héctor fueron dieciocho horas de parto. Eso es lo que recuerdo cuando pienso en su cuerpo zarandeado sobre las piedras, abandonado ahí fuera para que los perros lo desgarren y lo hagan pedazos.

Príamo sacude la cabeza. Lo amilanan esas confidencias de mujeres. No está acostumbrado. No recuerda nada de ninguna daga tallada con forma de perro ni de

que su hijo Troilo hubiera tardado tanto en empezar a andar. Lo que sí recuerda es una serie de pequeños bultos berreantes que le fueron presentados como una ofrenda humana ensangrentada sobre las palmas extendidas de un sirviente. Para que los reconociera como suyos, bendecidos y acogidos en su hogar. Lo que sí recuerda es que Troilo está muerto, como muchos de sus otros hijos. Como Héctor. Las palabras de Hécuba sobre cabezas de perros y dagas lo han desviado de aquello que ha venido a decirle y le impiden comenzar. Tras un instante de calma, lo consigue.

—Hécuba —se aventura—, después de todo este tiempo, después de estos once días de no hacer nada salvo sollozar y pensar y darle vueltas a la cabeza, he tomado una decisión. No, no, permíteme acabar. Podrás presentar tus objeciones más adelante, cuando yo haya terminado. Seguramente las tendrás.

»Sé que soy demasiado viejo para vestir una armadura y salir al campo de batalla. Para conducir mi carro hasta el fragor de la contienda, saltar y hacer añicos las cabezas, para sudar y cubrirme de sangre. Lo cierto es que nunca fui lo que se dice un guerrero, ese no era mi papel. Mi papel ha sido el de mantenerme alejado en ceremoniosa quietud y dejar que otros fueran mi brazo, mi puño, y también mi aliento, cuando las palabras se hacían necesarias, porque más allá de mi vida aquí en la corte y contigo, querida mía, donde sí me gusta hablar un poco, siempre he tenido un heraldo a mi lado, a nuestro buen Ideo, para que encuentre las palabras precisas por mí. Ser visto como un hombre más de entre todos los hombres (siendo como somos humanos, todos) habría dado a entender que soy alguien transitorio y débil. Mucho mejor permanecer quieto y guardar silencio para que cuando la vejez me alcanzara, como finalmente ha sucedido, el mundo no viera cuánto me tiemblan las fuerzas, lo débil y cascada que se ha vuelto mi voz. Con la única diferencia de que yo sigo aquí. Fijo y permanente. Inmutable y, por ello, imperturbable. Claro está, querida mía, que tú sabes que he cambiado, porque a ti nada o casi nada puedo ocultar de lo que soy. Para los demás soy lo que siempre he sido: el gran Príamo, pero solo porque realmente nunca me han mirado de cerca. Y cuando miran, lo que ven es lo que se supone que deben ver. Esa marca permanente a la que todo en mi reino hace referencia. Una figura decorativa y solemne que bien podría ser de piedra o de madera. Así pues, pasemos por fin a lo que quiero decirte.

»Esta mañana, mientras estaba sentado en silencio sobre mi diván poco después de despertarme, me sobrevino una visión. No era del todo un sueño.

Príamo suspira hondo y comienza a dibujar ante Hécuba cómo se ha visto sentado en un carro tirado por dos mulas negras, ataviado con una sencilla túnica blanca y despojado de toda marca real, sin ningún amuleto, brazalete ni adorno de cualquier otra clase; al ir recordándolo, al permitir que las líneas de la imagen vayan trazándose con claridad a medida que añade detalles, tiene cada vez más la certeza de que debe llevar a cabo lo que se propone.

Pero para Hécuba la imagen es aterradora (está más atada por las convenciones de lo que cree) y, a medida que Príamo se entusiasma con su plan, ella se altera más y

más.

Príamo habla de un sueño. Los sueños son sutiles, cambiantes, deben interpretarse, no tomarse al pie de la letra. Ocultas entre lo que aparentemente nos cuentan, se hallan las señales que solo una mente que ve más allá de la mera realidad es capaz de interpretar, adentrándose en lo que allí se cierne luminosamente. Durante todos sus años de matrimonio, Hécuba ha tenido que enfrentarse a las visiones que afligen a Príamo. Ahora, se prepara para responder como normalmente lo haría, pero Príamo se lo impide.

—No, no, querida mía —insiste—. No he terminado.

Su inusual firmeza la obliga a detenerse. Príamo se apresura a describir al conductor que se sienta a su lado en el pescante, el dosel de mimbre que cubre el carro, la carga que transportan.

—Brilla —susurra Príamo con voz maravillada, como si realmente el carro estuviera con ellos en la estancia—, debajo de una colcha blanca. Y, aunque no puedo verlo... —Príamo parpadea, consciente de que Hécuba contiene el aliento—, aunque no puedo verlo, sé lo que es. Es lo mejor de mi tesoro. Monedas de oro, armaduras y armas, platos, trípodes, calderos, la preciada copa de oro, ya sabes, mi favorita, la que los tracios me regalaron hace ya muchos años cuando los visité. Todo brilla mientras estoy sentado junto al conductor y viajamos de noche.

»Entonces, querida mía —su voz se acelera—, ya no es de noche. Y esta vez, cuando lanzo la vista atrás, lo que brilla debajo de la colcha, bajo el dosel de mimbre, es el cuerpo de mi hijo Héctor, con todas sus extremidades restauradas y resplandecientes, restauradas y rescatadas. Y eso —susurra, antes de que del rostro afligido de ella, ya vuelto hacia él, pueda nacer una protesta—, eso es lo que me propongo hacer. Ir hoy, inmediatamente, hasta Aquiles. Igual que en mi sueño, ataviado con sencillez y sin más sirvientes que un conductor para mi carro. No como rey sino como un hombre de a pie, como padre, para ofrecerle un rescate y, ante los ojos de los dioses, que seguramente me observarán compasivos, le suplicaré humildemente, incluso de rodillas si es preciso, que me devuelva el cuerpo de mi hijo.

A Príamo se le aja la voz, rápidamente desvía la vista. No se atreve a mirarla a los ojos. Cuando por fin lo hace, Hécuba, con los ojos entornados, sigue mirándolo fijamente. Asiente con la cabeza. Con rapidez. Príamo sabe que se está conteniendo. Debe ser fuerte. Siempre ha tenido miedo de la ira controlada de su esposa.

—¿Y esperas que lo haga? —sisea Hécuba. Su voz se tiñe de un desprecio mordaz—. ¿Esperas que a ese... chacal, ese matón de noble cuna, le conmueva esta emotiva pantomima?

Hécuba se levanta y comienza a dar grandes zancadas por la estancia. La lámpara parpadea en el aire que agita su figura pequeña, erguida, furiosa, mientras camina en su presencia de un lado a otro.

—Cuando Héctor aceptó el reto de Aquiles y muy cortésmente le ofreció los

términos del combate (como no permitir ofensa alguna contra el cuerpo de Aquiles si él resultaba vencedor sino entregarlo a los griegos en la forma acostumbrada y ser tratado como exigen los dioses), ¿qué hizo esa palabra? Rechazó la oferta con desprecio. Y cuando Héctor... —Hécuba hizo una pausa, incapaz de pronunciar ese nombre—, cuando la victoria favoreció a los griegos, alentó a sus secuaces arrojándolos sobre el cadáver de mi querido hijo muerto y veinte veces, una tras otra, estos le hundieron sus dagas en su carne. ¿Por qué? ¿Para qué? Para descargar su rencor sobre Héctor, ¡cobardes! Por ser lo que Aquiles nunca será, un hombre sin mácula en su alma resplandeciente, pura ante los dioses. Ató los pies de Héctor al eje de su carro, un acto sin precedentes, y después arrastró su cuerpo por el polvo. ¿Y ahora esperas que ese lobo, ese violador de todas las leyes de dioses y hombres, acepte el regalo que le presentas y actúe como un hombre?

—No lo espero —dice Príamo con voz queda—. Creo que es posible. Creo... —Y se sorprende ante la enormidad de la idea a la que está dando forma, él, que toda su vida se ha guiado por lo establecido y lo convencional. Qué duda cabe, piensa, que es una diosa la que habla a través de mí—. Creo —dice— que lo que hace falta para cortar este nudo que a todos nos ata es algo que nunca antes nadie ha llevado a cabo ni concebido. Algo imposible. Algo nuevo.

Hécuba se recompone, entorna los ojos y toma asiento. El aplomo con el que ha hablado, el silencio que se ha apoderado de ambos, la hace desconfiar: no conviene enfadarlo. Pero el peligro implícito en lo que está decidido a hacer la alarma. Necesitará de todos sus ardides, de todos sus poderes de persuasión (firme, pero tranquila), para reconducir sus intenciones.

—Pero nunca podrías llegar hasta allí —susurra—. Algún patán jactancioso de entre los griegos te mataría antes siquiera de que pudieras alcanzar el campamento. Piénsalo. ¿Dos ancianos en un carro cargado de oro? ¿Crees acaso que vuestras canas os salvarían?

—No —admite Príamo—, pero quizá los dioses sí. Siempre que fuera su intención que yo llegase hasta allí.

—Príamo, Príamo —suspira Hécuba, mientras vuelve a cogerle la mano—. Eso es una locura.

—Sí lo es. Y lo sé. Pero aquello que parece una necedad es también, en ocasiones, lo más sensato. El hecho de que nunca se haya llevado a cabo, de que sea algo novedoso, impensable, salvo por el hecho de que se me haya ocurrido a mí, es justamente lo que me hace pensar que debe intentarse. Es posible porque no es posible. Y porque es sencillo. ¿Por qué siempre pensamos que las cosas más sencillas son indignas de nosotros? ¿Porque somos reyes? Yo hago lo que haría cualquier hombre.

—Pero tú no eres un hombre cualquiera.

—Es verdad. En cierto sentido, no lo soy, pero en otro sí, en un sentido más profundo. La idea me hace sentir libre. Me atrae esa sensación, me gusta. Y quizá por

inesperada también le guste a él: la oportunidad de liberarse de la obligación de ser siempre el héroe, igual que de mí se espera que siempre sea el rey; de cargar con la obligación, más llevadera, de ser simplemente un hombre. Quizá ese sea el verdadero regalo que tengo que llevarle. Quizá ese sea el rescate.

Hécuba sacude la cabeza.

—¿Y si también tú te pierdes? ¿Quién se quedará a mi lado en lo que sabemos que está por venir? Porque ambos sabemos lo que vendrá y podemos hablar de ello aquí, donde nadie más puede oírlo. Solo nosotros dos y los dioses. —Su voz se ha amortiguado hasta convertirse en mero aliento. También la llama de la lámpara se va consumiendo y se apaga—. ¿Quién compartirá esta carga de dolor que se cierne sobre nosotros? Y cuando me falle el ánimo, ¿quién me reconfortará como haces tú ahora, querido mío? ¿Quién mantendrá viva a Troya, nuestra amada ciudad, siquiera con una semblanza de la antigua buena vecindad y orden reinantes si su centro y fuente de todo desaparece?

Permanecen sentados en silencio, la mano de Hécuba sobre la de él. Ya antes han hablado de estas cosas. Con calma, con serenidad. Como dos ancianos que se tienen en cuenta, que buscan consuelo en presencia del otro. Como dos niños que se dan las manos en la oscuridad.

—¿Estoy siendo egoísta? —se pregunta finalmente Hécuba.

Pero la pregunta va dirigida hacia sí misma y Príamo no tiene respuesta. Cuando responde, su voz no es apenas más que un hilo de aliento.

—Si fracaso y pierdo, todo estará perdido. Debemos dejarlo en manos de los dioses. O del azar.

¡Por fin! (Un ligero temblor lo atraviesa.) ¡Lo ha dicho!

¿El azar?

Rápidamente, Hécuba levanta la mirada. No le cabe duda de que ha oído mal.

—Me da la impresión —dice Príamo, casi como en un sueño— de que bien podría haber otra manera de dar nombre a eso que llamamos fortuna y que atribuimos a la voluntad o al capricho de los dioses. Ello nos ofrece cierta esperanza: la oportunidad de actuar por nosotros mismos; intentar algo que quizá obligue a los acontecimientos a seguir otro curso.

Hécuba desearía haber oído mal. Las palabras son poderosas. También pueden ser agentes de todo lo que es nuevo, de lo que es concebible y puede pensarse y hacerse en el mundo. Que de todos los hombres sea precisamente Príamo quien diga esas cosas, él, que ha sido tan respetuoso con lo establecido y legítimo, le hace preguntarse si no habrá perdido el juicio. Necesita tiempo. Necesita la ayuda de sus hijos.

—Escucha, querido mío. Si realmente llevas adelante este plan tuyo, tendrás que consultarlo en asamblea con nuestros hijos, Héleno y los demás. Así es como se hacen las cosas. —Hécuba se permite una pausa—. En cuanto a esta otra cuestión... —Se siente incapaz de utilizar esa palabra—. Esa idea que te tiene arrebatado, de

cómo y por qué las cosas pasan como pasan... de eso no se debe hablar. Imagínate a qué nos llevaría, qué se permitiría. El caos, la violencia. Imagina de qué manera cundiría el pánico. Te lo suplico: debes guardártela para ti. Ahora iré a dar órdenes para que enciendan fuego debajo del caldero y calienten agua para tu baño —dice mientras sale con paso firme hacia la puerta y llama a un sirviente.

Entretanto Príamo, absorto en sus ensoñaciones, permanece sentado, espalda erguida, al filo de la cama. Cuando Hécuba regresa, sigue en la misma posición.

—Amado mío —dice ella—. ¿Qué te ocurre? ¿Algo más?

Ya no hay lágrimas en sus ojos, resuelta, eficiente. Ahora tiene un plan para anticiparse a él.

—Hécuba —empieza diciendo Príamo—. Hay algo más que quiero que escuches. Algo de lo que hasta ahora nunca he hablado en todas esas horas de intimidad que hemos pasado juntos. Ni siquiera contigo, querida mía, que conoces todas mis dudas y debilidades, los pequeños miedos y preocupaciones que me avergüenzan. No porque yo quisiera hacer secreto de nada, todos sabéis que no es así, y, en cualquier caso, tú ya tienes tus dulces ardides para engatusarme, así que ¿de qué me serviría? No he hablado de estas cosas porque no sabía cómo hacerlo. Ni siquiera sabía cómo empezar.

Sacude la cabeza. Lentamente, vuelve a sacudirla y entonces, tranquilizándose, toma la diminuta mano de Hécuba y la mantiene apretada junto a su pecho. Ella responde con un apretón de reconocimiento. Conoce todos los matices que lo habitan, pero hoy Príamo está misterioso: Hécuba no tiene la menor idea de adónde llevará todo ello.

—Conoces mi historia —dice Príamo con dulzura—. Debes de haberla oído cien veces de niña, en el palacio de tu padre, allá lejos, en Frigia, mucho antes de que supieras que algún día viajarías hasta aquí para convertirte en mi prometida. —Príamo sonríe: el recuerdo lo reconforta. Es algo bien sabido desde hace tiempo, convertido en historia por derecho propio—. Me pregunto qué pensaste de todo aquello, de mí. Quizá ya entonces te conmoviera y lo que sentiste entonces, de niña, nos haya llevado a esta vida que hemos pasado, con mucho cariño, creo, en mutua compañía.

Príamo levanta la mano de la mujer hacia sus labios y capta su mirada concentrada y cálida, en la que vislumbra, a lo lejos, a la niña que acaba de evocar. Una niña con el ceño fruncido, medio temerosa, suspendida en esa historia de cuyo punto intermedio pendía su propia vida.

—Bueno, es una historia que todos los niños conocen y que han oído más de cien veces de boca de su aya al irse a dormir o de algún tejedor de magia en el mercado. El principio. Los acontecimientos terroríficos y prolongados del nudo. Y después de repente, en lo que siempre es una sorpresa, incluso cuando el espectador ya sabe lo que va a ocurrir, el último giro, el final feliz. No importa las veces que uno lo haya oído: el espectador escucha sin aliento, su diminuta alma pendiendo de un hilo. En

apenas un instante ocurrirá un milagro y la pequeña víctima, la víctima perdida, en este caso yo, será raptada y finalmente devuelta.

»Imagina, entonces, lo que suponía ser ese niño. Estar en el centro de todo, de lo que aún no era una historia sino un hecho real, todo inundado de ruido y humo y confusión llena de pánico. Desconocer todo lo que estaba por venir y simplemente estar allí: uno más de entre una horda de criaturas berreando, algunas de no más de tres o cuatro años de edad, que han sido expulsadas como gansos de la ciudadela en llamas junto con ratas, ratones y otra media docena de criaturas diminutas y aterrorizadas que chillan bajo sus pies. Una chusma turbulenta de renacuajos sucios y piojosos con la marca del látigo sobre los hombros, progenie de mendigos, buhoneros, fregonas, mozos de cuadra, putas. Y disfrazados entre todos ellos, lloriqueando y pálidos, un puñado de pequeños nobles como yo que habían visto caer a sus padres asesinados y a sus hermanos tendidos con las gargantas blancas rajadas. Cubiertos de estiércol para disimular el aroma a hierbas dulces sobre la piel, ocultos entre todos los demás. Absolutamente desconcertados, demasiado cansados y hambrientos para sentirnos atemorizados como corresponde, esperando a que algún matón sudoroso de melena enmarañada, cansado de rajar barrigas y aplastar cráneos, apareciera pavoneándose con aire fanfarrón, listo para un poco de diversión inofensiva. Listo para divertirse golpeando alguna que otra costilla, introduciendo alguno de sus gruesos dedos en alguna boca, llevándose a este o aquel de entre nosotros para convertirnos en su esclavo y juguete, en su botín de guerra.

»Nos amontonamos en grupos, caminando medio dormidos. El aire parece un horno, lleno de un humo espeso. Ya ha pasado el mediodía. Desde que comenzó la carnicería, poco después del alba, ni una gota de agua ha traspasado nuestros labios.

»Algunos de los más pequeños de entre nosotros lloran a lágrima viva, moqueando y llamando a sus madres. Otros están demasiado aturdidos como para hacer algo que no sea sentarse en cuclillas sobre su propia mierda. Nos aferramos los unos a los otros, enmugrecidos por la ceniza y cubiertos por finos regueros de sangre seca de a saber quién, quizá un padre o algún vecino amable de cuyos brazos fuimos arrancados. Esperando al raso a que sobre nosotros descendan como lobos y se nos lleven esos hombres cuyas voces nos llegan como un gran rugido, allá en la ciudad.

»Han enviado a un grupo de guardas para que nos vigilen. Son unos gandules, algunos de ellos ensangrentados y cubiertos de vendajes, todos ellos aterradores para un niño que nunca ha conocido más que a hombres cuyos actos respondían a la satisfacción de sus necesidades. Me asustan sus voces ásperas, sus manos, sus bocas rojizas. Vagan por entre la multitud, propinando empujones y gritando. Todavía más espeluznantes, cuando las dibujan, son sus muecas.

»Ocasionalmente, por puro aburrimiento o por sentir la necesidad de tener un instante de diversión salvaje, arrojan puñados de mendrugos a la multitud y se ríen cuando los más valientes o los más desesperados de entre la muchedumbre de pilluelos se abalanza sobre los pedazos de pan, escarbando entre la porquería y

repartiendo a diestro y siniestro puñetazos y patadas con los pies descalzos, aullando, mordiendo, escarbando. Los hombres gritan y los jalean. Pero cuando las embestidas de los pequeños amenazan con provocar algún estropicio, pues somos, después de todo, propiedad que no debe ser dañada, intervienen con paso firme, puños por delante, y ponen a los pequeños combatientes en su sitio a base de patadas o los arrastran del pelo o del pescuezo sosteniéndolos como si fueran turones, teniendo buen cuidado de no dañar los dientes, para a continuación arrojarlos de nuevo entre la multitud.

»Yo soy uno de esos mocosos llorones y descalzos. Un mocoso de seis años e indistinguible, o eso espero, puesto que mi supervivencia depende de ello, de la progenie de la más humilde fregona. Soy lo suficientemente consciente del peligro como para proponerme hacerme muy pequeño, para no llamar la atención. Algunas de las personas de quienes me escondo son esclavos de palacio. Cualquiera de ellos podría señalarme y pronunciar mi nombre. Apenas ayer, otros eran mis compañeros de juegos, pequeños dueños y señores del mundo, como yo. Ahora, nos evitamos. Miramos a otro lado. Dejamos que la muchedumbre se interponga entre nosotros.

»¡Imagínate! Ser un instante la cosita mimada de la corte de tu padre, nunca a más de veinte pasos de tu aya o de algún sirviente atento, la mascota de las criadas de tu madre, muchachas orondas con medias lunas doradas o mariposas por pendientes que yo intentaba agarrar y con los que me gustaba cascabelear, rodeado de esclavos que tenían que acercarse a mí arrodillados, incluso cuando lo único que hacían era ofrecerme un montoncillo de nueces peladas servidas en una salvilla o un orinal en el que depositar mi orín tintineante. Una piel que nunca había conocido el tacto de nada que no fuera el algodón o la seda más fina y, en invierno, una camisola de lana de oveja. Dueño de un poni zaíno de líneas elegantes y de un conejillo doméstico y de una jaula de mimbre del tamaño de mi puño con un grillo que repiqueteaba y cantaba junto a mi almohada. Ser un instante Podarces, hijo de Laomedonte, rey de Troya, y un instante después no ser sino uno más de entre una muchedumbre de niños esclavos, impregnado de un olor que hasta entonces yo había atribuido a otra clase de personas. Un nauseabundo olor a esclavo al que ahora me aferraba con la esperanza de que quedara prendido en mí, puesto que era lo único que podía salvarme de terminar como mis hermanos allá arriba, en la ciudadela, ahogado en mi propia sangre.

Príamo toma asiento, mientras sacude la cabeza. Todo esto le avergüenza tanto, durante tanto tiempo lo ha guardado como un secreto... Cuando habla de nuevo, lo hace con una voz casi desconocida para Hécuba.

—Alejándose de la ciudad, desde el lugar debajo del cual esperamos cubiertos de polvo, hay una carretera estrecha y blanca que serpentea cruzando la llanura, menguando a medida que se adentra en la calima humeante. Parece en calma. Aún está vacía. Permanezco en pie, observándola. Esa carretera conduce a la esclavitud, eso es lo que me digo. Es la carretera por la que él me arrastrará, cruzado sobre sus

hombros, como una oveja.

»Miro hacia arriba y aún puedo verla. Es la carretera por la que caminé mi otro yo. La que conduce a una vida en la que tú y yo, querida mía, nunca nos hemos conocido, no nos hemos encontrado. A una vida vivida enteramente sin ti. Quizá en este mismo cuerpo —se sostiene el brazo—, con esta misma piel flácida, este mismo dolor en las articulaciones de las rodillas y los pulgares; pero una vida que durante sesenta años no ha conocido más que penurias, humillaciones diarias y golpes. También he vivido esa vida, si bien solo como un fantasma, como si fuera una burla nauseabunda de esta, una burla que en cualquier momento puede alzarse hasta mi nariz y arrancarme la túnica mientras susurra “Así que aquí estás, viejo Podarces”.

»Hay cosas —dice casi susurrando— de las que resulta imposible desprendernos una vez las hemos tocado, una vez nos han tocado, independientemente de lo mucho que nos frotemos, de lo arriba que nos sitúen los dioses. El hedor sigue ahí, la mugre vieja se pega. No puedo desprenderme del hedor de todos esos otros que también fue el mío, ese olor de la vida de esclavo a la que me estaban arrastrando.

»A veces, muy entrada la noche, cuando ya me deslizo hacia el sueño, también a plena luz del día si llevo demasiado tiempo de pie en alguna ceremonia oficial y la voz de mi heraldo Ideo se ha convertido en un sonsonete lejano, como el zumbido de las moscas ebrias de sangre, ese hedor me rodea. Nauseabundo, cercano, tan denso que resulta increíble que los demás no contengan el aliento y se den media vuelta. Y yo estoy allí, en medio de esa hediondez, observando la carretera blanquecina y polvorienta que me conduce hacia otra vida. No supone nada aquella otra historia. En ella, el giro milagroso nunca se ha producido. No soy más que una cosa, un esclavo como los demás, uno entre muchos. Me miro las manos y los pies ennegrecidos, los harapos que me cubren, y sé que no tengo más peso en el mundo que los excrementos del más humilde de los mendigos o barrenderos. Todo lo que me habían prometido los vates de la corte de mi padre cuando nombraron a mis ancestros y alabaron su privilegiado trato con los dioses, todo lo que los propios dioses habían prometido, ha desaparecido de un plumazo, anulado, y el pequeño señorito de todos los placeres que yo creía ser, Podarces, hijo de Laomedonte, está tan muerto como si se hubiera atragantado con un pedazo de pastel de amapola bañado en vino o como si uno de esos carniceros empapados en sudor le hubiera rebanado el gaznate allí mismo, junto al resto de sus hermanos, y se hubiera sentado atónito sobre el suelo del palacio a ver cómo su preciosa sangre iba extendiéndose por el pavimento, escurriéndose hacia alguna represa.

»Los demás me sirven de consuelo. Algunos lloriquean, pero en su mayor parte están resignados. Han mamado la resignación de sus madres. No conocen más que la miseria, han nacido en ella. Yo también me resigno: me desprendo de mi antiguo nombre, puesto que mentarlo o escucharlo supondría la muerte, lo dejo ir y con él despido a ese extraño y anticuado pequeñajo al que estaba unido, atragantado con su pastel de amapola bañado en vino, que ha renacido como un don nadie y que ahora,

junto a los demás, espera a que lo saquen a rastras de la multitud para que lo reclamen y nunca más vuelva a saberse de él.

»Y entonces, ocurre. Un susurro ajeno, no mío, me traiciona. “Podarces”, susurran, y veo a mi hermana Hesíone atravesándome con esos ojos negros. Sacudo la cabeza y me achico, pero ella vuelve a hablar. Esta vez, más fuerte. “¡Podarces!” ¿Está loca? ¿Es que no se da cuenta? Porque él, esa mole oscura, está a su lado. Con la cabeza descubierta, pero aún plenamente armado. El peto manchado de sudor, todo su cuerpo exhalando el hedor producto de su enorme esfuerzo. Heracles, el enemigo de nuestro padre. Los demás también lo conocen y se retraen. Me quedo solo, bajo su mirada. “Ocurrirá ahora —me digo—. ¿Es que mi hermana no se da cuenta?” Cierro los ojos y contengo la respiración. Pero el héroe se ríe. Al parecer, le apetece divertirse. “¿Esa cosa? —dice en un tono de voz lleno de desprecio—. ¿Eliges eso? ¡En el nombre de los dioses! ¿Por qué?” “Porque es mi hermano.”

»Él frunce el ceño. Se inclina hasta que su cabeza, peluda y enmarañada, queda a la altura de la mía. La enorme zarpa desciende sobre mi cráneo como un gancho de hierro. Puedo sentir su aliento cálido en el rostro. Oler su rancia carnosidad. Mirar hacia arriba un instante después, bajo el peso brutal de la palma de su mano.

»Ha dejado de mirarme, pero ¡ay, su sonrisa! ¡Qué fácil le resultaría...! Apenas un poco más de presión en la punta de los dedos, un giro de su muñeca peluda y... me rompería el cuello.

»Lo miro a los ojos y veo en ellos un destello relampagueante, las ganas de hacerlo. Porque puede.

»“¿Este es tu hermano? —dice perplejo. Sus pequeños ojos porcinos desaparecen entre los musculosos pómulos—. ¿Estás segura? ¿Es él de verdad?” “Claro que es él —le responde ella—. ¿Acaso no voy a conocer a mi propio hermano? Claro que eres tú, ¿verdad, Podarces, cariño mío?”

»Abro la boca, pero ningún sonido brota de ella. “¿Y no intentarás engañarme con un sustituto, verdad?” —dice él, con mi cráneo aún apretado en su mano. Se inclina hacia mí. “Bien —dice divertido—, mi pequeño sustituto, ¡mira qué suerte tienes!”

»Relaja la presión y se yergue. Es una mole enorme de aspecto bastante ridículo. Intenta complacerla, convirtiendo todo esto en un juego. ¿Por qué no? Ella tampoco es más que una niña. La enviará, otro botín de guerra, como regalo a su amigo Telamón. Él le ha dicho que puede elegir el regalo que quiera, cualquier cosa que le alegre la vista. Espera que ella elija alguna baratija llamativa, alguna chuchería que llevar en la muñeca o algún taburete de marfil de Punt, un espejo de bronce en el que ver reflejada su sonrisa, pero ella es hija de Laomedonte y lo ha conducido hasta esa horda de pequeñajos sucios y manchados de lágrimas, ha buscado entre ellos y me ha elegido a mí.

»“Bien —dice él mientras su mente funciona con lentitud—, te he prometido que podrías elegir. Si esta es tu elección, llévatelo. Llévate a este mocosito y que sea lo que tú dices que es, tu hermano o cualquier sustituto anónimo, ¿qué importa? Pero puesto

que es mi regalo para ti, para demostrarte que soy un hombre de palabra, deja que su nombre sea a partir de ahora Príamo, el precio pagado, el regalo concedido para comprar a tu hermano y rescatarlo de entre los muertos. Así, cada vez que escuche su nombre, será eso lo que recuerde: que, hasta que yo te permití elegirlo de entre esta chusma inmundada, él era un esclavo como los demás, una cosa sin nombre, sin más vida por delante que la suciedad y el sudor propias de la vida del esclavo. Y en lo más hondo de su corazón, sean cuales sean los elevados títulos que los dioses le concedan, esa será la vida que seguirá viviendo día tras día, hasta que exhale su último aliento.”

»Entorna la mirada, vuelve a posar su enorme pezuña carnosa sobre mi cráneo, pero esta vez con una dulzura engañosa, como si me estuviera bendiciendo: “Príamo, el precio pagado. El sustituto y el pretendiente. Uno de los grandes en la tierra, pero solo en ausencia de otro. Porque complace a su elegante y pequeña princesa haberlo elegido, y a mí permitir que así sea”.

»Pero todo era una burla, ¿sabes? Aun siendo yo tan pequeño, sabía identificar la mofa, el desprecio burlón. Esa clase de nobleza vil e irónica parecía lo único de lo que Heracles era capaz. Después de todo, él era el pretendiente. Solamente mitad dios y tan solo por indulgencia y en ausencia de alguien mejor.

»Pero su indulgencia fue suficiente. Como la pequeña sombra del príncipe muerto que era, atrapé ese segundo aliento que me ofrecían y así fui entregado, reclamado bajo un nuevo nombre. Los dioses se habían apiadado de mí. Una vez repuesto en el trono de mi padre, heredé sus tierras y aliados, me casé contigo, querida mía, pero... ¿con final feliz? ¡Ay, ya sé lo que dice la historia! Pero después de todas esas horas de no ser más que uno entre los muchos para quienes no habría ningún cambio milagroso y cuyo destino sería el de ser conducidos a una vida de esclavitud, no me sentí rescatado. Había experimentado algo de lo que no podía desprenderme y que jamás olvidaría, lo que significa para tu aliento estar en boca de otro, ser uno de esos que no tienen historia que vaya a ser contada alguna vez. Tras jugar conmigo un poco y mostrarme lo que tenían la potestad de hacer, los dioses se habían aplacado. A su manera, despótica y medio interesada, me permitirían escupir mi pastelillo de amapola bañado en vino. Pero, sabes, yo había ido demasiado lejos en esa espiral descendente como para poder volver. El olor me inundaba, aquí en mi cabeza, pero también, puedo olerlo ahora, en las axilas, en las manos.... —Su nariz afilada se arruga con repugnancia.

—Príamo, por favor. —Hécuba posa las puntas de sus dedos sobre sus labios—. Todo esto es tan terrible...

—Pero son cosas que ocurren —insiste él—. Y no solo a otros. Lo que te he estado contando me pasó a mí. Yo estuve en mitad de todo aquello.

Príamo siente cómo Hécuba se estremece con un escalofrío.

Ella está perpleja; además, la ha asustado. Le molesta que la haya acercado tanto a aquello que no quiere saber y sobre lo que no quiere pensar: a ese instante en el que ha permanecido en pie junto a él, aun cuando fuera en la imaginación, entre la

muchedumbre de niños berreantes y sucios (la progenie, como él mismo ha dicho, de buhoneros, putas y fregonas). No debería haber exigido tal cosa de ella, haberla arrastrado allí donde, también ella, se impregnaría de ese hedor.

Ocultando la repugnancia que siente, le presta una vez más toda su atención, si bien ahora teme de verdad ese estado de ánimo que se ha apoderado de él y los lugares, aún más oscuros, hacia los que podría conducirla.

—Así pues —resume él, si bien con un tono irónico que Hécuba reconoce, lo ha oído muchas veces antes, pero solo ahora detecta su fuerza—, fui devuelto. Cuando regresé sigilosamente al antiguo lugar que ocupaba en el mundo lo hice como un fantasma, bajo un nuevo nombre. Como un sustituto de ese pequeño príncipe Podarces, de quien nada más volvería a saberse u oírse. Con la salvedad de que yo lo conozco: yo viví sus primeros seis años de vida. Y en multitud de ocasiones, en lo más oscuro de mis pensamientos, tal y como él había predicho, he descendido hasta el inframundo para buscar a ese pequeño niño asustado. Para preguntarle si no tendría, acaso, algún mensaje para mí, puesto que él había sufrido mi primera muerte.

»Como bien sabes, un rey debe actuar con plena seguridad respecto de aquello para lo que ha sido llamado por los dioses, respecto de la elevada posición que debe ocupar en el mundo. Actúa en el reino de lo visible, también ese es su reino. Pero en mi caso se trataba de un regalo dudoso que me fue concedido para ser después arrebatado y restaurado únicamente como si de una broma se tratara: un arma de doble filo. A mí me faltaba esa seguridad, esa certeza interior. Pero, en fin, ese es mi problema. Nunca he hablado de ello hasta hoy, ni siquiera contigo, querida mía, si bien supongo que en ocasiones te lo habrás preguntado, y tengo la esperanza de no haber dejado entrever ante los demás señal alguna de que en mí pudiera darse esta carencia. Siempre, a ojos de los demás, he sido lo que aparentaba ser. Tal es la disciplina propia de reyes. Pero para conseguirlo me he visto obligado a ser más rígido que los demás. Quizá excesivamente puntilloso, lo sé, en todo aquello relacionado con lo ceremonial. Un rigorista, como suele decirse, de las formas, de las reglas.

»Todo eso forma parte de la visión que se tiene desde el exterior. Pero también hay una visión desde el interior. —Guarda silencio un instante, como si no hubiera palabras para esa visión, como si no hubiera forma visible y ella tuviera que captar lo que pudiera de aquello que adivinaba en su silencio.

»Bueno, como he dicho, nada de todo eso concierne a nadie más que a mí y he intentado que nunca quede al descubierto. Nada importa lo que mi persona pueda estar sintiendo en un momento dado, tener un dolor de muelas o el estómago hinchado por haber comido demasiados melocotones, caer presa de la ira, la impaciencia o el deseo, siempre que permanezca quieto y sea capaz de llenar el espacio hacia el que los demás miran reverencialmente, quiero decir, en tanto yo cree la ilusión adecuada. Solo yo sé lo que cuesta ser ese objeto. Castañeteando como un guisante en la vaina dorada de mi... deslumbrante eminencia. Sin tambalearme jamás,

ni siquiera por un instante, ni parecer aturullado o permitir que el impresionante efecto flaquea por un simple movimiento de pestaña o, ¡dios no lo quiera!, un bostezo. O, en estos días postreros de mi ancianidad, por el temblor de una mano. He desempeñado mi papel intentando que no se atisbe nada del verdadero hombre que se oculta dentro de una coraza tan vacía y resplandeciente. Lo hice tanto para desafiar a los dioses como por la aprensiva reverencia que les debo, desafiando el hecho de que tantos años atrás hubieran decidido en primera instancia en mi contra, como quizá hayan decidido en mi contra una segunda vez en este asunto de la guerra, hasta el punto de que me vea obligado a ser rescatado una segunda vez; que tenga que rescatarme a mí mismo y a mi hijo, yendo hacia Aquiles no de forma ceremoniosa, como mi yo simbólico, sino despojado de todas las relucientes distracciones y disfraces, tal como soy.

Se sienta con las manos apretadas entre las rodillas, repentinamente cansado. También Hécuba guarda silencio. Por fin, posa su mano con suavidad sobre el hombro de él y dice:

—Por el momento, no hablaremos más de este asunto. Ahora, ve a bañarte. Entretanto, enviaré a un sirviente para que convoque a nuestros hijos y a los más sabios de entre tus consejeros. Explícales tu plan. Veamos qué tienen ellos que decir al respecto.

Una hora después, los hijos de Príamo, sus numerosas hijas y sus esposos, así como todos sus consejeros y asesores, están congregados en el patio interior de palacio. Parlotean sin cesar, sorprendidos por la novedad que supone esta tardía convocatoria matutina y por las noticias de que el rey se dispone a anunciar algo.

Solo nueve de los príncipes reales son hijos de Hécuba. Los demás, entre ellos uno o dos de los favoritos de Príamo, son hijos de las demás princesas o hijos bastardos, aun cuando todos ellos ostenten el título de príncipe.

Antaño llegaron a sumar cincuenta. Los que quedan, salvo Héleno, un sacerdote consagrado, son lo que Príamo en su versión más crítica llama héroes de la buena mesa y el baile. Rollizos y barrigones en su mayoría, poseen los exquisitos modales de un cortesano y un ojo igualmente cortesano para detectar los defectos ajenos, así como un talento muy práctico para dejar caer en los oídos paternos cualquier inocente ficción o realidad que perjudique a sus rivales, puesto que, incluso con un enemigo común a las puertas, estos príncipes están divididos en diferentes facciones que se vigilan mutuamente. Lo demás se origina en la rivalidad que separa a sus esposas. Ansiosos por ver de qué humor está su padre, se vuelven, como es tradición, hacia Hécuba.

Ella entra e inmediatamente comienza a susurrarle a Héleno: mala señal. A continuación, para desviar la atención, va desplazándose de una esposa a otra, como siempre con cuidado de prestar a cada una de ellas la misma atención, fría pero sin afectación.

Las esposas la temen. A los príncipes, que conocen a su madre y su actitud, les divierte que esas mujeres que en casa pueden ser exigentes, intratables incluso, se diluyan cuando esta mujer pequeña y muy erguida plantea sus desconcertantes preguntas, sin que su sonrisa ofrezca señal alguna de lo que le ha parecido la respuesta.

Hoy, también Héleno se muestra muy activo. Consulta brevemente con Deífobo, se hace a un lado con Pamón y mira por encima del hombro para ver cuál de los otros podría estar observándola.

Entretanto, Príamo permanece aislado y prácticamente olvidado hasta que Polidoro, que sigue siendo poco más que un niño (un muchacho rubicundo y atlético, trenzas negras como el carbón y entrecejo poblado), se adelanta con audacia y saluda a su padre con un beso muy cálido y sin pudor, beso que Príamo, una vez recuperado, le devuelve.

Los demás, uno tras otro, hacen lo propio. Saludan a su padre y reciben su bendición, si bien no le besan como ha hecho Polidoro. Respetuosos al menos de cara al exterior, se sientan a escuchar.

Pero cuando con creciente alarma oyen lo que el anciano tiene en mente, les invade un recelo que se va tornando consternación a medida que las preguntas se abren paso entre ellos. ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante idea? Algo que contradice todo lo que conocen sobre este personaje grave y precavido que es su padre. Que se opone a todo lo que han exigido de este hombre, sea o no su padre, que es su rey.

Un rey cuyos establos son la envidia de todos los príncipes del mundo conocido no conduciría jamás un carro tirado por mulas. Un rey no negocia ni firma pactos en persona: para eso tiene un heraldo que lo haga en su lugar, con una voz entrenada que suena como una trompeta, formado profesionalmente para presentar retos y anunciar proclamas.

Se vuelven mirándose los unos a los otros, sin dejar de moverse, ansiosos por protestar, pero ninguno de ellos está dispuesto a desafiar el temperamento paterno ni a ser el primero en hablar. Es Deífobo, el de modales más suaves y el más elocuente de todos ellos, quien al fin da un paso adelante.

—Mi querido señor —comienza—. Sabes lo que mi hermano Héctor significaba para mí. Lo cerca que estábamos el uno del otro. Cómo, de entre todos mis hermanos, era para mí el más querido, como creo que yo lo era para él. No existe peligro al que no esté dispuesto a enfrentarme para traerlo de vuelta a tu casa, señor mío, y a los brazos de mi pobre madre.

Sí, sí, piensa Príamo. Todo eso está muy bien, pero ¿acaso has hecho algo más que el resto? Te has golpeado el pecho, te has restregado tierra por el pelo, has llorado un poquito. Eres joven y robusto. Incluso un anciano como yo es capaz de algo así.

—Señor —prosigue Deífobo—, padre. Ese plan tuyo no solo es novedoso e

inaudito. No solo pone tu vida en peligro sino que además expone tu imagen real al insulto, imagen que sé que valoras tanto como a ti mismo. ¿Realmente imaginas que un hombre que no respeta el cuerpo de su enemigo, que no respeta las leyes de la conducta honorable ante hombres y dioses, que en el frenesí de su orgullo y su ira, en su locura, profana a diario el cuerpo del héroe más noble que nuestro mundo ha conocido... realmente imaginas que un hombre así no disfrutaría tirando y arrastrando tu regia imagen por el polvo? ¿Qué ocurriría entonces con todo aquello de lo que eres custodio? El sagrado espíritu de nuestra ciudad, las vidas de todos y cada uno de nosotros. Nada digo del tesoro que tendrás que llevar contigo. No son más que objetos terrenales, simple metal, por muy bien trabajado que esté. Es prescindible. Tú, mi señor, eres el tesoro que no podemos perder. Tú eres lo que nos importa.

»Señor, llevas reinando toda una vida. No te resultan desconocidos los deseos, las necesidades y los sentimientos ordinarios. Lo sé, eres mi padre. Pero en tu papel de rey, ni tienes ni puedes tener parte alguna en ellos, ya que no corresponden a tu esfera regia. Y, ahora, ¿intentas retorcer el corazón de Aquiles invocando esos mismos sentimientos propios de un hombre ordinario que durante toda tu vida has intentado mantener alejados de ti?

»Te lo ruego, señor. Ten paciencia, como la tenemos los demás. ¿Realmente crees que Héctor, que tan orgulloso era, que tanto te amaba y a quien tanto preocupaba tu dignidad regia, que combatió y entregó su vida para preservarla, le daría las gracias a su padre por aferrarse a las rodillas de su asesino como un simple humano, poniendo la gloria de Troya a la altura del polvo? Héctor lloraría, señor, como lo hago yo.

Y en ese mismo instante Deífobo, incapaz de proseguir, se limpia las lágrimas de los ojos y se da la vuelta.

Príamo agacha la cabeza. Cuando la levanta de nuevo, su semblante está serio, pero sus ojos, aún embargados por la emoción que se ha apoderado de él, están secos.

—Deífobo, me hablas como un hijo y lamento si la idea que tengo metida en la cabeza te ofende o avergüenza. He tenido mis buenos sesenta años para reflexionar sobre el esplendor y las limitaciones de lo que supone ser rey. Hablas también como hermano que eres. Sé lo mucho que amabas a Héctor y lo mucho que te ha afectado la pérdida de un hombre a quien todos hemos apreciado y de quien todos hemos dependido. Me pides que me mantenga, como siempre he hecho, a una distancia regia de lo humano, de aquello en lo que, según dices, no puedo participar en mi regio papel. Pero también soy padre. ¿No habrá llegado quizá la hora de exponerme al fin a aquello que es simplemente humano? ¿Aprender un poco de lo que podría ser y de lo que supone sobrellevarlo, exactamente igual que hacen los demás? Sé que soy un anciano de cuerpo frágil y mal equipado para aventurarme a estas alturas en un mundo mutable y accidentado, pero como bien sabes, también soy testarudo y no he sobrevivido todo este tiempo sin poseer cierto grado de dureza. Quizá... —dice, lanzando una fugaz mirada en dirección a Hécuba—, haya llegado la hora de mostrarlo.

Casandra también está presente, pálida y con la mirada distraída, sin apenas prestarle atención. Sus hermanos se vuelven hacia ella con la esperanza de que su padre, que siente debilidad por la pobre criatura ilusa, la escuchará.

Mas Casandra no tiene nada que decir. Su dios se ha retirado. Ya no la visita ni la inflama. Paralizada a causa del dolor por su hermano Héctor, apenas siente una sombría indiferencia ante lo que ocurre a su alrededor e incluso ante lo que le ocurre o está a punto de sucederle a ella misma. Como si hubiera ocurrido hace ya demasiado tiempo como para revestir ninguna importancia. Cuando sus hermanos la miran, esos mismos hermanos que se han burlado de sus mordaces visiones, mueve la cabeza y permanece muda.

Por fin, dado que nadie más parece dispuesto a hablar, Polidamas da un paso al frente. No es uno de los hijos de Príamo, ni tan siquiera uno de sus yernos, pero sí uno de los troyanos más prudentes y sabios.

—Mi señor Príamo —empieza diciendo—. Sabes de la reverencia y del gran cariño que siento por ti. En primer lugar, por mi amigo Héctor, puesto que siempre vi en él a un hermano y consecuentemente a ti como un segundo padre. Más aún teniendo en cuenta que, durante toda mi vida, lo que más me ha preocupado es el orden y, en tanto he ido adquiriendo experiencia en este mundo, tú has sido el gran defensor del orden entre nosotros. Nadie más piadoso, nadie más puntilloso en lo que a los dioses se debe, pero también para con nosotros, tus súbditos, que vemos en ti la fuente de todo lo que hace que Troya siga siendo civilizada y justa. Pero ese, señor mío, es el límite de lo que tenemos derecho a pedir y todo lo que los dioses pueden asimismo demandar. Ellos te hicieron rey. Todo lo que ellos pueden o podemos exigirte, señor mío, es un espíritu y una presencia adecuadamente regios y todo lo que, en estos tiempos tan sombríos, debes exigirte a ti mismo.

»Te lo suplico: ahórrate este sufrimiento. Por el afecto que todos sentimos por ti, no te expongas a los peligros de la guerra y el camino, ni a las indignidades con las que Aquiles o cualquier otro griego con quien te topes puedan infligirte. No maltrates tu anciana figura. Libérate de esta tarea innecesaria.

Príamo considera las palabras del hombre. Se siente complacido con lo que Polidamas ha dicho. Complacido, asimismo, de que le ofrezca la oportunidad de responderle y así poder exponer sus razones sobre lo que ha decidido hacer.

—Gracias, Polidamas. Eres demasiado generoso en tu tributo, pero te doy las gracias. Tus palabras sobre el orden y la dignidad de un rey te hacen justicia. Si rechazo tus consejos no es por no apreciarlos, que los aprecio. Y también te valoro a ti, por haber sido el querido amigo de mi hijo. Sé cuánto te quería y lo mucho que te escuchaba.

»Cierto es que los dioses me hicieron rey, pero también me hicieron hombre, un ser mortal. Me dieron la vida y todo lo que con ella viene. Hasta aquí, todo precioso. Pero también terrible, puesto que solo aquello que sabemos que vamos a perder nos resulta verdaderamente precioso. Los propios dioses nada saben de esto y, en este

sentido, quizá incluso nos envidien. Pero no al final, porque al final de todo llegamos adonde, con cada latido y en cada instante de nuestras vidas, el tiempo nos ha ido conduciendo con lentitud: la muerte con la que cargamos en nuestro interior desde el principio, desde nuestro primer aliento. Solo nosotros, los humanos, dotados como estamos de mortalidad, pero también de conciencia, sabemos lo que supone ser consciente a diario de cómo se van marchitando la frescura y la juventud, del declive del vigor viril con el que alguna vez estuvimos dotados a medida que los músculos de los brazos se aflojan, los muslos se ahuecan y la vista se nubla. Bien: todo eso ocurre. Eso es lo que se supone que significa ser hombre y mortal. Y nosotros, como hombres que somos, lo aceptamos. Más difícil resulta aceptar lo que con ello sobreviene.

»Un día, la guerra llega y lo que ese instante exige es nervios y tendones fuertes, vista rápida, presteza de pies y manos. En esos momentos, a un anciano no le corresponde desempeñar papel alguno, más que como simple mirón o espectador. Y, si todo sale mal, si la ciudadela cae y los asesinos entran en tropel por las calles, hombres que llevan en la sangre un león rugiente, que van furiosos de casa en casa buscando mujeres y niños a los que aniquilar, a débiles ancianos, a espectadores viejos y mirones a los que abatir y matar, nada significará para ellos, nada en absoluto, que uno de esos ancianos débiles sea también rey. Cuando los perros se aferren a la panza del otro en el fragor de la pelea para abrirse camino hasta sus entrañas, cuando mordisqueen el cráneo y los pies deformes y desgarran sin pudor alguno las partes íntimas del anciano, origen de tantos y tantas hijos e hijas nobles.

»Una de las principales preocupaciones de un buen rey es la imagen que da ante los demás y, por encima de todo, a medida que va entrando en años, la imagen que los demás hombres guardarán de él cuando ya no esté. Eso es lo que me preocupa ahora, en estos últimos días de mi reinado.

»No puedo detener lo que está a punto de ocurrir. Eso lo dejo, es mi obligación, en manos de los dioses. Si lo último que debiera ocurrirme es caer víctima de una cacería en el corazón de mi ciudadela, ser arrastrado por los pies, desnudado y humillado con impudicia, así sea. Pero no quiero que sea esa triste estampa de mi persona la que permanezca en el recuerdo de los hombres. Quiero dejar una imagen viva de mí. De algo tan nuevo y tan inaudito que cuando los hombres pronuncien mi nombre permanezca siempre como prueba de lo que fui. Un acto, en estos días tan aciagos, que incluso un anciano pueda llevar a cabo, que solo un anciano se atrevería a realizar, alguien de quien ya no pueda esperarse ningún escándalo, ni el pavoneo propio de la juventud. Alguien que humildemente pueda acercarse, como padre y como hombre, al asesino de su hijo y pedir en el nombre de los dioses y a ojos de estos que le sea devuelto el cuerpo de su hijo muerto, so pena de que el honor de todos los hombres quede hundido en el polvo.

A Príamo se le quiebra la voz y se vuelve para ocultar las lágrimas. La mano de Hécuba lo acompaña para calmarlo. También los otros se conmueven y ven, al igual

que Hécuba, que no tiene sentido seguir discutiendo. Aun cuando el plan del anciano sea una locura, no les queda más opción que reconciliarse con él y dejar que haga su voluntad.

Cae la hora temprana de la tarde. Príamo, ataviado ya con la sencilla túnica blanca de su visión, con Hécuba a su vera y cabeceando ligeramente, permanece sentado bajo una marquesina en el patio. Espera mientras Hipótoo y Dío, dos de los príncipes de la corte, supervisan la preparación del carro. Han enviado a Héleno a reunir los objetos preciosos de su tesoro que llevará consigo: los calderos, trípodes, armaduras y todos los demás objetos que compondrán el rescate de Héctor.

Por último, un murmullo de aprobación emerge de la multitud cuando Hipótoo y Dío reaparecen con un carro de cuatro ruedas que avanza pesadamente y con gran estruendo. Es un carro nuevo: aún pueden verse las marcas de la azuela sobre la madera. Las ruedas de doce radios están laboriosamente talladas y pintadas, un dosel de mimbre cubre la base. Todo ello fruto de un diseño ingenioso y de una intrincada artesanía.

Más atrás, ayudado por dos mozos, camina Ideo, el heraldo del rey, ataviado con sencillez y esplendor, portando el báculo real. Acompañándolo en impresionante cabalgata viene la biga ceremonial de Príamo tirada por dos purasangres entre las varas, criaturas elegantes y de gran zancada, todo músculo y nervios, las colas trenzadas con hilos de oro.

Al instante, Príamo se enfurece. Salta de su asiento y los príncipes, que saben cómo se pone cuando se agita, dan un paso atrás.

—¿Estáis sordos? —grita—. ¿Ninguno me ha oído cuando he hablado? ¿O es que acaso estoy tan viejo y débil que ya ni siquiera os sentís obligados a prestar la más mínima atención a mis palabras? Pedí un carro, un carro normal y corriente tirado por mulas, no este... ¡carromato de feria! Lo habéis hecho porque seguís pensando a la antigua. Os dije, intenté deciros, que mi visión era novedosa. Escuchadme bien esta vez. Id al mercado y buscad una carreta corriente, como la que utilizaría cualquiera para transportar leña, ladrillos o paja. Las mulas deben ser fuertes, como también ha de serlo el conductor, pero no necesito nada más. Ni biga, ni caballos. Yo iré montado sobre el pescante, al lado del conductor. Y, ahora, traedme de una vez lo que he pedido. ¡No volveré a decirlo!

Hete aquí que no mucho después aparece en el patio de palacio un tipo rechoncho de unos cincuenta años, hombros de toro, pelo enmarañado, con afilada barba de campesino, áspera y de un color gris ferroso, un carretero con reputación entre las gentes del mercado de ser de confianza, dueño de dos mulas negras muy fuertes, pero que con un vaso o dos de alcohol de más se atolondra. Se llama Somax.

Los príncipes, que encontraron a este hombre en el mercado esperando a ser contratado, le han garantizado que no ha hecho nada malo, no es esa la razón por la

que lo conducen a palacio, pero a pesar de todo él se muestra inquieto cuando, ataviado con su túnica tejida a mano y sus sandalias rotas, lo conducen al patio del palacio donde tantos personajes regios están congregados.

Es un trabajador sencillo que hasta el momento carece de experiencia en el trato con príncipes. Le aturden la pulcritud y la blancura de todo lo que allí ve. Los brazos, cuellos y rostros de las mujeres (también de algunos hombres), que parecen no haber visto nunca la luz del sol. Las columnas, las paredes de piedra pulida, el pavimento sin la más mínima mota de suciedad a la vista. Las palomas con cola en forma de abanico que se pavonean alrededor de la fuente con aires de formalidad, como si estuvieran entrenadas para ello, hundiendo su pico en la pila.

Le sorprende asimismo la altura de estos troyanos. Y sus voces, diáfanas y aflautadas. Tan distintas a la suya y a la de aquellos entre quienes vive.

Inclina la cabeza y estudia fijamente el pavimento bajo sus pies. Sabe que está ahí no por él sino por sus mulas y, muy especialmente, por la más pequeña de las dos que, en el momento en el que entraron en el mercado, llamó la atención de uno de los príncipes, como le suele ocurrir a todo el mundo: toda una hechicera.

Una cosita negra y menuda, de cerviz fuerte, mas también elegante; su naturaleza hechicera tiene mucho que ver con su inteligencia, a la vista de todos, y por ser consciente de la presencia de las personas y responder briosamente a su interés. Preciosa, así la llama. La ha criado él mismo, dándole mimos y engatusándola con palabras zalameras, recompensándola con alguna chuchería que sostiene en la palma de la mano, rascando sus orejas suaves y susurrándole sus pequeños secretos.

En la taberna a la que acude para disfrutar de algo de compañía, oír algún que otro chiste y huir de la dureza de esta vida con alguna frivolidad, habla con tanto cariño y tan a menudo de su pequeña mula que le toman el pelo con todo tipo de bromas tan indirectas como groseras. No deja de ser verdad: sin duda está un poquito enamorado de la criatura.

Así que es la mula la que lo ha traído hasta aquí y es por ella que se encuentra en el palacio real, en un patio abarrotado de príncipes con sus damas, bastante temeroso de lo que se espera de él, bajo la atenta mirada de todos ellos. Al principio no reconoce al personaje anciano y enjuto que, sencillamente ataviado con una túnica blanca, se levanta de la silla, se le acerca y lo somete a escrutinio. Solo ha visto al rey Príamo a distancia: una figura imponente, de huesos largos y alta, muy erguido y tieso en su carro. Nunca cara a cara, como ahora. Le sorprende lo anciano que es. Lo hundidos y muy marcados que tiene los pómulos, lo profundamente que sus ojos pálidos como la leche se hunden en sus cuencas bajo la maraña que forman sus cejas blancas.

—Bien —dice finalmente Príamo—. ¿Ya te han explicado lo que vamos a hacer?

El hombre asiente. No sabe cómo debe dirigirse al rey. Entre tanta armonía y tanto ceceo, es perfectamente consciente de la aspereza de sus sonidos guturales.

Busca con la mirada la ayuda de los dos príncipes, quienes fruncen el ceño pero

asienten.

—Me han... —se aventura—. Tengo que conducir hasta el campamento griego.

El rey se acerca. Al carretero le da la impresión de que bien podría estar olisqueándolo. Se remueve incómodo y levanta los hombros dentro de su túnica holgada. Le pica la nariz y siente una urgencia terrible por frotársela, pero se resiste. Todo ello es lo que, además de su olor (piensa) el anciano (que ya está muy cerca de él) está sopesando y juzgando. Por último, sin alterar el semblante, el rey vuelve su rostro hacia los príncipes.

—Me gusta el aspecto de este tipo —anuncia con voz clara. Todos los miembros de la corte vuelven a mirarlo una segunda vez y aplauden, si bien lo hacen con contención y formalidad, con un palmeteo tan delicado que apenas molesta a las palomas, que siguen hundiendo el pico en la fuente y paseando.

El hombre conocido como Somax se siente tentado de soltar una risita, pero se contiene. Así que le gustan los tipos como yo, ¿eh? ¡Vaya, vaya! Piensa en lo que tendrán que decir al respecto sus amigos de la taberna. En ese preciso instante, uno de los príncipes hace un gesto y, con un rechinar y chirriar impropio del lugar resonando entre tantas voces apagadas y el gorgoteo y arrullo de las palomas, introducen el carro en el patio. Al verlo, las mulas levantan las orejas e inmediatamente Somax se siente más seguro, más sólido en su cuerpo y más ligero de espíritu gracias a su presencia.

Entretanto, Príamo ha estado observando a este tipo de aspecto rudo que será su único compañero en este viaje. Una vez más, confirma que su plan es correcto. El carretero guarda un extraordinario parecido con el personaje de su sueño.

Durante el medio siglo de su reinado, el heraldo que ha atendido a Príamo en todas las ocasiones ceremoniales llevando el báculo real, alzando su voz para hablar por él cuando las palabras se hacen necesarias, ha llevado el antiguo nombre dárdano de Ideo, si bien Príamo nunca ha sentido la necesidad de preguntar si el hombre que estaba a su lado era siempre el mismo. Es el cargo y el nombre lo que importa, no la persona, y a la vista de esta identificación entre nombre y cargo y a la continuidad del cargo en el propio nombre, Príamo, que ya ha adoptado una atrevida decisión, decide tomar la siguiente.

Se vuelve hacia el carretero y, con una voz que tiene el propósito de sonar más íntima que perentoria, pero lo suficientemente alta como para que todos los presentes la oigan, anuncia:

—Una cosa más. Estoy acostumbrado, en todas las ocasiones en las que salgo de palacio, a llevar un heraldo conmigo. Este heraldo recibe el nombre de Ideo. Dado que tú serás mi único acompañante en este viaje, así es como pensaré en ti y como tú, mi hombre, deberás pensar en ti mismo. A partir de ahora, tu nombre será Ideo.

El carretero le lanza una mirada, creyendo que en sus palabras se esconde algo más que no ha sido capaz de entender. Se revuelve, se frota la nariz enérgicamente con la palma de la mano y levanta la mirada oculta bajo sus cejas enmarañadas con la

esperanza de atrapar alguna pista de la reacción de la multitud.

Los príncipes se revuelven con un ligero malestar. Una vez más, la disposición mostrada por su padre para cambiar a capricho lo que durante tanto tiempo lleva establecido y aceptado los llena de consternación.

En cuanto al carretero, que ahora se encuentra completamente perdido y se pregunta qué otra locura le exigirán esos tipos, ¿qué puede hacer, salvo inclinar la cabeza y murmurar, en voz muy baja y sin demasiado entusiasmo, «Muy bien, señor. Así sea, mi señor»?

Pero en realidad no todo le parece «muy bien». En absoluto. Él se llama Somax. Siempre ha creído que su nombre le pega bastante. Le ha hecho sentirse cómodo, protegido y él mismo durante unos cincuenta años más o menos. Su nombre es lo que garantiza el aire que entra y sale de su boca; el seguro, tras una noche de sueño, de que el espíritu que ha abandonado su cuerpo para vagar por toda clase de lugares encontrará su camino de vuelta hasta ese preciso montón de paja en el que él yace, donde lo reconocerá y lo poseerá de nuevo. Es el nombre con el que se casó con su amada y se convirtió en el padre de cinco hijos (de los que, por cierto, ya no vive ninguno) y con el cual siempre se ha comportado tan honestamente como le es posible a un hombre pobre, manteniéndose con dignidad a ojos de los dioses. ¿Lo reconocerán, se pregunta, bajo ese nuevo nombre?

¡Así que Ideo! ¿No se confundirán los de allá arriba si después de cincuenta años con el mismo nombre de repente se les presenta bajo otro? ¿No verán acaso un atrevimiento en ese malabarismo que juega con la elevada dignidad de los heraldos, en esa adopción del nombre de «Ideo» por parte de un tipo de tan baja estofa?

Se revuelve. Siente un cosquilleo bajo la túnica, como si todos los piojos que lo cubren se hubieran despertado y estuvieran moviéndose de acá para allá. Hay una parte de esa vida que ha vivido todos estos años, de las dificultades, de las pérdidas que ha sufrido y de la manera en que se ha obligado a seguir adelante y a resistir, que están desdeñando y tomando a la ligera. Así lo siente.

Así pues, cuando los príncipes, con su tono afectado y con una deferencia tan desproporcionada para su estatus regio que, él cree, no puede ser sino una especie de burla sutil, con sus «Ideo esto» o «mi querido Ideo, aquello otro», empiezan a realizar solicitudes y a dar órdenes, se siente cada vez más intranquilo y después, en silencio, ofendido y resentido.

Quizá se equivoque y no tengan intención de ofenderlo, simplemente actúan según los peculiares deseos de su padre e, independientemente de lo necios y afeminados que parezcan, así es como hablan siempre. Pero él se revuelve incómodo de todas todas y, al menos mentalmente, aprieta los puños. Para calmarse, se vuelve en dirección a sus mulas, que pacientemente esperan entre tanta confusión, como es habitual en ellas, a que él les dé alguna indicación de cuándo deben moverse. Preciosase llama una, Choquela otra, aunque no hay razón alguna por la que alguien deba saberlo. Él decide, haciendo gala de una silenciosa resistencia,

guardarse esos nombres para sí.

Entretanto van llegando pilas de objetos del tesoro: calderos y trípodes de cobre, aguamaniles, urnas, copas, armaduras y armas ceremoniales. Parte de los objetos, como por ejemplo los calderos, son tan pesados que hacen falta dos sirvientes para levantarlos hasta la cesta. Lentamente, el carro, que según el conductor les había informado no había conocido hasta entonces más que la madera invernal, las pieles o el forraje, está lleno a rebosar de objetos preciosos.

Los espectadores, a medida que el tesoro va reuniéndose pieza a pieza, sienten que lo que se está formando allí, con todos esos objetos brillantes, es un cuerpo: el cuerpo de su querido pariente Héctor, por el cual, en sus corazones, henchidos de una esperanza que nace del deseo, la carga ya se ha intercambiado.

Por fin, cuando todo ha concluido, Hécuba envía a su sirviente a buscar una jarra de agua pura del manantial y una copa de vino, para hacer una libación.

Ella misma toma el aguamanil de manos de su sirviente y, en cuanto Príamo ha dado la vuelta a las mangas de su pura túnica blanca, se moja los dedos y se los seca con un paño, le entrega la copa y él ofrece una plegaria en alto. Levanta la cabeza allí desde donde los dioses, en su elevada corte, miran. Príamo permite que unas pocas gotas de vino dulce se derramen sobre el suelo y reza de nuevo.

Al carretero, cuya mirada asoma bajo las cejas, le impresiona la solemnidad de la ocasión, pero el instante se prolonga demasiado. Empieza a picarle la nariz.

Por fin la tensión se rompe y alguien advierte, allá arriba por entre las delgadas nubes, la presencia de un pájaro con las alas extendidas sobre el azul del cielo.

¡Vaya!, piensa el carretero. Un halcón atraviesa el aire, escudriñando desde lo alto los surcos de la tierra en busca de algún ratón de campo, algún ratoncillo aventurero o campañol.

Pero a instancias de su madre, el sacerdote Héleno asegura que se trata de un águila. Al carretero le asombra, pero nadie más parece estar sorprendido. Toda la asamblea levanta la vista y un murmullo de sorpresa y alivio inunda el patio.

Para que todos puedan verlo con claridad, el emblema y mensajero de Zeus Cronión se cierne allá en lo alto, sosteniendo a estos poderosos representantes de Troya, así como a los muchos miles que se encuentran fuera de palacio, en la ciudad y los pueblos y provincias de alrededor, en la estremecedora red de su atención y preocupación celestial.

Todos los días al alba las gentes de Troya abarrotan las murallas de la ciudad, la columnata situada antes de la puerta Escea y las anchas calles que conducen a la plaza central, para ver al ejército troyano marchar hacia el campo de batalla con sus escudos recién abrillantados, petos y cascos relucientes. El paso de los héroes provoca vítores. Algunas de las niñas pequeñas de entre la muchedumbre reúnen un puñado de flores y se aprestan a arrojar sus favoritas. La risa lo invade todo mientras los pétalos, de un rojo vívido, salpican el pecho de algún soldado. El aire comienza a

calentarse y los hombres sudan bajo sus armaduras de cuero, pero emprenden enérgicamente la marcha en filas apretadas. Es un nuevo día, aún por conquistar.

Más adelante, con las sombras de las últimas horas de la tarde, en igual número pero sin pronunciar palabra hasta que los gritos de dolor de alguna madre o esposa rompen el silencio, la multitud se reúne por segunda vez para ver a sus defensores, empapados de sudor y polvo, cubiertos con vendajes y sangrando, que regresan a casa. Algunos, demasiados, yacen sobre jergones que portan sus escuderos o camaradas, gimiendo o ya rígidos por la muerte. Otros, erguidos y apoyados sobre un codo, llaman a sus familiares, amigos y vecinos que se hallan entre la muchedumbre: «Ved, estoy vivo, sigo vivo». O bien, con los dientes apretados en silencioso dolor, estrechan la mano de una esposa o de un niño que camina, mitad risa, mitad llanto, a su lado. Así era hasta que hace once días Héctor cayó y los combates entre ambos bandos se suspendieron.

Ahora, a las tres de la tarde, de patio en patio y de puesto en puesto en el mercado abarrotado vuelan las noticias de que una procesión está congregándose a las puertas de palacio.

Los obreros, ataviados con delantales de cuero de vaca con un martillo colgando del cinto, llaman a voces desde los andamios de los edificios en los que están trabajando y que apuntalan, porque si bien es cierto que la ciudad lleva casi diez años al borde de la destrucción, siguen construyéndose nuevas casas y se reparan las viejas. A pesar de las alarmas, de las muchas privaciones y penurias, la vida en la ciudad sigue su curso. La ropa sigue poniéndose a secar sobre los árboles de membrillo o los arbustos de romero. Se visitan las colmenas a diario y se recoge la miel de los paneles rebosantes. Aún hay que soltar a los gatos para que cacen ratones en los graneros y las bodegas donde se guardan las vasijas de aceite, se siguen cortando y apilando troncos de pino para el invierno, se cavan trincheras y se mantienen las cisternas para que cuando la lluvia invernal caiga como un diluvio no se escape por los escarpados riscos sobre los que se extiende la ciudad. Los magistrados, sudorosos por el calor de la tarde, siguen teniendo la obligación de escuchar a los testigos y de soportar los prolijos discursos de los abogados rivales en algún caso de agresión o asesinato, puesto que incluso sometidos a la amenaza de un enemigo común, los ciudadanos se guardan rencor y prolongan viejas peleas o vendettas con un encarnizamiento tenaz y siguen estallando guerras vecinales por las afrentas más triviales que pueda imaginarse.

Pero hoy, toda esa actividad frenética se detiene. La multitud corretea por las calles y se empuja buscando un lugar privilegiado en las murallas de la ciudad. Los muchachos abandonan los pulsos, sus juegos de taba o marro, se escabullen por entre las piernas de sus mayores para situarse en primera fila entre los espectadores; entre ancianos, carteristas, gandules y trotacalles de toda clase, mujeres con un niño en la cintura y otro cogido de la mano que arrastran aullando, vendedores de perfume, de pepinillos, de saltamontes fritos y de almendras aún tiernas en el interior de sus

aterciopeladas cáscaras verdes, prósperos tenderos y sus esposas que han confiado sus negocios a algún ayudante que a regañadientes vigila las mercancías mientras ellos, gordos y sin aliento, se apresuran a colocarse en buen lugar.

A las tres en punto exactas, un carro tirado por dos mulas negras y conducido por un hombre que toda la ciudad reconoce como un simple carretero (Somax, hijo de Astrogón) avanza pesadamente con un ruido sordo desde las puertas de palacio colina abajo, hacia la plaza.

Sobre el pescante, junto al conductor y muy tieso, ataviado con una sencilla túnica blanca, se sienta el rey Príamo, erguido y sin su cinta sobre la frente ni báculo en mano, sin amuleto ni brazalete alguno.

A ambos lados del carro y en las filas traseras, caminando salteados sin ceremonia alguna y tropezándose ligeramente a medida que se amontonan cuando el carro desacelera la marcha o se detiene, van los restantes hijos del rey: Héleno, Paris (la multitud los va nombrando a medida que pasan), Agatón, Deífobo y Antífono, Dío, Pamón, Hipótoo y el más joven de todos los príncipes, el niño Polidoro.

Las mulas tiran del carro, sudorosas: el carro pesa. La carga, amontonada y cubierta por una tela, va en la parte trasera. El conductor está inquieto. Hace más aspavientos de los estrictamente necesarios para que las ruedas del carro sorteen el empedrado. Príamo, al igual que la estatua de su persona que adorna la entrada al templo, permanece sentado, rígido y erguido, la mirada fija al frente.

Es una visión tan desacostumbrada, tan sobria, tan despojada de toda clase de refinamiento y teatralidad que la multitud, aunque animada, no sabe cómo reaccionar. A nadie le parece apropiado lanzar vítores. ¿Estarán llevándose las riquezas de la ciudad a algún lugar seguro en el campo? ¿Los abandona el rey?

Observan cómo el carro se detiene antes de llegar a la elevada puerta de madera, cómo se levanta la barra, oyen el chasquido de las grandes cerraduras.

Desde las murallas, de la multitud sale un zumbido de entusiasmadas conjeturas mientras observan cómo la procesión serpentea colina abajo hacia la pedregosa depresión entre pinos hendidos donde, en los viejos tiempos, antes de la guerra, las troyanas solían poner a remojo la ropa en primavera. Después, hacia la atalaya, con su higuera solitaria, batida por el viento.

Allí el pequeño cortejo se disgrega.

El carro prosigue su marcha dando tumbos con el águila de Zeus allá en lo alto y toma el camino que lleva a cruzar la llanura. Los príncipes, a solas o en grupos, dan media vuelta y se abren paso colina arriba, de un abrupto recodo a otro.

Fuere lo que fuere aquello, ya ha concluido. O quizá, misteriosamente, no ha hecho más que empezar.

TRES

Al caer la tarde, cuando la luz empezaba a ser más tenue pero el aire aún era cálido y pegajoso, el carro descendía rechinando hasta el lugar donde el Escamandro, en su pausado serpenteo por la llanura, ha excavado dos brazos de la blanquecina gravilla de su lecho. El primero burbujea, con un color verde lechoso. El segundo, más profundo, tiene un tono suavemente azulado. Ambos son lo bastante poco profundos en esa época del año para vadearlos. Entre las florecientes matas de los islotes centrales crecían arbustos de adelfa de brillantes hojas y, en el cielo, los vencejos, graznando con entusiasmo, se arremolinaban formando amplios círculos, alimentándose de mosquitos o escrutando la superficie de la corriente.

—Bien, mi señor —anunció el carretero—, hasta aquí hemos llegado sanos y salvos.

Con las articulaciones bastante rígidas, se bajó con ligereza del carro y, susurrando una o dos palabras a oídos de la pequeña mula que ocupaba el lado del conductor, ató las riendas al tronco de un tamarisco. Allí permaneció en pie con la mano extendida para que Príamo pudiera bajar del carro.

Pero el rey, con el mentón tan levantado que la piel floja de la garganta le temblaba por el esfuerzo, permaneció sentado.

«¡Válgame el cielo! —pensó el carretero—. Le dolerá terriblemente la espalda como siga sentado así.» Se rascó la cabeza, vacilando sobre cómo debería dirigirse al rey o qué podría decir para tentarlo a bajar. Se aclaró la garganta y el rey, recordando su presencia, habló.

—Gracias —dijo con voz queda—. Me quedaré sentado en el carro con el cuerpo de mi hijo.

El carretero parpadeó.

«Vaya —pensó—. Así que es eso.» El pensamiento del anciano monarca, imaginando un salto hacia delante más allá de las muchas penurias que aún les aguardaban, ya había llegado al final del camino. Era el cuerpo del príncipe Héctor, recién lavado y envuelto en un lienzo blanco, lo que había visto relucir en el suelo del carro. Naturalmente, era una locura, si bien completamente comprensible.

Con enorme tacto y el corazón ablandado por un sentimiento de camaradería, pues también él era padre, se permitió caer en el engaño de fingir que no había oído bien.

—Vaya —dijo—. Si es por el tesoro, mi señor, no se preocupe, estará a salvo.

Preciosa lo vigilará, ¿verdad, bonita?

La pequeña mula levantó las orejas al oír su nombre y giró la cabeza.

El conductor soltó una risita.

—¿Ve, mi señor, cómo entiende todo lo que le digo? Le prometo que es tan buena como un perro guardián. No dejará que nadie se marche ni siquiera con una moneda de cobre, ¿a que no, *Preciosa* mía?

Fue entonces cuando el anciano rey se apercibió de su error. Un súbito rubor le subió a las mejillas. Con aspecto frágil y menudo, hizo un movimiento para bajar del carro y el carretero, aliviado de una dificultad que había creído ser incapaz de resolver, se acercó para tomar la mano de Príamo. Había actuado guiado por un impulso. Solo cuando vio lo sorprendido que se mostró Príamo ante ese contacto inesperado se le ocurrió pensar que quizá había cometido alguna afrenta contra la sagrada persona del rey.

Pero Príamo ya se había recuperado. Lejos de sentirse ofendido, parecía agradecido, o eso pensaba el carretero, por la presta consideración demostrada ante su necesidad. Muy cortésmente, le dio las gracias al conductor y, sintiendo alguna que otra punzada de dolor, pero sin menoscabo para su dignidad real, permitió que le ayudara a descender del carro.

—Así es, mi señor —dijo el carretero—. Ya verá. Descansaremos aquí un buen rato, hasta podríamos comer algo. —Pensó que debía sembrar esa semilla pronto, puesto que no había probado bocado desde cerca del amanecer—. Tenemos sombra para cobijarnos del calor y abrigo de sobra para resguardarnos. Nadie nos espiará.

Condujo al rey a través de la arena blanca hasta llegar al borde del agua.

—Es fácil vadear el río en esta época del año, aunque en otras estaciones puede ser terrible.

Se enroscó la tela de su túnica alrededor del puño y la levantó diestramente a la altura de las rodillas, dio un paso y se adentró, con sandalias y todo, en la corriente.

El fondo era arenoso. Las aguas, poco profundas, eran tan tranquilas y cristalinas que podían verse los pececillos que, alertados por esta repentina y gigantesca intrusión en su mundo, formaron una flecha de luz plateada bajo la superficie y se acercaron a él precipitadamente, listos para investigar. Temblorosos y nerviosos, curioseaban y lo empujaban, mordisqueándolo.

El carretero, con las manos en las rodillas, se inclinó para examinarlos de cerca.

—Hola, pequeñines —dijo.

Pero ellos ya habían decidido que el carretero no tenía ningún interés. Con un único movimiento tembloroso, dieron la vuelta y se alejaron.

Riéndose, el carretero siguió la estela que habían dejado bajo la superficie. A continuación se enderezó y volvió donde Príamo, quien, con aspecto inseguro y fuera de lugar, permanecía en pie observándolo. «Es como un niño —pensó—, un poquito retrasado. O como un hombre que se ha extraviado en sueños y no sabe ni dónde está ni cómo ha llegado hasta allí.»

Estaba claro que no cabía esperar ninguna orden de él. Si tenían que seguir adelante, le correspondía a él tomar la decisión, pero ¿cómo empezar? «¿Cómo —se preguntaba— habría actuado ese otro Ideo, el de verdad?» Nunca a lo largo de toda su vida, había tenido que relacionarse con gentes que no fueran humildes como él, gente que comía queso de oveja y ajo crudo, mujeres que tendían la ropa a secar sobre un arbusto a la vera del camino, niños medio desnudos con la cabeza afeitada para protegerse de los piojos y que se acercaban a las vallas de mimbre para saludarlo a su paso, mientras gritaban: «¡Eh, abuelo, ¿adónde vas? Llévanos en carro hasta la gran muralla, anda...». Tenía que confiar en su ingenio natural, en esas experiencias dispersas que nos son comunes a todos independientemente de la posición, elevada o no, que los dioses nos hayan reservado.

—Se sentiría mejor, señor —se aventuró—, si hiciera como yo. Baje y mójese un poco los pies. El agua fresca lo reanimará. Aún queda una hora o más hasta que se vaya el sol. Caminaremos más seguros por la otra orilla si esperamos a que se haga de noche.

El rey parecía sorprendido, como si la voz hubiera salido de ninguna parte, pero el carretero, preso de un mayor atrevimiento, pensó que una vez había empezado, más le valía proseguir. Volvió a la orilla ligeramente inclinada, se arrodilló y, puesto que el monarca no ofreció resistencia sino que simplemente se quedó mirando lo que hacía el carretero como si todo sucediera involuntariamente, desató primero una de las sandalias del rey, luego la otra, lanzando una mirada de perdón hacia arriba por cualquier paso indecoroso que pudiera desprenderse de su acción o de su tacto.

Como un bebé obediente, Príamo levantó un pie, después el otro, hasta quedar descalzo, las sandalias juntas sobre la orilla arenosa. Entonces, lanzando una mirada hacia el carretero, quien asintiendo con la cabeza lo animaba a seguir, dio tres pasos titubeantes hacia la corriente. Al sentir el efecto refrescante que le había prometido el carretero, sonrió, lanzó una mirada por encima del hombro hacia el lugar donde aquel seguía acurrucado en la orilla y asintió con la cabeza. A continuación, permaneció en pie observando fijamente sus pies descalzos, huesudos y blancos, mientras los mismos pececillos se acercaron a toda velocidad formando una flecha, mordisqueándolo y haciéndole cosquillas. Observó, divertido, cómo sus regios pies le parecieron tan decepcionantes y tan carentes de interés como los del carretero.

Era un tipo duro ese compañero que había elegido, sin noción alguna, hasta donde podía llegar a discernir, de lo que resultaba apropiado y lo que no, pero sabía cómo apañárselas y había en él una modestia y una buena voluntad de tal sencillez y tacto en aquella manera de sugerir las cosas que Príamo no encontró nada reprehensible en él. No era reverencia lo que le faltaba, solo un adecuado conocimiento de los formalismos. Y quizá aquí fuera, en el mundo en el que aquel hombre se movía, todos esos formalismos no fueran del todo útiles.

Hizo un gesto al hombre para que tomara asiento. A continuación, él mismo se sentó satisfecho, dejando que las bondades del agua fresca y cristalina extendieran su

revitalizante provecho desde sus pies a todo su ser.

Se le aligeró el ánimo, ensombrecido hasta ese momento por la incertidumbre y por el miedo hacia tantas cosas aún desconocidas.

Entretanto, el carretero se había quitado un saquito del hombro y estaba colocando sus contenidos sobre una tela cuadrada limpia, aunque andrajosa.

—No estaría mal —sugirió— que tomara algún bocado, mi señor. No tendremos otra oportunidad y aún nos queda una buena jornada por delante. Solo un bocado. Para mantener las fuerzas.

Príamo sacudió la cabeza.

El carretero asintió. Miró las cosas tan ricas que había sacado de la bolsa.

Había aceitunas, gordas y negras. Pipas de calabaza. Un puñado de tortitas de una clase que Príamo nunca había visto, de color amarillo dorado y aproximadamente del tamaño de un medallón. El hombre, su Ideo, las miró con lo que le pareció un ligero arrepentimiento. Sin lugar a dudas, el tipo tenía hambre.

Con gran cortesía, el rey dijo:

—Por favor, come algo. Las tortitas tienen buen aspecto y yo no tengo inconveniente...

—Vaya, es cierto, señor. No he comido nada desde esta mañana muy temprano y ya son más de las cinco.

Tomó una de las tortitas.

—Estas tortitas que le han llamado la atención, señor, las ha hecho mi nuera. La mejor harina de trigo sarraceno, un buen suero de manteca y una gota de aceite. El suero de manteca tiene que tener un color cremoso y ser espeso, para que al verterlo desde la vasija de barro caiga con lentitud. Después, se reparte generosamente la mezcla batida sobre una sartén que se coloca sobre piedras calientes. Mi hijo, los dioses lo tengan en paz, colocó las piedras de otra manera, por cariño hacia mi nuera, ¿sabe?, para facilitarle las cosas, para que las tortitas se cocinaran más rápidamente y le quedaran más dulces. Era un tipo listo para esas cosas, siempre pensando en todo. Y se nota, ya lo creo que sí. Es un verdadero placer ver cómo la mezcla batida burbujea y va haciéndose y dorándose por los bordes, como puede ver. Que salgan tan ligeras depende de cómo el cocinero les dé la vuelta. Hay que ser muy cuidadoso y muy rápido. Mi nuera, muy buena chica, utiliza los dedos, ese es un truco que uno tiene que aprender, y, si se quema, se los mete rápidamente en la boca, así. —Y, para ilustrarlo, se metió una de las tortitas en la boca, pasando casi desapercibido por efecto de la charla—. Ay, ¡se puede saborear lo ligeras que son! Me he llegado a comer veinte de estas de una sentada. No por gula, señor, sino por la alegría que dan. El sabor se lo da el suero, pero me atrevería a decir que también se lo debe al buen humor de la cocinera y a ese arte que tiene para darles la vuelta con los dedos. También se nota ese sabor. Pero a lo mejor para notar eso uno tiene que haber estado delante, viéndola hacerlas. ¡Tan rápida y ligera! —Y, sin que el pulgar y el dedo llegaran a tocarse, giró su muñeca peluda en el aire para dar a Príamo una idea de

cómo podía ser aquello, pero también para revivir su propio recuerdo feliz—. ¿Está seguro, mi señor, de que no le apetecería darle un mordisquillo a una?

Cuando Príamo sacudió la cabeza, el carretero dijo:

—Bueno, al menos, señor, tome sorbos de vino. Para mojarse un poco los labios y bendecir la ocasión.

Príamo, que se había dado cuenta ahora que el hombre acababa de mencionarlo de que tenía el gaznate un poco seco, pero también porque ese tipo era muy agradable y persuasivo, estuvo de acuerdo. Ideo, sonriendo de felicidad, le pasó el frasco.

—Ahí tiene —dijo mientras Príamo tomaba un modesto trago—, no le hará más que bien.

Y, en efecto, así fue. Príamo tomó otro trago, ahora más copioso.

—Ve, señor, cómo un tipo como yo, que necesita estar fuerte para trabajar duro, tiene que saber lo que es bueno para el cuerpo, tanto como para el espíritu. Ahora, si me permite la sugerencia, mi señor, y no es porque el vino se me haya subido a la cabeza, realmente tiene que comer algo. En nada nos ayudará desmayarnos a mitad de camino. Un hombre tiene que tener un sentido práctico de las cosas, para ayudar al espíritu, señor, mientras se entretiene el pensamiento con una agradable sensación en el estómago y las piernas. Nada hay de malo en ello. Somos hijos de la naturaleza, mi señor. De la tierra, tanto como de los dioses.

Y así fue como Príamo, que se sentía ligeramente desfallecido, pero temeroso de hacer peligrar la pureza de su misión, se dejó persuadir y tomó una de las tortitas con los dedos, partió un pedazo y la probó.

Estaba riquísima. Lo que el carretero había dicho de su ligereza era cierto, así como de su efecto sobre el espíritu. Terminó la tortita, pero rechazó una segunda. La moderación era algo natural en él. Basaba cierta sensación de su relación formal con la naturaleza en no depender excesivamente de ella, todo ello a pesar de lo que el conductor había dicho, muy pertinentemente, sobre cómo su ser estaba doblemente unido a los dioses y la tierra.

Al emprender su misión, había comprendido con claridad que se expondría a cosas que con anterioridad le habían resultado desconocidas. Tal era el precio de lo inédito. Pero ahora, sentado y con el sabor dorado de la tortita en su boca y otra gota de vino en sus labios, comprobó que lo novedoso podía resultar asimismo placentero.

Sentarse hundiendo los pies en el agua fresca que los cubría para después escaparse, por ejemplo.

Los pececillos que se acercaban a investigar y decían: «No, nada podemos sacar de este».

El revoloteo y el trinar de los vencejos, cada vez más sonoro y animado a medida que oscurecía.

Naturalmente, todas esas cosas no eran en sí mismas una novedad. El agua, los peces, las bandadas de vencejos de cola respingona siempre habían estado allí, inmersos en sus propias vidas y pequeños quehaceres, ocupados en sus cosas, pero

hasta ese momento no había tenido ocasión de darse cuenta de su existencia. No habitaban su esfera regia. Por ser innecesarios para la observancia o el sentimiento real, ocupaban un segundo plano, y su atención se fijaba siempre en lo que era importante. En sí mismo. La actividad oficial que recaía sobre su persona en cualquier acontecimiento o escenario, la pose formal que le correspondía mantener y que debía hacer resplandecer.

Cuando, por ejemplo, salía a cazar jabalíes, lo rodeaban sirvientes jóvenes y viejos. Algunos a pie, otros a caballo, cada uno de ellos con un papel concreto que interpretar en esa representación ceremonial: como batidores y guías de perros, como oficiales de la corte encargados de las provisiones, como conductores de los carros, como escuderos y coperos que ponían la mesa en el bosque donde, a mediodía, comería toda la compañía, o como aquel al que, especialmente escogido para la ocasión, una vez hostigado el jabalí y conducido a un lugar seguro, con la cabeza agachada, piafando y soltando espuma entre el follaje, le correspondía la tarea de pasarle la lanza que debía lanzar, muchas veces debido a la debilidad de sus brazos y en los últimos tiempos como mero formalismo, antes de que algún otro más joven se acercara y matara la presa.

Simbólicamente era el centro de todo, tal y como las formas y su propia dignidad real exigían, pero no podía tomar parte en la tarea meramente física, todo pánico y sudor, que suponía abalanzarse a través de los arbustos hasta donde media tonelada de huesos y carne embravecida esperaba a ser acuchillada, lanceada y derribada.

Naturalmente el jabalí era suyo. Al acabar el día, se lo presentaban, aunque más bien él era presentado ante el animal, y le embadurnaban ligeramente la ceja con la sangre espesa del animal. Los hombres lo jaleaban y aplaudían su destreza. Todo ello muy formal, no debía interpretarse al pie de la letra. Entonces él derramaba una libación y, con el permiso de los dioses, parte de la fiera energía del jabalí, de sus músculos calientes y de su aliento aún más cálido fortalecería su espíritu. Era un misterio. Parte de un mundo ceremonial, teatral, que era eterno y no tenía nada que ver con lo actual e inmediato, con esa ocasión concreta ni con ese jabalí ni con ese rey. Incluso el escenario en el que todo ello se desarrollaba quedaba libre de sus elementos particulares como la clase y color de sus hojas, el día brillante o ligeramente brumoso, la tierra seca o embarrada bajo los pies... El mundo regio era un espacio dramático, ideal. Todo lo meramente accidental, como una correa rota, el grito de dolor procedente de algún batidor allí donde el colmillo del jabalí daba con algún hueso y la sangre de verdad empapaba las hojas, todo eso debía ignorarse, dejar que se fuera disolviendo en el confuso y confundido ámbito de lo accidental y lo ordinario.

Toda su vida era así o así lo había sido, pero allí fuera descubría que las cosas no eran más que ellas mismas. Esa era la novedad.

Al ser simplemente lo que era, ni más ni menos, cada cosa se le aparecía de una forma que apenas le resultaba reconocible. Absorta en sí misma, aislada, demasiado

ocupada con su propia vida consistente en ir corriendo de acá para allá como el agua, de buscar comida como hacían los pececillos y el ruidoso círculo de vencejos, como para darse cuenta de un anciano que había vagado por entre ellas para asentarse allí durante una temporada y finalmente desaparecer.

Todo ello resultaba desconcertante, pero no desagradable. En general se sentía en paz consigo mismo, tanto en cuerpo como en espíritu, cómodamente recuperado (alejó con la mano una nube de mosquitos que parecían sentirse especialmente atraídos por su regio sudor), pero se preguntó si habría sido todo eso posible si, como era costumbre, se hubiera hecho acompañar por su otro Ideo. Naturalmente, habría recibido un trato exquisito, pero no se habrían producido ninguna de las sorpresas que ese nuevo Ideo le ofrecía.

Jugueteó con los dedos de los pies en el agua fresca y dejó escapar una risita. Lo más sorprendente de todo era la manera en la que ese tipo soltaba la lengua, sin miedo, según parecía, de que lo tomara por un simple charlatán o una matraca.

Si uno las consideraba con rigor, sus palabras resultaban innecesarias. No tenían sentido, no servían para nada. Lo asombroso, teniendo esto en cuenta, era que causaran un daño tan leve, en realidad ninguno, a la dignidad del tipo en cuestión. «He ahí algo —pensó Príamo— sobre lo que conviene reflexionar.»

En su propio mundo, un hombre hablaba únicamente para dar forma a la decisión que había tomado o para presentar un argumento a favor o en contra de algo. Para dar las gracias a alguien que se hubiera comportado bien o para reprender, ya fuera airadamente o con un ligero pesar, a quien no lo hubiera hecho. Para ofrecer un cumplido caracterizado por frases decorativas e invocaciones a la vanidad o al orgullo familiar prefijadas y establecidas desde antiguo. Era el silencio, no las palabras, el que expresaba algo. El poder residía en la contención: en mantener ocultas las intenciones propias y, en consecuencia, en preservar su misterio. A un niño se le permitía parlotear, hasta haber aprendido la lección; o a las mujeres, en el retiro de sus aposentos.

Pero allí fuera, cuando uno se paraba a escuchar, todo parloteaba. Era un mundo que hablaba por los codos. De hojas cayendo mecidas por la brisa. De agua saltando por entre las piedras, revolviéndose contra sí misma y volviendo a saltar otra vez. De cigarras que emitían chillidos prolongados y estruendosos que de repente se interrumpían y uno volvía a ser consciente del silencio. Salvo que, en realidad, no era silencio, sino un susurro y un zumbido y un canturreo tenue y continuo, como si la presencia de todas las cosas se debiera tanto al sonido como a su forma o a la manera que tuviera, tan única, de moverse o permanecer inmóvil.

Ese tipo, por ejemplo, su mulero, su Ideo. Todo lo que tenía que decir, esa forma tan agradable de llenar el tiempo, era irrelevante. Estaba lleno de otra cosa. De interés.

Era como si uno se encontrara espiando a través de una grieta en una puerta (qué emocionante le parecía a Príamo imaginarse a sí mismo en una situación que jamás

habría soñado representar) y pudiera observar durante un instante la vida de aquel tipo, su mundo, el mundo de su nuera también.

Ese asunto de las tortitas, por ejemplo. Los ingredientes, el ingenioso sistema inventado por el hijo de aquel hombre, fruto del cariño para facilitarle las cosas a la muchacha encargada de cocinarlas. Nunca se le había ocurrido que la comida que aparecía en su mesa con tanta rapidez y en tal abundancia pudiera contener ingredientes. Que una tortita o un pastelillo pudiera haber sido antes una masa batida. Que esa masa batida pudiera consistir de buena harina de trigo sarraceno y suero de manteca y que lo que uno experimentaba como calidad dependiera del grosor de la masa batida o de la agilidad de una muñeca. O que fuera necesario disponer ingeniosas medidas para que algo tan simple como una tortita pudiera existir en este mundo. O que una de las actividades a las que un hombre pudiera prestarle atención y que pudieran llevarle a devanarse los sesos fuera la gestión de todas esas medidas, la organización, de forma experimental, de este o aquel detalle de un mundo ya existente para crear algo nuevo.

Todo aquello no le había preocupado lo más mínimo. Había carecido de cualquier interés para él. Ahora, lo tenía. Y, entonces, miró al tipo que le había revelado esas cosas con un respeto creciente.

Sabía cosas. La vida de la que procedía y que hasta cierto punto había traído consigo estaba plagada de actividades y hechos que, aun siendo muy comunes y de baja estofa, tenían su atractivo.

El buen color del suero de leche, por ejemplo, mientras caía a chorros de la vasija: le gustaba la sensación que lo invadía al imaginar aquella escena. Y más aún la silueta de la joven acucillada, con la túnica recogida entre las rodillas, pero con gracia y modestia, mientras vigila las tortitas y les da la vuelta muy hábilmente para no quemarse los dedos y, si eso ocurre, se lleva rápidamente las puntas de los mismos a la boca. Todo aquello se le presentaba como algo animado, real. Podía verlo a pesar de que a ella no la había visto nunca. ¿Acaso no había saboreado, en esa pequeña tortita que él mismo se había llevado a la boca, la ligereza de la muñeca de la chica?

Le había venido bien todo aquello, para la mente y para el espíritu. Quería más.

Saber, por ejemplo, si esa chica, la nuera, era bien parecida o no, si era menuda o rellenita. ¿Cuántos años tenía? ¿Cómo se adornaba el pelo?

Y el deseo de completar la imagen, de verla con más claridad, lo llevó a algo a lo que en verdad no estaba acostumbrado, a lo que no sabía cómo enfrentarse: el deseo de plantearle a ese hombre una o dos preguntas que de ningún modo eran necesarias, que de hecho no servían para nada, salvo para satisfacer la curiosidad recién descubierta de saber más sobre esas cosas innecesarias y para sentir la satisfacción de esa nueva forma de vacío. La curiosidad.

Sin embargo, al formular la pregunta lo hizo de forma inoportuna y no llegó a plantear lo que realmente quería saber. Simplemente era una manera de que el carretero volviera a hablar de nuevo.

—Así que —dijo Príamo—, tú también has sido bendecido con hijos.

El hombre levantó la mirada.

—¿Bendecido, mi señor? —Sacudió la cabeza—. Bueno, podría decirse... Bendecido para que después me quiten la bendición. De hecho, señor, todo lo que me queda ahora es esa nuera y mi nieta, una pequeña de cuatro años. No, cumplirá los cuatro el mes próximo, si los dioses se lo permiten. Si quiere que le diga la verdad, señor, ahora mismo no es más que una preocupación. Si por momentos he dado la impresión de estar ausente, absorto en mis propios pensamientos, es porque he estado pensando en ella, ¡pobrecita!, como ocurre, señor, cuando son lo único que a uno le queda de su propia sangre. Cuando salí esta mañana, la pequeña tenía fiebre. Como es natural, en ese momento no esperaba tener que permanecer fuera de casa durante demasiado tiempo. A estas horas ya estoy en casa la mayor parte de los días. No es que me queje. Pero una fiebre es motivo de preocupación. Es algo terrible ver sus cuerpecitos tan calientes, revolviéndose de un lado para otro, oírlos respirar con dificultad intentando coger un poco de aire. Parece algo tan sencillo para un tipo tan grandullón y fuerte como yo: una bocanada de aire. Uno piensa que bastaría con dársela a cambio de nada, incluso si eso supusiera sentir alguna apretura en el propio pecho. Merecería la pena verse libre del miedo, de la preocupación, ¿sabe, señor?, de que algo se los lleve. Pero es una criaturita fuerte, eso es verdad. Es muy alborotadora y traviesa. Le encanta que la lleven a hombros y que le den vueltas y más vueltas hasta marearse. Debería oírla gritar. ¡Desde luego, aliento no le falta! Me atrevo a decir que, en apenas un par de días, estará correteando por el patio, persiguiendo las palomas. Pero uno se preocupa igual, así son las cosas. A todos nosotros nos une ese vínculo... Aquí. —Y, cerrando el puño, se lo acerca al pecho, señalándose el corazón—. Una vez se cayó en el patio sobre una estaca. No se creería la de sangre que salió de una criatura tan diminuta. ¡Muchísima, y muy roja! Brotaba a borbotones, tan rápidamente que yo pensé que nunca podríamos pararla. Entonces paró, así sin más, como si algo en la pequeña hubiera dicho: «Ya basta, si esto sigue así, será mi final». ¡Menudas criaturas somos!, ¿eh, señor? Llenos de tanta vida y voluntad y luego, zas, todo se acaba. Bueno, pues abrió los ojos, nos miró parpadeando, se rió y, al menos por el momento, todo terminó: no le quedó más que una buena cicatriz que sigue teniendo en la frente, imposible no verla. Pero nos dimos un buen susto, ya lo creo que sí. Yo no dejaba de temblar. Y pensé: «No puedo soportar que algo le pase a esta chiquitina, la última de los de mi sangre». No sé qué habría hecho si los dioses no hubieran reconsiderado las cosas y no nos hubieran tratado con amabilidad, pero lo cierto es que no nos tumbamos y morimos, ¿verdad, señor? Seguimos adelante. Independientemente de lo que hayamos perdido. Eso sí, yo habría ido por ahí, aun siendo tan fuerte como soy, con el corazón hecho trizas. Se me habría roto el corazón, ya está casi roto. Mi mujer, que su espíritu descansa, me dio tres hijos y cuatro hijas. Y sabe, señor..., ninguno de ellos sigue con vida. —Se sentó con los hombros hundidos, sacudiendo la cabeza—. Dos de los chicos llegaron a edad adulta. Los

otros, pobrecitos míos, murieron pronto, de una cosa o de otra. Dolores de estómago, ataques, fiebre. Una de las niñas estaba tan enferma que ni siquiera pudo amamantarse. Suerte que había otro más mayor, un niño, que pudo aprovechar la leche. Mi querida mujer tenía los pechos hinchados como melones, le dolían una barbaridad y no dejaba de llorar y llorar de dolor, aunque parte de todo aquello le venía también de la pena que le daba ver a esa pequeñita, tumbada ahí como un gorrioncillo con la boca abierta, buscando una bocanada de aire. Qué hambre tenía, estaba tan débil que ni siquiera podía chupar un dedo con una gota de leche. Así que el niño se la tomaba.

Una vez más se retrajo en sus propios pensamientos y se sentó a meditar con tristeza.

—Puedo verlo ahora mismo. Un chiquitín tan animado, riéndose mientras se limpiaba la leche de la boca. Era demasiado pequeño, señor, para comprender el coste que aquello tenía para su hermana. Le hizo más fuerte, claro, pero es terrible pensar en ese pequeño fantasma deambulando por ahí, todavía gimoteando y pasando hambre. ¡Pero ahí lo tiene! Una se perdió, el otro salió adelante y creció hasta convertirse en un toro. No había nadie en todo el barrio que pudiera competir con él en la lucha ni a la hora de lanzar troncos o de transportar un par de gavillas a la espalda. ¡Menuda fuerza tenía en los hombros! ¡Menuda mole! Como su cuello. Era como el tronco de uno de esos tamariscos.

Hizo una nueva pausa, tan prolongada esta vez que Príamo tuvo que empujarle tras un instante a que siguiera hablando.

—¿Y dices que ya no vive?

—Así es, señor. Ya no, ya no. Al final, su fuerza fue la causa de su muerte. Uno de nuestros vecinos, un tipo descuidado y borracho, había cargado el carro con una barbaridad de madera y el muchacho estaba ayudándolo a levantarlo. Se metió debajo del carro reptando, escarbando para abrirse paso bajo los ejes, cubierto de barro de pies a cabeza. Estaba intentando levantarlo sobre su espalda arqueada, con gran esfuerzo y sudor, cuando algo estalló, algo se le rompió por dentro. Dejó escapar un alarido tremendo. Ahora mismo creo estar oyéndolo. Un grito como nunca he oído, señor, ni antes ni después. El mero recuerdo, incluso ahora, me hace sudar. La carreta se volcó con la carga y comenzó a hundirse, con él debajo. Tuvimos que excavar para sacarlo de allí. Medio ahogado, lleno de barro, en la boca, asfixiándolo, también en los ojos. Estuvo tumbado toda la noche, tan blanco como esa túnica que lleva puesta. Después se tornó azul y ahí se acabó todo.

Permaneció sentado, sacudiendo la cabeza.

—Terrible. Terrible. Haberlo criado hasta ese punto, tan fuerte y con apariencia de haber podido durar muchos años. Le deja a uno un vacío que no se puede ignorar. Está ahí. Siempre. Ese trozo de la canción que solía entonar cuando estaba lavándose en el patio preparándose para salir con alguna de sus novias. También las palabrotas, incluso eso. Y, naturalmente, el trabajo. ¿Quién puede soportar algo así? Fue duro

para todos. A veces creo que su madre murió de aquello, pobrecilla. Pero a veces podía resultar difícil tratar con él. Ya se sabe lo alocados que pueden ser los jóvenes. Necios. Aunque en realidad no fue más que una imprudencia propia de un jovenzuelo. Con el tiempo lo habría superado, si le hubieran dado la oportunidad. A lo mejor se arrepienten. —Levantó la mirada, bizqueando ligeramente—. Con todo lo grande que era, llegué a derribarlo una vez. Le pedí que hiciera algo y me respondió que por qué tenía que hacerlo. Antes de darme cuenta, le rompí el labio de un puñetazo. Desde entonces, me arrepiento. Mil y una veces he deseado haber permanecido allí diciéndome a mí mismo: «Es joven, ya aprenderá. Déjalo estar». ¿Acaso no va a ser posible que los dioses también estén arrepentidos y crean que se precipitaron y, por tanto, lo lamenten, ahora que han visto que toda esa fuerza se ha desperdiciado? Ay, ¡son tantas las cosas que ignoramos, señor! Lo peor ocurre y ya está, se acabó. Las pulgas siguen picando. El sol vuelve a salir otra vez.

El hombre guardó silencio con la vista perdida en la distancia, los rasgos oscurecidos por una mirada que lo obligaba a torcer la boca y endurecía su mandíbula bajo la barba canosa. Se frotó la nariz con la palma de la mano.

Príamo permaneció sentado, también en silencio. Demasiadas cosas que procesar.

Él también sabía lo que era perder un hijo. Había perdido a tantos en estos últimos meses y años, todos tan queridos para él... o eso es lo que se había dicho.

Había velado el cadáver de todos y cada uno de ellos y derramado el vino de la copa, invocando su nombre ante los dioses. Los había enviado al inframundo, a todos ellos, iluminados con antorchas humeantes y acompañados por plegarias y los plañidos formales de las mujeres. Todo tal y como lo exigían la ley y la costumbre. Había encendido el hierro candente, colocándolo en la pira junto al rebaño de bueyes sacrificados. Él, entre todos los hombres, sabía lo que era perder un hijo.

Pero cuando reflexionó con atención sobre los términos en los que había hablado su acompañante, esa manera tan animada de hablar llena de emoción, en la que había llamado al muchacho en el instante preciso en el que levantaba el carromato sobre su espalda... Ese grito, de una clase que nunca antes había oído ni volvería a oír, cuando algo se le rompió por dentro, su forma de cantar, cuando salía raudamente del patio para ver a las muchachas: todo aquello era tan personal, el recuerdo de aquel hombre tan presente y puro incluso al volver a contarle, que Príamo se preguntó si esa frase que había hecho suya con tanta ligereza, el saber lo que era perder un hijo, tenía realmente para él el mismo significado que para el carretero. Fuera lo que fuere que hubiera sentido por la pérdida de Gorgitión, cuya madre, la adorable Castianira, había llegado desde Esima para casarse con él, de Doriclo e Isos y Troilo y los demás, no era en ningún aspecto comparable con lo que ese hombre había sentido por un muchacho que, después de todo, no era ni príncipe ni guerrero, sino tan solo un campesino como tantos otros.

Lo cierto era que ninguno de sus hijos era, en ese sentido, especial. Su relación con ellos era formal y simbólica, parte de esa representación de ensueño que se

desarrolla ante los ojos de los dioses y del mundo y que supone tanto el esplendor como la penuria propios de la monarquía. Ni siquiera podía estar seguro de cuántos hijos tenía. Cincuenta, se decía.

Pero aquello no era más que una forma de hablar, una cifra redonda. Una apuesta al alza para ganarse la consideración de los demás, una forma agresiva de garantizarse el futuro. Una muestra clara de la actividad cuasi divina a la hora de engendrar hijos, un aspecto más del necesario espectáculo. Igual que la lista de aliados o de las medidas de oro y las armaduras estampadas y finamente trabajadas, los calderos y trípodes y las preciosas copas que conformaban su fabuloso tesoro. No podía asegurar cuál era la cifra real. ¿Dos o tres más por encima de cincuenta? ¿Dos o tres menos?

Naturalmente, en todos los casos, él era su fuente de vida, el poderoso agente gracias al cual, en una arremetida de deseo viril o debido a la costumbre o a sus obligaciones regias mientras yacía con Hécuba o con una de sus otras muchas esposas o concubinas, este o aquel príncipe veían la luz.

La ocasión era ya de por sí bastante personal: no había nada más personal que aquello. ¿De qué otro modo, si no, cabría hablarse de ese caer tan placenteramente en la gran oscuridad, esa exhalación del espíritu hacia la misma boca de la muerte y, en mitad de todo ello, ese ataque de tierno afecto, hacia Hécuba, por ejemplo, la primera y más querida de sus esposas, y las dulces palabras que se cruzaban entre ellos después, mientras yacían tumbados, los cientos de episodios en los que, entre susurros, jugueteaban y se tentaban el uno al otro? Como niños. Bendecidos, bendecidos hasta la saciedad, desnudos ante los dioses.

Pero en lo relativo a los particulares de su diminuta descendencia tras tanta actividad, sus Isos, Dío o Troilo... no guardaba recuerdo alguno de ellos, ni como un niño de tres años limpiándose la leche de la boca ni sudando febrilmente. Nunca había golpeado a ninguno de ellos arrojándolos al suelo para después agarrarse el puño y lamentarlo. Un acto tan íntimamente violento apenas le resultaba comprensible. Nada en el mundo en el que se movía le habría permitido actuar así. Como tampoco habría abandonado la posición austera a la que se veía constreñido levantando a alguno de ellos sobre los hombros dando vueltas y más vueltas hasta que el cuerpecillo quedara completamente flácido, dejando escapar un chillido de excitación.

¿Se arrepentía de aquellas ocasiones llenas de humanidad, del recuerdo de algo que podría haberle unido más íntimamente a sus hijos y haber convertido su relación con ellos en algo más cálido y personal?

Quizá.

Pero ¿acaso no se había ahorrado ciertas cosas?

Cuando llegaron esos años en los que, uno tras otro, le traían a sus hijos del campo de batalla y en más de veinte ocasiones se había visto obligado a permanecer en pie junto a un cadáver derramando el vino, dar un nombre al cuerpo lanceado o

profanado, ¿acaso no habría sufrido veinte veces más si, al colocar el hierro candente junto a la pira, hubiera tenido que recordar cómo, tras haberlo coronado después de un combate, despedía al sudar un hedor de cuadra similar al de cualquier mozo; cómo aquel otro había tenido una vez una peonza y en cierta ocasión se había caído mientras la perseguía por los suelos de palacio, al reconocer, con la inesperada embestida del recuerdo, la cicatriz en forma de estrella que aún podía distinguirse en la mejilla del joven, apenas a unos centímetros del lugar en el que una jabalina griega había hecho añicos la mandíbula, destrozado los dientes y arrancado de la parte trasera del cráneo un fragmento tan grande como su puño? Incluso el fantasmagórico recuerdo de lo que en realidad nunca se había permitido contemplar hizo que su viejo corazón agitado le diera un vuelco.

La costumbre real, ese hábito de desviar la mirada, siempre, lejos de lo innecesario y particular, lo había puesto a salvo de todo aquello. Y aun así eran todas esas cosas innecesarias que poblaban la conversación del viejo, las ocasiones en las que el dolor y el placer se presentaban inextricablemente entrelazadas, las que tanto lo interesaban y conmovían.

—¿Y el otro? —preguntó casi sin darse cuenta—. Me has hablado de dos hijos.

—Ay —suspiró el hombre—. Eso ocurrió la primavera pasada, mi señor. Fíjese qué casualidad, a menos de cien pasos de aquí.

Había cogido un palo que lanzó lejos, hacia la corriente. Los pececillos, destinados a sufrir una nueva decepción, se abalanzaron hacia los círculos de luz que salieron del punto donde había caído, causando al mismo tiempo una ligera perturbación en la superficie del río, que pronto volvió a su curso habitual.

—Existe otro punto vadeable allí. No tan fácil como este, pero no muy difícil si uno sabe lo que se hace. Más cerca del camino. Fue culpa de ella, de esa pequeña mula que tanto me gusta, *Preciosa*, si bien a veces me pregunto cómo es que puede llegar a ser una criatura con un temperamento tan pésimo cuando las cosas no le convienen. Debió de perder el paso a mitad de río. Era primavera. El río llevaba mucha agua y fluía rápido sobre las piedras. Él debió de intentar que la mula se irguiera. El animal debió de sufrir un ataque de pánico y lo empujó a un lado. A los dos se los llevó la corriente. —Se frotó la nariz, como anteriormente (según vio Príamo, una costumbre que tenía), y emitió un ruido, como si estuviera acatarrado. De entre los umbríos tamariscos surgió un sonido parecido al ulular de un búho—. Lo encontramos tarde, a la mañana siguiente, todo enredado entre el carrizo de la otra orilla. Yo había estado fuera buscándolo toda la noche. Y la mula, esa criatura tonta... La mula se había ido tranquilamente andando, sin mirar atrás ni una sola vez, y allí estaba pastando con el cabestro suelto en una pradera. Moviendo la cola de un lado a otro e irguiendo las orejas en cuanto me vio.

»Naturalmente la mula no tenía noción de lo que había hecho, pero yo estaba fuera de mis casillas. Me dieron ganas de pegarle un puñetazo allí mismo, mas ¿de qué habría servido? Eso no me lo habría devuelto.

»Terminé por sujetar su cabeza entre mis brazos, sollozando como si se me fuera a partir el corazón. Era tan reconfortante aferrarme a ella, sentir su calor y la aspereza de su pelaje sobre mis mejillas, pero que fuera a causa de la pena que yo sentía por mi pérdida o por la alegría de encontrármela a salvo, eso, señor, yo no se lo puedo decir. Somos unas criaturas tan contradictorias... Quizá fuera por las dos cosas. En cualquier caso, desde entonces, le tengo un cariño inmenso, no se lo podría creer. Es todo lo que me queda de él. La mula, mi nuera y la pequeña. Lo siento, señor... — Agachó la cabeza y se pasó la mano, áspera, por los ojos.

Príamo, a quien se le había humedecido la vista, miró hacia otro lado.

Casi imperceptiblemente la tarde había caído mientras permanecían sentados.

—Mi señor —dijo el carretero—, está oscureciendo. Creo que deberíamos ponernos en camino.

Lentamente se puso en pie y, encorvándose para mojarse la mano en la corriente, primero se roció los ojos, después la boca y la barba. Se recogió la túnica apretándola en el puño y, con bastante delicadeza, la utilizó para mojarse ligeramente las mejillas.

Príamo miró a su alrededor. Era cierto. Una tonalidad grisácea plateada inundaba ya el río y los bancos de arena con sus gruesos arbustos. El cambio se había producido con rapidez. Ahora que estaba sobre aviso, vio cómo los colores del río pasaban, incluso mientras él miraba, de un gris azulado a un púrpura negruzco.

Lamentó tener que proseguir la marcha. Se había acostumbrado a ese lugar y a los pequeños placeres que le proporcionaba, así como a la oportunidad de sentarse y escuchar la conversación del otro. Recordaría todo aquello. Los arbustos de adelfa con sus hojas puntiagudas y alargadas, floreciendo con tanta fuerza entre la arena y los guijarros que separaban las dos corrientes. Esa agua refrescante que le lamía los pies. Los peces. El quejido agudo de los mosquitos. Un aroma que parecía más penetrante ahora que los demás olores se desvanecían con el sol, alguna hierba. También recordaría aquello.

El carretero estaba de rodillas, doblando sus pertenencias, que formaban un hato cuidado. Cuando Príamo se levantó y salió del agua, el carretero sacó un paño y se ofreció a secarle los pies al rey.

—Así, muy bien, señor —dijo con mimo, mientras Príamo, como un niño plácido y obediente, levantaba primero su pie izquierdo y después el derecho para que se los secara. Y cuando el carretero le indicó que ya podía calzarse de nuevo las sandalias, repitió el acto para que el hombre pudiera calzárselas y anudar las cintas. Partieron entonces, abriéndose camino entre los plumosos tamariscos rosados hasta el lugar donde esperaban el carro y las mulas atadas.

Pero apenas habían avanzado una docena de pasos cuando el carretero, repentinamente alerta, posó su mano sobre el brazo de Príamo y lo detuvo.

—Chsss —susurró levantando un dedo amenazador.

Tranquilamente apoyado sobre el borde del carro, con el pie derecho elegantemente cruzado sobre el izquierdo, se encontraba un joven esbelto con

sombrero alado bajo el cual le colgaba el pelo, de un bruñido tono entre dorado y cobrizo, formando lustrosos tirabuzones. El joven estaba silenciosamente absorto, o esa era la impresión que daba, contemplándose las puntas de los dedos, muy femeninas. Príamo sintió la presión de la mano del carretero en el antebrazo. El corazón le dio un vuelco.

Las mulas ya los habían oído acercarse o habían percibido su olor. Se giraron, levantaron la cabeza y en ese mismo instante, con aire lánguido, el intruso también se giró.

Entonces vieron lo joven que era.

Ideo, observó Príamo, la mandíbula rígida, estaba listo para atacar. También el joven debía de haberse dado cuenta. Dando un salto, todo ello en un instante, llegó hasta ellos, el rostro deformado, espada corta centelleante.

—¿Qué te pensabas, abuelo? —exclamó a gritos—. ¿Que iba a dejarte saltar y pillarme echando una cabezada? No soy ningún crío, ¿sabes? Tampoco un ladrón. Aunque... si hubiera querido echarle el guante a tu tesoro... Ah, pues claro que he mirado bien debajo de las colchas y he visto el botín con el que huyes. Me podría haber marchado con cualquier cosa que me hubiera apetecido en la media hora que llevas mojándote los pies en la corriente.

Príamo estaba perplejo. Algo sabía sobre la ira, sobre muchachos airados, y este estaba actuando. Esa bravata era propia de un joven al que le gustaba escucharse y dárselas de algo, lo cual no quería decir que no pudiera, además, ser peligroso.

—Vaya —dijo entonces, todavía contoneándose y gritando—. Supongo que desconfías de mí porque soy griego. Seguro que has oído toda clase de historias sobre lo rufianes que estamos hechos, lo bárbaros que somos. ¡Pues mírame! ¿Te parezco un bárbaro?

Cierto, no lo parecía. Con esa boca rosada y la cintura estrecha y los tirabuzones resultaba realmente encantador y él lo sabía. Un encanto innato. Pero también, en caso de que no le bastara con el encanto y esos dos viejos con los que estaba bromeando se ofendieran o decidieran llenarse de valor, le era innata cierta brusquedad que le permitiría cargárselos sin miramientos.

—Lo cierto es —anunció el joven— que me han enviado para que sea vuestro escolta. —Y muy caballerosamente se llevó la mano derecha al sombrero haciendo ademán de ir a despojarse de él, pero fue solo eso, un gesto, e inclinó su hermosa cabeza—. Pero permítanme presentarme. Me llamo Orquilo. Soy uno de los hombres del señor Aquiles, uno de sus mirmidones. Polictor, así se llama mi padre, un hombre acaudalado de su edad, señor... —dijo dirigiéndose a Príamo—. Éramos siete, siete hijos. Solo quedamos cuatro, de entre los cuales su servidor aquí presente —y con una elegante floritura se quitó el sombrero de la cabeza—, es el más joven. Así que, ¿ven? No tienen ninguna razón, ninguna, para temer por sus vidas, ni siquiera por su tesoro. O de sospechar de mis intenciones, como veo es el caso. Es usted un anciano, señor, y también, si a él no le importa que lo diga —y lanzó una mirada en dirección

al carretero—, lo es su noble acompañante. Supongamos que se topan con una patrulla nocturna de piquetes o con dos o tres tipos con iniciativa que hayan salido con ganas de divertirse un rato deseosos de encontrar alguna chica o robar un par de pollos o de ovejas gordas, ¡menudo premio con todo ese botín bajo la colcha! Así que aquí estoy, a su servicio. Para servirles de guía y escolta. Enviado por el señor Aquiles, que sabe que se encuentran de camino, para protegerlos.

Resultaba extraño. Príamo dio por buena la explicación del joven, pero siguió sin estar convencido. Ese tipo era demasiado bueno para ser verdad.

Vio que el carretero albergaba aún más sospechas. Temeroso de que el joven se diera cuenta, Príamo se volvió hacia su acompañante y dijo con firmeza:

—Ea, ¿ves? Tenemos suerte. El señor Aquiles, con la gran cortesía que lo caracteriza, nos ha enviado a uno de sus escuderos para que nos sirva de guía.

—Mi señor —comenzó a decir el carretero. Mas Príamo lo interrumpió rápidamente.

—No, no —insistió—. Ya has oído lo que nuestro joven amigo, aquí presente, me acaba de decir. Lo han enviado. —Y reparó en la sonrisa del joven, su mirada divertida y medio burlona—. Así que preparémonos y pongámonos en marcha.

Se puso a pensar en el puñetazo que el tipo le había pegado a su hijo y del que luego se había arrepentido. Se preocupaba por el joven desconocido, pero también por sí mismo, puesto que cabía la posibilidad de que el carretero, creyendo que realmente lo habían engañado, se tomara la justicia por su mano.

Entretanto, su acompañante no deseado había vuelto a adoptar una postura comodona apoyándose sobre el carro. Bostezó con lo que a Príamo le pareció una indiferencia estudiada. Todas estas frivolidades, tal y como daba a entender la expresión de su frente, suponían una dura prueba para la paciencia de un hombre tan joven.

Pero el carretero no se desanimó tan fácilmente. Muy irritado por la insolencia del joven, por su burlona condescendencia hacia lo que obviamente él consideraba dos viejales inútiles que ya habían quedado en desventaja cayendo en aquella emboscada, aunque por el momento fuera una emboscada cordial, estaba dispuesto a resistir. Él era quien los había metido en ese lío. Él había permitido que el rey y el tesoro, y todo lo que de ello dependía, cayera en manos de un cachorro emperifollado que, a pesar de sus tirabuzones untados de aceite y esos aires de languidez propios de muchacho afeminado, era un hueso duro de roer.

—No necesitamos ningún escolta —le espetó con franqueza al joven. Y también con voz queda le dijo a Príamo—: Mi señor, deberíamos deshacernos de este tipo tan rápidamente como podamos. Dele las gracias por las molestias, entréguele una bonita copa de plata o algún broche elegante para su túnica y que se largue de aquí. ¡Un escolta, dice! A la primera oportunidad que se le presente nos llevará hasta algún barranco y antes de que nos queramos dar cuenta, nos rebanará el pescuezo.

Príamo miró rápidamente en dirección a su nuevo amigo, que una vez más enarcó

una ceja y se encogió de hombros, como si ese tipo de ideas fuera exactamente lo que cabría esperar de un tipo de baja estofa como el carretero. Entonces hizo una mueca, como queriendo decir: «Es su problema, mi querido señor, ¡no espere que yo le resuelva la papeleta!». Realmente encantador.

Príamo desconfiaba del encanto, especialmente cuando adoptaba una forma física. A ese respecto, había aprendido una dura lección de su hijo Paris. Pero un sexto sentido le avisó de que en ese caso podría tratarse de algo más que de la simple belleza y la animada confianza propia de la juventud: también se trataba de la fragancia inusual que desprendía la presencia del intruso, si bien resultaba difícil saber si provenía de su aliento al hablar o de su cuerpo. Una fragancia hasta entonces desconocida para Príamo. Quizá algún ungüento o aceite aromático con el que los griegos se frotaban y relajaban los músculos tras ejercitarse, de un dulzor almizcleño que en el combate cuerpo a cuerpo pudiera resultar abrumador y difícil de resistir. De hecho, Príamo sintió su efecto embriagante incluso a distancia, una no especialmente desagradable concesión a sus sentidos en el preciso instante en el que el joven extendió su mano y, con voz dulce, dijo:

—Aquí, padre, déjeme que le ayude. Si queremos presentarnos ante Aquiles a la hora de comer, debemos ponernos en marcha.

Príamo, ligeramente sorprendido por la facilidad con la que aparentemente se había resuelto todo, permitió que el joven lo ayudara a subir al carro.

—Vamos, buen hombre —le dijo el joven al carretero—, nos estás retrasando.

El carretero, al ver que el rey ya se había doblegado, dio la vuelta al carro para llegar a su sitio, dijo algo a las mulas y, rechazando con un gesto la mano que le ofrecía el desconocido, se impulsó hasta el pescante, pero lo hizo con un salto que le hiciera saber a Su Insolencia que al menos él, a pesar de su edad, no necesitaba ningún tipo de ayuda y podría defenderse mejor de lo que algunos creían. El joven se encogió de hombros y sonrió.

Lentamente avanzaron orilla abajo hasta un punto por el que poder vadear el río, con el joven escudero caminando a veces delante del carro junto a la mula del lado del conductor, a veces uno o dos pasos por detrás.

—Buenos días tenga usted, pequeña —le dijo muy afablemente a la mula. Esta, reaccionando como siempre con entusiasmo ante cualquier muestra de interés, levantó su hermosa cabecita y movió los ojos—. Enhorabuena, abuelo —gritó por encima del hombro—. Veo que aquí su pequeña es una verdadera servidora de los dioses. —Apoyó la mano sobre el cuello de la mula y le hizo cosquillas suavemente detrás de la oreja. Una vez más, ella levantó la cabeza y le correspondió—. Gracias a ella la opinión que tengo de usted ha mejorado.

«Conque esas nos traemos —pensó el carretero, y de una sacudida emprendió la marcha—. ¿Pequeña, has dicho? Pues gracias, hombre. ¡Esa te la guardo!»

Estaba furioso. Buena parte de lo que sentía eran celos. Celos de que su favorita hubiera sucumbido inmediatamente a los encantos hueros de aquel tipo.

Habían llegado hasta el borde del agua. El conductor se detuvo para dejar que las mulas contemplaran la tarea que tenían por delante. La luz de la luna se movía con rapidez sobre los guijarros del río. Diez pasos más allá, allí donde el canal se hacía más profundo, la corriente, con sus muchos remolinos, avanzaba a la altura del muslo formando una curva ondulada.

Avanzaban con dificultad, las mulas se resistían. Príamo sentía las ruedas rechinar sobre los guijarros, desplazándose un trecho sobre el fondo gredoso para después dar un salto. El agua corría veloz sobre la superficie iluminada, pero una segunda corriente aún más fuerte se movía pesadamente por debajo. De repente, el carro dio un bandazo y se inclinó peligrosamente con la carga. El dosel de mimbre, al sacar Príamo la mano para agarrarlo y mantenerse firme, colgaba ladeado y parecía estar a punto de desprenderse del carro.

Las patas de la mula del lado del conductor habían quedado atrapadas por la fuerza de la corriente del fondo y el animal perdió el equilibrio. El agua, colándose a borbotones por entre los orificios en forma de creciente de las ruedas, había hecho girar el vehículo hasta adoptar un ángulo muy inclinado corriente abajo. El conjunto (las mulas, el carro, sus dos ocupantes impotentes, la carga con el tesoro) estaba a punto de caer a la corriente. Príamo vio cómo el carretero se ponía en pie con dificultad y se preparaba para saltar e intentar enderezarlos, por muy desesperado que pareciera el intento. Pero la pequeña mula era más fuerte y sabía dominarse mejor de lo que aparentaba. Se sostuvo, el carro se enderezó y, un instante después, volvían a estar sobre gravilla firme, con el agua fluyendo tranquilamente a su alrededor, corriente abajo. Poco después, gracias a los gritos de ánimo del conductor y a un enérgico empujón, se encontraban sobre la suave arena en el islote situado a mitad de corriente, entre los arbustos sombríos.

El escolta, a pesar de estar calado hasta las ijadas, no había perdido ni un ápice de su jovial buen humor. Tras haber deambulado por unos instantes corriente abajo, llamó a gritos al carretero: «¡Aquí estaremos más seguros!», encorvado y en cuclillas, a unos cincuenta pasos de distancia.

El carretero, que se tomó aquello como un desafío a su propio criterio en tales cuestiones, lo ignoró, pero cuando, tras bajarse del carro y explorar por sí mismo el terreno, volvió a subirse al vehículo y arreó a las mulas para que siguieran adelante, las hizo parar allí donde el joven, ya nuevamente de pie, esperaba, su silueta esbelta y oscura recortada sobre la luz trémula del segundo cauce. Lentamente, fueron rodando a través de la arena blanda.

Una vez más, las mulas se resistieron.

Este segundo cauce era más profundo que el anterior. El agua, que de repente fluía veloz y a gran altura, formaba tumultuosos remolinos alrededor de las ruedas cuando las golpeaba la corriente. El nivel del agua subió de nuevo e inundaba ya los tablones, colándose como si de una pequeña represa se tratara.

—¡Menuda aventura, ¿eh, padre?! —gritó el joven al oído de Príamo, por encima

del estruendo del agua. Cubiertos de agua hasta la cintura, se abría paso con fuerza a contracorriente—. Cuando se decidió a salir, no esperaba esto, ¿a que no?

Cierto, no lo esperaba, pero allí estaba en mitad de todo aquello y, habiendo dejado atrás su miedo inicial, se sintió casi infantilmente complacido consigo mismo. Estaba disfrutando. Se aferró firmemente al pescante y miró feliz por encima de la expansión del agua resonante, con sus remolinos y las fortuitas contracorrientes de luz, contándose ya a sí mismo la historia de cómo habían vadeado el río y de cómo se había sentido resuelto, valiente incluso.

Allí el fondo era sólido. A pesar de los remolinos que la corriente helada formaba a su alrededor y a la fuerza que la masa de agua ejercía sobre el carro, consiguieron avanzar un buen trecho.

—Buen trabajo —gritó el carretero al acercarse a pocos centímetros de la orilla. Entonces, con el agua colándose por entre las ruedas, el carro rompió la superficie y afrontó la elevación del terreno—. Un último empujón —dijo con urgencia—. Solo uno. Ahora, *Preciosa*, ¡ahora! —exclamó haciendo un último esfuerzo hacia delante como si fuera el tercero en el yugo.

Las mulas agacharon la testa, se aferraron al suelo con toda la fuerza acumulada en sus cuartos traseros y, en apenas unos instantes, el carro, Príamo, el cargamento y todos ellos volvían a pisar tierra firme. Estaban empapados hasta los huesos y, a medida que el carro iba rodando entre las matas bajas de arce, sicomoros y encinas, el agua iba dejando un reguero tras ellos, formando una estela embarrada. Entretanto su escolta había alcanzado la orilla, con tal facilidad como si el agua no le ofreciera más resistencia que el aire. Tenía la túnica empapada, pero ni siquiera se había despeinado y no mostraba la más mínima consecuencia por el esfuerzo realizado.

Se detuvieron junto a la hilera que formaban los árboles. Tras los turbulentos esfuerzos y el tumulto del vadeo, solo se escuchaba el sonido de su respiración en mitad de la silenciosa calma y, una vez más, el ulular de un búho en la distancia. El territorio que tenían ante sí aparecía parcheado de sombras en algunos lugares, iluminado en otros por una luna temprana.

El carretero, con su diligencia habitual, se bajó del carro y lo inspeccionó por delante y por detrás para comprobar que todo estuviera en orden. A continuación, volvió a montar y condujo a las mulas a un lado y a otro hasta sentir el inicio del camino bajo las ruedas. Solo entonces habló.

—Bueno, pues no ha estado tan mal —opinó—. A partir de aquí el camino es recto. ¡Bien hecho, *Preciosa*! ¡Muy bien, *Choque*!

Las mulas, aún relucientes por la humedad del chapuzón, respondieron y comenzaron a trotar.

La luna asomaba ya rápidamente por el horizonte. Muy pronto, como una oblea iluminada por dentro, reinaba sobre lo que habían sido campos de trigo y olivares antiguos antes de que la guerra los arrasara.

Príamo, sentado, guardaba silencio. Hasta entonces no había visto nada de todo

aquello.

Se estaban adentrando en un paisaje absolutamente devastado. Del polvo del camino brotaban pequeños arbustos macilentos y, a lo largo y ancho de la llanura, pequeñas criaturas con forma de ardilla que habían estado mordisqueando los delgados tallos permanecían acucilladas observándolos fijamente, los hocicos temblorosos, para después desaparecer de la vista en sus madrigueras, escabulléndose con rapidez. En el cielo sin viento, grandes nubes ribeteadas de plata permanecían inmóviles ante las estrellas: Orión, Géminis, las Pléyades, de un blanco nebuloso la red que formaban.

Al poco, su escolta, incapaz de guardar silencio durante mucho tiempo, volvió a hablar, preguntando de vez en cuando a Príamo si su regia persona estaba cómoda y, por último, tras otro silencio en el que parecía haberse quedado finalmente sin palabras, preguntó en un tono muy agradable al carretero:

—¿Y esa nuera tan guapa? ¿Cómo está? ¿Todavía le molesta a la pobre esa cojera?

El carretero ocultó su sorpresa mayúscula lanzándole una mirada fulminante. ¡Menudo descaró!

¿Cómo es que aquel tipo sabía de ella? Sintió una ligera inquietud, pero también un trémulo indicio de algo más que desapareció antes de que quisiera darse cuenta. Se acurrucó sobre sí mismo y fingió no haber oído.

También Príamo se sorprendió. El carretero no había mencionado ninguna cojera. No formaba parte de la imagen que se había formado de la joven acucillada junto a las piedras calientes, dando vuelta a las tortitas con las puntas de los dedos y, cuando quemaban demasiado, llevándoselos a la boca. Tendría que volver a empezar de nuevo, si bien le complacía oír que la muchacha era guapa.

—Ah —dijo el joven—. Ya veo, viejo amigo, que no te gusta que sepa tantas cosas sobre ti, pero sé más que eso. ¡Mucho más! —Y soltó una carcajada burlona—. Sé, por ejemplo, que tienes mucho genio y que tiendes a ser más bien taimado, que de hecho estás hecho un pillo. No voy a decir que seas un completo sinvergüenza sino más bien un tipo a quien no le preocupa demasiado cumplir la ley. Y también eres aficionado a las tabernas. ¿Acaso no es eso lo que cuentan de ti? Tienes algo de bebedor, de narrador y de cuentacuentos. Te conozco bastante bien, ¿eh? —Y entonces ladeó la cabeza de una forma falsa y francamente encantadora y volvió a reírse.

El carretero lanzaba miradas fugaces hacia Príamo. Lamentaba que el rey tuviera que oír todos esos chismorreos chabacanos sobre él. Podía haber derribado a aquel tipo de un puñetazo por su charla chocarrera y esa suficiencia suya, por ser tan listo. Pero algo le hizo contenerse. Cierta sospecha de que no todo era lo que parecía. De que era mejor mantener los ojos abiertos y esperar.

—Bueno —dijo el joven con indiferencia—. Que los dioses te bendigan. Si quieres que te diga la verdad, yo no soy especialmente cumplidor en lo que a la ley

respecta, así que no te lo tengo en cuenta. Y, además, es bueno ser alegre y disfrutar de las bromas. Porque te gustan las bromas, ¿o no? —Pero el carretero echaba fuego por los ojos—. Bueno, a lo mejor me he pasado. Si todo esto te pone de mal humor, dejaré de parlotear, abuelo. Pero ya sabes, soy joven. Tengo la cabeza llena de estas cosas y el mundo es un lugar tan animado e interesante que no puedo evitar entusiasmarme. Además, creo que es tentador, cuando se es joven como yo, hablar y escuchar lo que ocurre en el mundo. Ya habrá tiempo más adelante de poner caras largas y mostrarse taciturno, de quedarse quieto y decir hmmm... esto y hmmm... aquello. Ya pasaremos bastante tiempo en la tierra, padre. Ahí sí que hay silencio.

—Señor —susurró el conductor a Príamo, que estaba sentado muy erguido en el pescante, su figura tan de madera como el propio pescante—. Señor, este tipo que nos acompaña... Ya sé que lleva un sombrero griego y que viste como uno de ellos, pero me pregunto si realmente es griego. O incluso, señor... —dijo bajando aún más la voz—, si es un hombre como nosotros.

—¿Qué dices, abuelo? —preguntó el joven desde el lado del conductor. La pequeña mula giró la cabeza al oír el cambio en el tono de la voz, que había dejado de sonar ligera y joven como la del simpático desconocido—. ¿Qué vas murmurando por ahí? Que tengo buen oído, ¿eh? De nada te servirá susurrar. Así que crees que no soy un hombre como vosotros, ¿eh? ¿Y entonces qué soy? ¿Quién soy?

Los ojos de Príamo se abrieron como platos. Se preguntó cómo no lo había visto antes.

—Mi señor —exclamó con la respiración entrecortada—. ¡Mi señor Hermes!

También el carretero tenía los ojos como platos. Con su usual y fingida falta de disposición para sorprenderse por nada de lo que la vida le pusiera en el camino, disfrazó la alarma que sentía, pero no pudo evitar formularse una o dos preguntas incómodas.

Si ciertamente se trataba del bromista celestial (mensajero, ladrón, embustero, escolta de las almas hacia el inframundo), ¿hacia dónde se dirigían entonces?, ¿se habrían ahogado allí detrás, cuando de tan buen humor los había guiado hasta el lugar elegido por él?, ¿eran ya almas incorpóreas camino del más allá?

Se pellizcó. ¡No lo parecía! Se llevó la nariz al canesú de su túnica y la olfateó. Tampoco olían a muerto.

—Veo que os sorprende —dijo el dios—, a los dos. Bueno, es comprensible, y además es lo propio. Lo que os he contado era cierto: fui enviado. Pero no por Aquiles, que nada sabe de vuestra llegada.

Observó la mirada de alarma que se cruzaron entre ellos. También aquello era comprensible y se apresuró a tranquilizarlos.

—Sí, me han enviado, pero no por las razones habituales. No tienen nada de eso en mente. No en esta ocasión. La próxima vez que me veáis, será otra historia. Pero entonces me reconoceréis, ¿o no, abuelo? Por cierto —dijo, e hizo una pausa para sacar los guantes del cinturón y colocárselos con gran delicadeza en los finos dedos

—, yo soy invisible, aunque vosotros podéis verme con bastante claridad. Ah, y esa pequeña por la que tanto te preocupabas —eso lo dijo en dirección al carretero, como si acabara de recordarlo—, está ahora mismo sentada comiendo un cuenco de papilla de cebada, preguntando dónde te has ido y cuándo volverás. —Se giró y se dirigió al monarca—. Ahora, padre —dijo con gravedad—, ha llegado la hora de reunir fuerzas. Las trincheras griegas se encuentran justo detrás del segundo túmulo. Casi hemos llegado.

Príamo sintió cómo de repente le flaqueaban las fuerzas. Estaba al límite. Había llegado el momento en el que debía llevar a la práctica aquello que hasta ese punto solo había sido un plan ejecutado en su imaginación. ¿Estaría él a la altura? Desmayado de debilidad ante la idea de enfrentarse por fin cara a cara con Aquiles, sintió las pestañas caer pesadamente, como si estuviera a punto de refugiarse en el sueño.

Lo que lo fortaleció fue la presencia a su lado de su buen Ideo, que de ningún modo parecía intimidado por la transformación de su escolta, como si la aparición en escena de aquel dios fuera algo completamente habitual en su vida, una eventualidad más que tuviera que ser admitida y tenida en cuenta en un mundo de infinitas sorpresas y contratiempos.

Quizá fuera una baladronada. La determinación de no dejarse impresionar o, al menos, de no demostrarlo. Si así era, estaba funcionando y dando sus frutos, también él sentía sus beneficios.

Lo reconfortaba asimismo el título que el dios acababa de darle. El joven ya se había dirigido a él con la palabra «padre» en anteriores ocasiones, pero Príamo lo había interpretado como un aspecto más de sus burlas festivas, dichas en ese tono mitad cariñoso, mitad condescendiente que adoptan los jóvenes al hablar con sus mayores, especialmente los hombres jóvenes enamorados de su propia importancia. Respetuoso, sí, incluso zalamero, pero también con ciertos aires de divertida superioridad. Ahora que la obra en la que debía interpretar el papel de «padre» estaba a punto de empezar, un papel cuya interpretación nunca hasta entonces había intentado, lo conmovía esa invocación del vínculo sagrado que leyó, viniendo de labios de un dios, como una muestra de aprobación y una bendición.

El joven, Hermes, lo agarró por la muñeca y Príamo sintió una sacudida cuando la sangre respondió a su tacto, firme y más bien helado. Entonces, sus extremidades se llenaron lentamente de energía.

Habían llegado frente a la trinchera ubicada antes de la empalizada. Se trataba de una trinchera de dos cuerpos de ancho y tres espadas de profundidad, cubierta de cardos y protegida por un seto de estacas afiladas, dispuestas formando un ángulo convexo.

Detrás de la trinchera, con doce pies de alto y construida con troncos de pino calafateados con estopa, se hallaba la gran portalada que daba paso al campamento. Hacían falta tres hombres para levantar el tronco de pino que bloqueaba la entrada.

Solamente Aquiles, de entre los mortales, podía hacerlo solo.

Una compañía de argivos montaba guardia en el patio interior. Dispersos por el campamento, permanecían acucillados alrededor de las ascuas de las hogueras donde se estaba asando la cena o tumbados sobre sus túnicas jugando a los dados. Era la primera guardia, una hora fácil. Cuando un repentino golpe sonó en la puerta, el capitán de la guardia levantó la vista, sorprendido. Los piquetes que había dispuesto no le habían dado señal alguna de que ningún desconocido estuviera aproximándose al campamento.

Lentamente se puso en pie y, flanqueado por dos o tres hombres, se dispuso a cruzar el patio. Los demás, o al menos cuantos no estaban demasiado absortos en su charla o en sus juegos de dados, miraban despreocupados para saber qué ocurría.

Pero el capitán y sus acompañantes apenas habían avanzado una docena de pasos cuando, con un ¡crac! que puso a todo el patio en pie, el gigantesco poste que atrancaba la puerta se salió del cierre, como si algún agente invisible lo estuviera moviendo, y lentamente comenzó a levantarse.

El capitán y sus acompañantes permanecieron en pie, hechizados, con las manos sobre las espadas a medio desenvainar, sintiéndolas demasiado pesadas para levantarlas, la lengua fuera sin poder articular palabra, tan quieta como sus pies y sus respiraciones.

Lentamente, mientras ellos miraban, los goznes rechinaron y las puertas se abrieron de par en par.

Allí, a cinco pasos de la puerta, había un carromato cubierto tirado por dos mulas, con dos ancianos sentados juntos en el pescante.

Solo cuando el carro entró tambaleándose y haciendo un ruido sordo en el campamento y las hojas de la gran puerta se hubieron cerrado detrás de él y la barra, movida una vez más por manos aparentemente invisibles, quedó colocada con un ruido sordo en su cerradura los vigilantes, ya todos observando la escena, expresaron su consternación, dudando de lo que acababan de ver.

CUATRO

En su tienda, Aquiles está fuera de sí. Estos días apenas si come nada, pero en consideración a sus hombres se siente obligado a hacer acto de presencia.

Los hombres, arremolinados hombro con hombro, comparten una mesa de caballete en el centro de la tienda. Aquiles se sienta aparte a una mesita plegable de marfil incrustado que sus ayudantes, Automedonte y su escudero Álcimo, han dispuesto en un rincón apartado al que no llega la luz de la antorcha.

Debajo del techo bajo de paja el aire es espeso y huele a brea procedente de las antorchas de pino que chisporrotean y desprenden humo y vapores acres, también huele a grasa animal y al sudor de cuerpos sin lavar. Los hombres hacen ruido. El ruido va formando un tumulto, después recae para volver a subir, oleada tras oleada, como el mar. Puños de hombres borrachos golpean con violencia las copas contra la mesa.

Estalla una pelea. El reflejo de una cabeza peluda sobre un hombro cubierto de pieles aún más peludo se dibuja amenazante sobre el rojo de la pared de tablones de pino. Algunos se suman a la pelea y durante unos instantes se agitan en el caótico juego de sombras en el que brillan, mitad oscuridad, mitad llama, rostros sudorosos, bocas húmedas, las cuencas oscuras de sus ojos. Entonces la pelea amaina y las grandes sombras vuelven a convertirse en los sólidos cuerpos de hombres que se dan golpes en las espaldas y, gritando, forman una piña, hombro con hombro. En un instante de silencio, alguien empieza a divagar sobre algún recuerdo, alguna vieja tristeza o anécdota del hogar y ásperamente le mandan callar. Traen más vino.

Aquiles apenas advierte nada. No es más que el ruido que los hombres adultos hacen cuando están en compañía y tienen miedo de adónde pueda conducirlos el silencio. Es el mismo estruendo que provocan los árboles zarandeados y las piedras al estrellarlas las unas contra las otras.

Se sienta con una copa de vino llena ante él y come únicamente para que sus sirvientes sientan que pueden hacer lo propio.

Ahora que Patroclo no está, Automedonte es su principal ayudante, su auriga y su más próximo ayuda de cámara. Uno de los más nobles de entre los mirmidones, Automedonte es un tipo de mandíbula fina y una flacura impresionante, de ojos firmemente hundidos en las cuencas, centelleantes bajo las espesas cejas. Como parece no llegar a comprender nunca por entero todo lo que sucede a su alrededor, es el hombre más prudente y digno de confianza de todos y todo lo que hace lo lleva a

cabo con perfecta consideración y una rectitud extrema. Pero Aquiles no se siente del todo tranquilo con él. Lo admira, pero no le atrae, como le ocurría con Patroclo.

Lo cierto es que le molesta la presencia de Automedonte. Su presencia supone tanto un recordatorio como una reprimenda.

Cuando el casco cayó de la cabeza de Patroclo y este se tambaleó, con la sangre manándole a borbotones de la boca, fue ese hombre, Automedonte, quien corrió a levantarlo y, sosteniéndolo firmemente entre sus brazos, distinguió la luz que como una nube atravesó su mirada mientras el mundo se iba haciendo más oscuro y quien, gritando y apoyándose cada vez más cerca, escuchó el último aliento que salió de sus labios. Fue Automedonte quien se sentó a horcajadas sobre el cuerpo y, cegado por las lágrimas, alejó a los chacales troyanos.

«Él —se dice amargamente Aquiles—. No yo. En sus brazos, no en los míos.»

El resentimiento que Aquiles siente por Automedonte es la razón por la que lo ha convertido en su escudero. Sabe que es lo que Patroclo habría esperado de él. Pero la idea está ahí, siempre. Él, no yo. Y todavía duele.

Automedonte, alerta ante cualquier cambio de humor de Aquiles, lo sabe. Reconoce el dolor de Aquiles, también él llora. Ama a ese hombre, no solo por Patroclo, y no permite que el dolor que siente afecte a la atención que presta a las necesidades más minúsculas e indecibles de Aquiles. Siempre atento, cuando Aquiles finalmente da la señal, Automedonte hace un gesto con la cabeza a Álcimo, arriman los taburetes a la mesa y se unen a él.

Son jóvenes estos hombres, tienen buen apetito. Aquiles se obliga a comer un poco de cada uno de los platos dispuestos ante él: cebolletas, un puñado de aceitunas, pan, un poco de queso agrio. Apenas toca el vino que han mezclado y servido.

Automedonte intenta que no se note que han estado aguantándose las ganas de comer. No es el caso de Álcimo, apenas un muchacho. Después de que Aquiles se ha servido, sus manazas se dirigen con presteza hacia la bandeja de carne asada y el pan en su cestillo de mimbre, mientras las mandíbulas mastican con fruición pequeñas porciones de tocino.

Aquiles se da cuenta de que Automedonte guarda silencio. No está obligado a hacerlo. Repentinamente consciente del ruido que produce al masticar, Álcimo se traga los últimos pedazos y, al chupar la grasa de sus dedos, lo hace como una señorita, con tal moderación que casi resulta cómico.

Aquiles le tiene cariño a Álcimo y siente lástima por él. Sabe que preferiría estar con los demás, dando golpetazos con su copa sobre la mesa de caballete y engullendo frenéticamente su comida mientras grita para que su voz destaque entre la multitud. Es esa sobreabundancia de naturaleza animal que aún no ha aprendido a dominar lo que a Aquiles le resulta entrañable en el muchacho y lo que hace que sea tan fácil perdonarle esos deslices provocados por su pesada torpeza. Le gusta tener a Álcimo a su vera. Por su propio bien, pero también como recordatorio de lo que él mismo era apenas hace un año.

Una vez más se inclina hacia uno de los platos para que sus compañeros puedan aprovechar la ocasión. Toma una brocheta de carne. La gira entre sus dedos. La vuelve a colocar en el plato.

Entonces, en la humeante oscuridad del extremo más recóndito del cobertizo, una mano se desliza por entre la cortina de cuentas tintineantes. Aquiles levanta la cabeza.

Invisible, un dios se mueve entre ellos y, a su paso, los gritos a pleno pulmón de los mirmidones se detienen. Las notas plateadas de la lira tocan el aire y lo alteran. Cuando las voces arrancan de nuevo, como de hecho ocurre muy pronto, no son tan fuertes como para impedir que se escuche la música que persiste, como también persiste, para Aquiles, esa reacción que la música ha despertado en él.

Sabe lo que denota esta repentina suspensión de sus rudas cualidades viriles. Ese derretirse en su interior de la voluntad, de su yo. Las cosas siguen siendo lo que son, pero ahora percibe en ellas una fluidez que en otras ocasiones resultaba opaca. Las partículas de las que están conformadas en su forma sólida se desploman y enjambran. Como si su naturaleza fuera fluida, no fija. El mundo nada y, en tanto dura esa sensación, también él flota.

Se ha sumergido en su elemento materno y una vez más se abre a su trémula influencia. En tal estado ve cosas: cómo se espesa la media luz que brilla tras el hombro de Automedonte y lo golpea primero como un movimiento involuntario de su sangre.

Una figura, algo borroso que se cierne, ha empezado a formarse ante él.

Patroclo, suspira. ¡Eres tú! ¡Al fin, al fin! Hechizado, observa cómo la figura avanza hacia él a través de la humeante oscuridad.

Pero no es precisamente un hombre joven. Su decepción se disuelve tornándose de nuevo en un profundo pesar.

La figura, alta y enjuta, ataviada con una túnica blanca sin adornos, es la de un anciano. La carne flácida bajo el mentón cuelga formando pliegues llenos de arrugas, la mirada profunda bajo unas cejas nudosas.

¿Padre?

Esta vez es una pregunta a medias. Lentamente, se pone de pie.

Álcimo lanza una mirada a Automedonte y, a continuación, vuelve a mirar por encima del hombro para ver qué ocurre. Lo ve y tanto él como Automedonte se ponen en pie de un salto y echan mano a sus espadas. Aquiles, erguido, sigue mirando fijamente la figura.

Han pasado nueve años desde que Aquiles vio a su padre por última vez. Cuando partió de Ftía era poco más que un muchacho, ya formado y con buena constitución, pero con escasas señales del hombre en el que se ha convertido: un guerrero de pecho fornido, hombros grandes y cuello robusto, los rasgos endurecidos tras largos meses vivaqueando a ras de cielo. Así lo ha tratado el paso del tiempo. Por eso ahora, con una gran oleada de tristeza, le sorprende ver también lo mucho que su padre ha cambiado.

El Peleo que dejó atrás, que con tanta firmeza lo mantuvo apretado contra su pecho, resistiéndose a dejarlo marchar hasta el punto de que se le saltaran las lágrimas, estaba aún en la flor de la vida, con la fuerte musculatura propia de un guerrero, un hombre temible. La figura que ahora se aproxima sigue siendo alta y de aspecto noble, pero de músculos inertes. El pelo, antaño espeso y plateado, es ahora ralo y de una blancura lanuda.

—Padre —dice de nuevo, esta vez en voz alta, vencido por la ternura que siente por el anciano y su temblorosa fragilidad—. ¡Peleo! ¡Padre!

El gran Aquiles, con la mirada perdida, solloza. Deja escapar un grito, cae sobre una de sus rodillas y extiende el brazo para aferrarse a la túnica de su padre. Automedonte y Álcimo, con las espadas desenvainadas y resplandecientes, se ponen a su lado de un salto.

—¡Señor!

Aquiles, boquiabierto, mira de nuevo.

Ese hombre es un desconocido. Noble, ciertamente, incluso ataviado con esa sencilla túnica, pero en absoluto parecido a Peleo. ¡Cuántos son los engaños que puede tramar el corazón! Es evidente que aquel hombre no es su padre, pero durante cien latidos de su corazón su padre se le había hecho realmente presente y ahora sigue sintiéndose tiernamente vulnerable a todas esas emociones que lo inundan y que forman parte de un vínculo sagrado.

Razón por la cual, para sorpresa de sus dos ayudantes, no agarra al intruso por la garganta sino que pregunta, casi con suavidad:

—Pero ¿quién eres tú? ¿Cómo has entrado en este cobertizo?

Como si, quienquiera que fuera, hubiera algo misterioso y extraño en la repentina aparición de este desconocido, sin ser detectado, en un lugar abarrotado de sus seguidores.

El anciano se tambalea, parece estar a punto de caer. Lanza una mirada aprensiva al más joven de los dos hombres que lo observan con las espadas desenvainadas. Álcimo, cual león, apenas puede contenerse para no saltar.

Aquiles, al ver lo que ha alarmado al hombre, hace una señal, y Álcimo, tras lanzar una rápida mirada de confirmación a Automedonte, enfunda la espada.

Príamo se tranquiliza. Todo ha ocurrido con excesiva rapidez, de un modo para el que no está preparado. Ha venido hasta aquí para arrodillarse ante Aquiles. Aun con todo, el momento de la verdad ha llegado. Debe continuar.

—Yo soy Príamo, rey de Troya —se limita a decir—. Me presento ante ti, Aquiles, tal y como me ves, tal y como soy, para pedirte, como padre y de hombre a hombre, el cuerpo de mi hijo. Para ofrecerte un rescate y llevármelo a casa.

Príamo cierra los ojos. «Ahora —piensa—. Ahora atacarán.»

Los dos sirvientes siguen alerta, en pie. Automedonte aún tiene la mano posada sobre la espada. Aquiles se pone en pie. Pero no ocurre nada.

—Pero ¿cómo has llegado hasta aquí? —pregunta—. ¿Cómo has entrado en el

campamento, en este cobertizo?

—Me han guiado —responde Príamo. Y, al recordar al dios que lo ha conducido hasta allí, Hermes el matagigantes, se anima.

Príamo puede ver que Aquiles está impresionado. No repite sus mismas palabras, pero han quedado registradas en la línea que se le forma entre las cejas, en la breve separación de sus labios. Príamo ve que Aquiles comprende inmediatamente que lo que lo ha traído hasta aquí es algo más que una fuerza ordinaria. A pesar de ser una gigantesca mole, de la anchura de sus hombros, de esos músculos fibrosos del cuello, el guerrero que habita en él se ha tranquilizado, al menos por el momento.

—He venido en carromato —explica—. Con mi heraldo, Ideo. Está ahí fuera en el patio, con el tesoro que he traído para ti.

Príamo no se arrodilla. La ocasión ha pasado. Así pues, la escena tal y como se la había imaginado y desarrollado en su mente no tiene lugar.

En lugar de eso, permanece de pie en silencio, en la calma que los rodea, a pesar del ruido que hacen los mirmidones de Aquiles, y espera.

Aquiles entorna la mirada y estudia atentamente al hombre que tiene delante. Hace una señal, casi invisible, a Automedonte, que retira la mano de su espada y sale de la estancia.

Todo ha ocurrido tan rápidamente y tan en silencio en ese rincón oscuro del cobertizo que los hombres que ocupan la mesa donde reina la confusión siguen sin darse cuenta del extraordinario hecho que está acaeciendo. Siguen gritándose entre sí con gran bullicio y levantando sus copas, brindando borrachos. Todo ello resulta en un instante que, desde el punto de vista de Aquiles, parece un sueño.

La ternura que ha sentido con anterioridad sigue influyendo en su ánimo. Detrás de ese anciano que afirma ser, ¿podría ser eso cierto?, Príamo, rey de Troya, se cierne la figura de su padre, demasiado próxima en la mente de Aquiles, demasiado inquietante como para apartarla a un lado. Impaciente por saber a qué debe enfrentarse exactamente, hace una señal a Alcimo para que vaya tras Automedonte y le traiga noticias de lo que ha descubierto.

Pero Alcimo duda, renuente a dejar solo a su señor, y antes de que pueda moverse, Automedonte ha regresado. Con él trae a un segundo anciano como si fuera un fardo, más robusto que el primero. Greñudo y ataviado con una prenda basta tejida a mano, no se parece en nada al heraldo troyano, a quien Aquiles ha visto al menos en tres ocasiones anteriores en el campamento.

—Es cierto —responde Automedonte en un susurro—, hay un carromato cargado con un tesoro. De hecho, señor —dice bajando la voz aún más—, no es otra cosa que un carro para transportar heno, normal y corriente. Este tipo es el conductor. Bastante raro, diría yo, y porfiador. No quería abandonar a sus mulas.

—¿Eres tú Ideo, el heraldo del rey? —pregunta Aquiles al hombre.

Está perplejo. No solo por la afirmación de que este tipo de aspecto rudo sea el heraldo de Príamo sino por una situación que ya ha llegado mucho más allá que

cualquier otra que pueda recordar. Lo sorprendente es la tranquilidad que lo embarga a pesar del aviso de Automedonte.

El carretero, que de hecho ya está bastante alarmado por haber sido llamado a participar en todo aquel asunto, por la humeante oscuridad del lugar y por el ruido, que se asemeja más a lo que cabría esperar de una taberna y no del campamento de un héroe, se frota la nariz en un gesto que le sirve para tranquilizarse y se rasca la cabeza. Intenta ganar tiempo. Ahora que le han hecho la pregunta, tan directa y con Príamo observándolo, no sabe cómo responder.

—Bueno, viejo amigo —vuelve a preguntar Aquiles—. ¿Eres tú el famoso Ideo? ¿Ideo?

No, claro que no lo es. Él es Somax. Un simple obrero que esa misma mañana, como cualquier otra mañana de su vida, esperaba en el mercado a que alguien lo contratara cuando aparecieron dos desconocidos, que resultaron ser hijos del rey, príncipes troyanos. Uno de ellos se detuvo e, inclinando levemente la cabeza en dirección al carretero, tiró levemente de la manga del otro, inmediatamente atraído, como solía ocurrir, por la pequeña mula, la célebre *Preciosa*. Todo lo cual, aun cuando fuera cierto y relevante al menos para él, no empieza siquiera a explicar lo inverosímil de la historia. Las palabras que le permitirían explicarlo están ahí, en su cabeza, pero al intentar sacarlas, empiezan a dar vueltas y a formar un revoltijo. ¿Y cómo explicar, con Príamo allí presente para oírlo, que este rey que tiene a su cargo, aun con la solemnidad que le confiere su autoridad, es tan inocente respecto del mundo como un recién nacido desnudo e igual de desvalido?

Lo que dice es:

—Si me lo permite, señor, Ideo es el nombre que me ha sido impuesto, porque el ayudante del rey siempre recibe ese nombre: Ideo. Y resulta que... el... ayudante del rey —casi se le olvida y dice «acompañante»—... soy yo. El carro y las mulas, señor, son míos. El tesoro que estaba vigilando...

Pero no sabe qué decir del tesoro ni a quién pertenece legítimamente en ese momento.

Afortunadamente Príamo se da cuenta del aprieto en el que está e interviene.

—Aquiles, he dado a este hombre el nombre de heraldo porque una antigua costumbre dicta que yo tenga un heraldo que conduzca mi carro y que, en caso de necesidad, también hable por mí. Esta vez tengo la intención de hablar por mí mismo, pero este buen hombre me ha acompañado conduciendo el carro con el tesoro que traigo. Es carretero: no hay ninguna necesidad de engañarnos dándole ningún otro nombre. Sería muy cortés de tu parte si no hicieras demasiadas preguntas sobre su persona. —Entonces Príamo, desviando la mirada de Aquiles, se dirigió al carretero —: Me has servido bien —le dice al hombre—. No podría haber tenido un acompañante mejor. Pase lo que pase aquí te doy las gracias por ello y, si todo va bien, haré que seas recompensado. Lamentaría mucho que por mi culpa te sobreviniera algún daño, pero en ese aspecto, estamos en manos de otros. Los dos.

Príamo está profundamente conmovido. También lo está su acompañante, que se frota la nariz, mantiene la vista clavada en el suelo y hace pequeños gestos de desaprobación que dan a entender que en realidad es muy poco lo que ha hecho.

Aquiles se siente intrigado ante esta escena representada por los dos ancianos, pertenecientes a mundos tan dispares —la humildad de uno, la violenta timidez del otro—, tanto más en cuanto toda la escena se ha desarrollado como si fuera un asunto estrictamente entre ambos y él no tuviera parte en todo ello. Aquello podría haberlo ofendido, pero por alguna razón no es así. El desconocimiento, la inverosimilitud, lo desconcierta. Le resulta divertido.

—Álcimo —dice—. Acompaña a este buen hombre fuera y haz que le den algo de comer. Y que le den también forraje para sus mulas.

Álcimo da un paso adelante para acompañar al carretero y Príamo, aun bajo los efectos de las palabras que acaba de pronunciar y la tranquilidad con la que Aquiles las ha recibido, se siente lo suficientemente envalentonado como para continuar.

—Aquiles —empieza diciendo—, me dirijo a ti como padre que soy...

Hace una pausa y Aquiles, que está preparado para lo que viene, permanece de pie, listo para escuchar lo que el anciano tiene que decir, pero las palabras que Príamo pronuncia a continuación lo pillan completamente desprevenido.

—Sé que eres padre de un hijo al que no has visto durante más de la mitad de sus días en la tierra. Un niño que crece en casa de su abuelo, en la lejana Esciros. Piensa en lo que supondría para ti, Aquiles, si fuera su cuerpo el que yaciera ahí fuera, sin consagrar después de once días y once noches, bajo el polvo. El cuerpo de un hijo por quien sientes el cariño de un padre, hacia quien tienes obligaciones sagradas que nada, absolutamente nada en el mundo, puede suspender. ¿Acaso crees que a mí alguna vez se me ocurrió, cuando yo era el joven que tú eres ahora, en plena flor y vigor de mi juventud, que llegaría a este punto en mi vejez? Que me presentaría, como hago ahora, indefenso ante ti y sin señal alguna que dé cuenta de mi dignidad, suplicándote, Aquiles, como padre de un pobre mortal a otro, que aceptes el rescate que traigo y me devuelvas el cuerpo de mi hijo. No porque estas copas y otras chucherías sean un equivalente adecuado, pues cómo podrían serlo, ni por cualquiera que sea el valor que tú puedas darles sino porque nos honraría enormemente a ambos actuar como nuestros padres y antepasados han actuado a través de los tiempos y demostrar que somos hombres, hijos de los dioses, no bestias salvajes. Te lo suplico, no pidas más de mí. Acepta este rescate y permíteme al fin recuperar lo que queda de mi hijo.

Y entonces el anciano aparta la vista, incapaz de seguir.

Aquiles frunce el ceño, sumido en sus pensamientos. La evocación del niño Neoptólemo en boca de Príamo ha tocado una llaga cuyo dolor lleva tiempo intentando suprimir.

Hace nueve años, cuando lo vio por última vez, Neoptólemo no era más que un niño, un muchachito robusto de siete años, revoltoso y orgulloso, el pelo de un rojo

ardiente y un collado de pecas en la nariz. Un hombrecito travieso que andaba pavoneándose, con esa voz arisca y esa severidad en la frente propia de un veterano cuarentón que adoptan los niños a esa edad, imitando a sus mayores, y que en ocasiones resultan casi cómicas.

¿Y ahora?

Ha intentado conjurar la imagen del joven de dieciséis años, su cuerpo endurecido y lleno de viril resolución, listo para dar prueba de su valor, instando ya a su abuelo Licomedes a que le permita dejar a sus tutores y ejercitarse en la palestra y embarcar rumbo a Troya para al fin estar al lado de su padre como uno de sus temidos mirmidones, pero, perseguido por su antigua inclinación, es aquel niño engreído quien le viene a la mente. Todo lo que Aquiles puede ver cuando contempla esos nueve años que han transcurrido es el pequeño héroe que lo imita, dando grandes zancadas arriba y abajo en el vestíbulo del abuelo, adoptando una postura afectada con su espada en miniatura, frunciendo el ceño y lanzando sus bravatas de hombrecillo.

Pero Príamo se ha recuperado.

—Aquiles —dice, ahora con voz firme—. Sabes, igual que yo, lo que los hombres somos. Somos mortales, no dioses. Morimos. La muerte es algo natural en nosotros. Sin ese peaje que pagamos por adelantado, no nos abrimos al mundo. Tal es el difícil trato que la vida nos plantea a todos, a todos y cada uno de nosotros y la condición que todos compartimos. Y es por esa razón y no por ninguna otra por la que deberíamos compadecernos de las pérdidas ajenas, porque las desgracias nos alcanzarán a todos, antes o después, en un mundo al que llegamos solamente en términos mortales. Piensa, Aquiles. Piensa en tu hijo Neoptólemo. ¿Acaso no harías por él lo que yo he venido a hacer aquí por Héctor? ¿Acaso tu padre, Peleo, no haría lo mismo por ti? Se despojaría de todos los ornamentos del poder y, sin preocuparse por el orgullo o la distinción, haría lo más humano: presentarse, como yo he hecho, un hombre sencillo, viejo y canoso, para suplicar al hombre que ha matado a su hijo, con la poca dignidad que le queda, que recuerde su propia muerte y la muerte de su padre y actúe como honorablemente se actúa entre nosotros aceptando el rescate que traigo y me devuelva a mi hijo.

En los instantes de calma que se suceden, puesto que el ruido que sus hombres hacen ya no le llega, Aquiles se siente inmovilizado, fuera del tiempo.

Esa misma mañana, en la playa situada tras las líneas de las naves aqueas, había estado contemplando el golfo, sintiendo que no era el espacio hacia lo que su mente se veía atraída sino hacia la gran expansión del tiempo, a la vez tan inmediato en ese instante e inconmensurable, sin fin.

Ahora que Príamo ha terminado de hablar, distingue detrás de Príamo la figura de otro anciano, a la vez cerca y lejos: su padre, Peleo. Más allá, la figura de un tercero, él mismo, el anciano que nunca llegará a ser. Y, en un suspiro y en todos sus miembros, se apodera de él una sensación de frío que hasta entonces le había

resultado desconocida, incluso en las noches más frías de invierno en la llanura troyana. Una gelidez que lo atrapa con puño de hierro. Es la frialdad de esa estrella lejana lo que aísla al cuerpo en la muerte.

Pasa el instante, el hielo se rompe. Al volver al calor y el ruido del cobertizo, los ojos le arden tanto que tiene que cubrírselos con una mano. Al levantar la vista, de nuevo vislumbra un resplandor rojizo alrededor de todo lo que ve —el anciano Príamo, que permanece erguido ante él, la muchedumbre sentada a la mesa de caballete—, como si tuviera las cuencas de los ojos inundadas en sangre. Una bola de fuego cruza el aire con un silbido, un agente abrasador más destructivo que lo que ha contemplado durante estos últimos nueve años de carnicerías. Al evocar su propia muerte, Príamo ha permitido que entre ambos se interponga el temido instrumento de aquella. Aquiles siente en el aire el aliento de una espada ardiente. Vislumbra, como si pudiera ver a través de un agujero momentáneo abierto a la eternidad, al anciano Príamo desparramado. Oye a la Furia armada lanzando una mirada ardiente por encima del hombro, gritar a la oscuridad: «¡Ahí lo tienes, padre! ¡Ahí lo tienes, Aquiles! Te he vengado».

Aquiles toma asiento, con el corazón destrozado. Es su hijo, Neoptólemo.

En la iluminación del instante conjurado por Príamo, ha sido testigo de un tiempo futuro, el final de las cosas en los días que seguirán a su muerte.

Príamo, impelido por la mirada que dejaba ver la revelación del aniquilamiento que ha golpeado a Aquiles, se arrodilla al fin y aprieta las manos de Aquiles entre las suyas. No como una súplica, como había sido su intención, sino por un inmediato sentimiento de camaradería.

Y así concluye la representación.

Pero Aquiles confunde el gesto y lo malinterpreta como algo más parecido a una súplica. Con una mirada de horror, da un paso atrás y con rudeza aleja al anciano de un empujón.

—¡No! —grita—. ¡Basta ya! —exclama con una voz áspera llena de angustia—. No hables más. Tendrás aquello que has venido a buscar. —Ignora el sollozo que nace del anciano y rechaza el intento de aferrarse a sus rodillas—. ¡Basta ya! ¡Por favor! Cuando el cuerpo de Héctor haya sido lavado y preparado, comeremos algo juntos y podrás descansar. Hasta entonces, mis ayudantes se harán cargo de ti. —Y ofrece su mano al hombre, quien repentinamente parece demasiado débil como para levantarse sin ayuda.

Y así es como Aquiles, tal y como ha venido haciendo todas las mañanas durante once días, se dirige hacia donde el cuerpo de Héctor yace en el polvo.

Automedonte, antorcha en mano, lo acompaña. Un mozo les sigue con un taburete doblado bajo el brazo y una estaca con un puntal de hierro.

Falta una hora para la medianoche. La brisa ha limpiado el cielo de nubes y las estrellas, algunas de ellas enormes y solitarias, otras formando bancos o racimos,

brillan tan bajas que a Aquiles le parece poder olerlas en aquel aire tan limpio y puro, comparado con el cobertizo lleno de humo.

Automedonte fija la antorcha en el puntal. El mozo despliega el taburete, hunde las patas en la tierra blanda, comprueba el equilibrio. Aquiles asiente con la cabeza. Automedonte y el mozo ya pueden marcharse. Quiere estar solo, pero Automedonte, siempre aprensivo, duda.

—No —le dice Aquiles—. Ahora vete. Te llamaré cuando te necesite.

A Automedonte no le queda más remedio que obedecer.

Aquiles, al fin solo con sus pensamientos, se cubre con el manto y espera.

A sus pies, el cuerpo de su enemigo muerto resplandece, como iluminado por la luz de otra estrella. Es un resplandor metálico. Salvo por la herida de la garganta por donde entró su espada, no tiene ninguna otra señal. La herida está tan limpia como si acabara de infligírsela. Aun habiendo pasado once días al sol, el cuerpo no tiene ni la decoloración ni el olor de la corrupción.

Aquiles se sienta y lo contempla: la frente resplandeciente, la mandíbula enjuta, los pómulos ligeramente hundidos. En el labio superior y el mentón, apenas la sombra de una barba.

Cada mañana, mientras cabalga a su encuentro, eso es lo que halla, esa figura de lo que bien pudiera ser un durmiente, compuesto y todavía con la perfecta desnudez de la virilidad temprana, extendido ante él como un reto de los dioses, para causar, al cuerpo del asesino de su amigo, los salvajes estragos que su orgullo, su dolor y su elevado sentido del honor propio exigen, de los que el espíritu de Patroclo debe ser testigo en prueba de amor. Y cada mañana, al descubrir una vez más cómo los dioses lo han desafiado, enloquece de nuevo. Un dolor atroz recorre sus venas.

¿Y ahora?

Inclinándose hacia delante sobre el taburete, examina una vez más a su enemigo. Frunce el ceño. Eleva la frente hacia el cielo nocturno, sin nubes. Aspira su frescor.

Algo en su interior se ha liberado y lo ha abandonado. Una necesidad, una obligación. Todo a su alrededor ha experimentado un cambio sutil. El cuerpo que yace a sus pies, en su imperturbable calma; su propio cuerpo, tenso al inclinarse hacia delante, también calmado. Alguna emoción purificadora que lo ha inundado (¿cuándo?, ¿cuando Príamo se le apareció por primera vez en la figura de su padre?) ha limpiado su corazón del humeante veneno que obstruía y espesaba sus movimientos hasta el punto de que todo aquello sobre lo que posaba su mirada se le representaba nublado y oscuro.

Observa con detenimiento el cuerpo de Héctor: la perfección de sus miembros y el esplendor del guerrero que se ha ganado una muerte honrosa ya no suponen ninguna afrenta.

El afecto de los dioses por un hombre cuyo fin ha formado parte de su propia vida llena de logros es también un honor que puede atribuirse. Y, en ese momento lo ve, así es como podría haber sido desde un principio. Esa podría haber sido la primera

noche, no la duodécima.

Lo que en su interior siente como una sucesión perfecta de cuerpo, corazón y ocasión es la puesta en escena bajo la estrellas, bajo el aliento mismo de los dioses, del verdadero Aquiles. Ha tenido que llegar hasta ahí para encontrarlo.

Se sienta en silencio a contemplar todo.

La luz de la antorcha arroja un halo parpadeante que se eleva ligeramente en el aire, creando en la oscuridad un efecto parecido a una cueva cuyo techo fuera también la bóveda de su propio cráneo. A sus pies, el cuerpo cuyo silencio puede aceptar ahora como un espejo del suyo. En tanto permanezca allí sentado, no habrá conflicto entre los dos. Reina una concordia perfecta entre ambos. Su parte en esta larga guerra está tocando a su fin.

Así permanece sentado. Entonces, lanzando una última mirada hacia abajo, se levanta y lanza un grito hacia la oscuridad donde Automedonte, situado a apenas unos pasos, lleva todo ese tiempo esperando y manteniendo la guardia.

Dos mozos acarrear el cuerpo de Héctor, suspendido sobre un lienzo limpio, hacia el cobertizo de techo bajo que hace de lavadero. Aquiles, encorvado, los observa mientras posan la carga sobre una mesa recién fregada, hacen una leve reverencia con la cabeza y salen por la puerta baja.

El vapor que emana de un caldero y un humo amaderado y penetrante espesan el aire. Sobre un banco arrimado a la pared de madera, una vasija de barro llena de aceite y un platillo con hierbas. A su lado, primorosamente doblada, la tela en la que, una vez lavado con esponja y ungido, se envolverá el cuerpo de Héctor.

Las mujeres a las que han despertado y llamado para que se hagan cargo, de rostros graves llenos de poros abiertos y envueltas en chales negros, permanecen acurrucadas en las sombras. La presencia de Aquiles las incomoda. La labor que les ha tocado en suerte es una tarea femenina, nada fuera de lo común, puesto que lo hacen todos los días, pero ningún hombre debe contemplarlo y están esperando a que se marche para poder empezar.

Pero Aquiles, que nunca ha entrado en ese cobertizo y hasta ese momento no ha considerado siquiera su existencia, se siente intrigado. Tras haber seguido el cuerpo de Héctor hasta aquí, siente curiosidad por ver la siguiente fase del pasaje hacia la extinción: cómo, humilde pero necesariamente, se desarrollará esta última transacción con el mundo a manos de las mujeres.

La propia estancia, ahora que la ha descubierto, lo atrae de un modo que en un principio no es capaz de explicar. Hay algo allí, algo en la atmósfera de ese lugar, ese olor dulce y húmedo a lavandería, que medio reconoce y recuerda. Una habitación en el palacio de su padre donde a veces lo llevaban en brazos de su aya, cuya piel, vista de cerca, también estaba poblada de esos poros grandes, como la piel de esas lavanderas, y cuyo pelo húmedo cree estar sintiendo sobre sus mejillas. De repente vuelve a estar allí de nuevo, ese aroma a hierbas secas mezcladas con lejía. Han

venido a coger una sábana para su siesta vespertina.

«Así es el mundo primero al que venimos —piensa—, este mundo de cántaros de agua caliente y vasijas de aceite y ropa de cama o lana recién lavada. Y el último lugar por el que pasamos antes de que nuestro cuerpo haya acabado con todo.» Pensamientos impropios de un héroe.

Ligeramente encorvado y aún firmemente envuelto en su túnica, permanece en pie, incómodo y fuera de lugar, junto al umbral de la puerta.

El cuerpo de Héctor, desnudo pero con una esquina del lienzo cubriéndole levemente los muslos, un gesto de decoro de uno de los mozos, yace estirado y espera, la carne rosácea por la luz de la antorcha, los pies ligeramente caídos hacia fuera. Atraído una vez más por la profunda abstracción de esa calma de la que aún se alimenta la suya propia, Aquiles no parece dispuesto a separarse de él.

Pero la presencia de las mujeres puede más que la suya. Ese es su mundo. Mientras permanezca allí, mirando, no empezarán. Se da la vuelta, agacha la cabeza para cruzar la puerta baja y sale de nuevo al patio.

La luz de las estrellas, sombras, las siluetas de hombres jóvenes, sus mirmidones haciendo guardia. El metal de sus espadas refulge mientras se mueven por entre las hogueras. Cuerpos vigorosos, tensos, listos para ser puestos a prueba. Ahí fuera, todavía por algún tiempo, él es uno de ellos; el aire, de un frescor cortante, un recordatorio de lo presente y cálido que se siente en su envoltorio carnal.

Durante algún tiempo.

Hasta que también él, como Héctor, acabe allí. Desnudo como al principio. Girado hacia este lado, después hacia este otro, en manos de aquellas mujeres.

Primer albor. Una leve capa de escarcha en el suelo. En el pórtico del cobertizo de Aquiles, donde le han preparado un lecho de alfombras extendidas con una fina sábana de hilo, Príamo aún duerme, rígido y enhiesto bajo dos mantas de lana que aprieta con el mentón. Aquiles lo observa. Le emociona la dignidad del anciano incluso dormido y sus pensamientos vuelan una vez más hacia Ftía y su padre Peleo. El mentón apenas le asoma por encima del borde de la manta, morada y con ribetes dorados. Se escapa un resoplido al salir el aliento entre los labios, que luego se estrechan al aspirar de nuevo.

—Príamo, Príamo. —Aquiles se inclina hacia el rostro dormido—. Es la hora.

Los ojos se abren como un resorte y durante un instante lanzan una mirada de pánico. Boca abierta, pómulos hundidos. Entonces, el anciano recuerda dónde está, cómo ha llegado hasta allí y cómo es que el gran Aquiles, ya vestido y armado, está ahí, junto a su lecho.

—Hay agua caliente —le dice Aquiles.

Dos sirvientes, uno cántaro en mano, el otro con una jofaina y una tela, permanecen en pie a unos pasos de distancia, a media luz bajo la marquesina del pórtico. El más joven de los dos bosteza y lanza una mirada rápida para comprobar si

Aquiles lo ha visto. El otro emite un chasquido medio indulgente de desaprobación.

Por alguna razón, ese intercambio entre ambos, que ha atraído la atención recién descubierta de Príamo por tales acontecimientos irrelevantes, tiene un efecto reanimador y lo devuelve al mundo con la renovada sensación de lo repleto que está de hechos extraños e interesantes, de cosas que requieren su atención y que debe hacer. Empuja las mantas y, con una ligera mueca de dolor al balancear las piernas a un lado del catre, se pone lentamente en pie y permanece en esa postura con los ojos cerrados, esperando a que remita el dolor de la cadera.

A Aquiles le impresionan una vez más la largura de los huesos de aquel hombre, así como los restos de una fuerza imponente cuando, con gran elegancia pero sin aspavientos, sostiene las manos acopadas sobre la jofaina mientras Álcimo derrama primero y después le salpica la cabeza con agua y él resuella por el placentero esfuerzo. Al poco acepta la toalla que le ofrecen y permanece en pie, rumiando en silencio, toalla en mano y con el agua goteándole por la frente.

Lo que sorprende a Príamo es la extrañeza del momento.

Es la hora del lobo en el corazón del campamento aqueo.

En la distancia, un tableteo: los mástiles de las naves griegas, allá lejos entre la niebla, golpeándose entre sí y rechinando en el lugar en el que están amarrados en escuadrones, a lo largo de la costa.

Esos sirvientes desconocidos con su jarra, jofaina y toalla.

Y el asesino de su hijo, el odiado Aquiles, envuelto en su manto, en pie y observando mientras, apenas desaparecido el sueño de sus ojos, se seca los dedos y el agua que rápidamente lo refresca y que ha derramado sobre su cabeza gotea y oscurece los tableros del pórtico.

Todo parece un sueño en el que acontecimientos y objetos se muestran al mismo tiempo incomprensible e intensamente familiares.

Pero no es ningún sueño. Así se lo indican los calambres de sus viejos huesos y la imponente presencia que lo observa unos pasos más allá: los ojos animales en aquel cráneo de frente ancha y los grandes nudillos de la mano, que incluso en posición de descanso, ahora ligeramente aferrada al puño de su espada, sigue teniendo un potencial terrible.

Lo que lo deja perplejo es el deseo que siente —nuevamente la curiosidad, ese nuevo impulso en él— de conocer mejor lo oculto y contrario en el más atrevido, el más feroz, el más impredecible de los griegos. ¿Podría serle de utilidad más adelante, como medio de salvación, para Hécuba, para sí mismo, para su pueblo, de lo que de otro modo está seguramente por llegar?

A la luz de esa otra posibilidad permanece en pie con el agua goteándole por la frente, mientras Aquiles, también perplejo, lo observa.

En el transcurso de la tardía cena lo habían tratado con una cortesía extrema. El propio Aquiles había salido con intención de elegir un cerdo de gran tamaño y,

cuando lo trajeron y lo posaron sobre el tablero, había cortado el espinazo y dispuesto los trozos, sazonados, sobre los morillos para asarlos, en honor a su regio invitado.

Sobre la pequeña mesa del cobertizo vacío —los mirmidones habían sido despedidos en silencio—, con Automedonte y Álcimo para traer los platos y mezclar el vino, habían acordado muy pronto los términos de la tregua.

Nueve días tenían los troyanos para marchar hasta los bosques del monte Ida y cortar los troncos de pino para preparar la pira funeraria de Héctor. En la ciudad, nueve días de luto ceremonial. En el décimo día, la incineración del cuerpo de Héctor. El undécimo, para erigir su túmulo fúnebre. Al duodécimo, se reanudaría la guerra.

Pero eran esos once días de paz los que Príamo había sentido brillar alrededor de ambos mientras se remojaban las manos en la jofaina y hablaban con calma.

Días de pesar, pero días que también permitían descansar del estruendo y el horror de la batalla. Tiempo para vivir.

En silencio, mientras comían juntos, Aquiles y él habían descubierto una nueva sensación de intimidad, cautelosa al principio, si bien asimismo respetuosa y por último bastante natural, aun cuando Príamo se viera obligado a recordar constantemente con quién estaba compartiendo el pan y lo que yacía ahí fuera, envuelto en una sábana y esperando a ser reclamado.

Había comido poco, pero, para guardar las formas, había tomado un poco de cada plato.

Aquiles, animado por Automedonte, comía con ganas. La grasa que chorreaba de la carne le cubría las enormes manos y, por un instante, con el movimiento de sus mandíbulas, Príamo había vislumbrado con claridad la terrible maquinaria de aquel hombre aun cuando no hablaran más que de paz.

Así pues, refrescado por el sueño y por el agua con la que se ha salpicado la cara, Príamo se vuelve y caminan juntos hasta el patio.

El carro ya está cargado y espera con el carretero a su lado; las dos mulas, sin hacer ruido, aguardan uncidas al yugo. A Príamo le complace ver que la más pequeña lo reconoce. Cuando le rasca la cabeza, el animal refrota la oreja contra su manga. Sobre la base del carro, bajo un rico manto, el cuerpo de su hijo.

Pasa a su lado y deja que la práctica de tantos años, esa vida de rigurosa disciplina, no permita a esos desconocidos reparar en lo que siente. Extiende la mano para que su buen Ideo lo ayude a subir.

Sorprendido una vez más por lo rápidamente que todo aquello se ha convertido en algo agradable y familiar para él: la mano encallecida del carretero apretando la suya; las dos mulas, dispuestas a partir, empezaban a impacientarse y a bailotear sobre el suelo escarchado, e incluso la incomodidad del pescante de madera, tan duro para los huesos de un anciano, le hacen sentirse como en casa.

Aquiles y sus dos ayudantes, formando un cortejo junto al carro, los acompañan hasta la puerta abierta. Grupos de guardias recién levantados se mueven por entre las

hogueras y observan sorprendidos cómo el carro, con su escolta, va retumbando al pasar a su lado para detenerse frente a la puerta. Aquiles, al lado de Príamo, reposa por un instante su mano sobre el dosel.

—Llámame, Príamo —dice con suavidad—, cuando las murallas de Troya caigan a tu alrededor y yo acudiré en tu ayuda.

Ha llegado el momento de la despedida.

Príamo hace una pausa y la crueldad de la respuesta que sale de sus labios lo sorprende.

—¿Y si cuando yo te llame tú ya estás entre las sombras?

Aquiles siente cómo un escalofrío le recorre el cuerpo. Hace frío ahí fuera.

—Entonces, para tu desgracia, Príamo, no acudiré.

Aquiles sabe que aquella es una broma de esas que hacen disfrutar a los dioses por su tétrico sentido del humor. Sonriendo con la presciencia de lo que ya ambos han visto, levanta la mano y, con una palabra del carretero, el carro sale traqueteando del campamento.

CINCO

El sol ya brilla en lo alto y ha empezado a derretir la blanquecina capa de escarcha, dura pero quebradiza, a medida que dejan atrás la empalizada. Los pajarillos pían entre la niebla que avanza a rastras, tan cerca del suelo que parecen estar viajando a través de un lago sin orillas que se extendiera en todas direcciones. El carretero se inclina hacia delante, sobre las riendas. Llama con suavidad a las mulas y tira de ellas a un lado y a otro mientras sus patas buscan, a tientas, el camino.

A ambos lados, los túmulos de los muertos. Figuras fantasmales se materializan por un instante ante ellos para disolverse a continuación. Niños pequeños y ancianos recogen leña que apilan a brazadas en carretillas o acarrear sujetas a la espalda en hatos que se bambolean. Las mujeres andan rebuscando reliquias de la batalla: un alfiler plateado, el broche desprendido de alguna greba. Esa parte de la llanura ha sido el escenario, en un momento u otro, de escaramuzas o batallas campales en las que cientos de hombres han caído y desaparecido para siempre.

Las mujeres se desplazan muy cerca de la tierra y con las manos dan vuelta a los terrones, rompiéndolos con dedos hábiles, demasiado absortas en su labor como para preocuparse del carromato que asoma por entre la niebla y pasa retumbando entre ellas.

Más adelante, a medida que las estelas de niebla se hacen menos densas y la débil pero cálida luz del sol les golpea las espaldas, pasan junto a las ruinas de un pueblo: los troncos carbonizados de un olivar y una docena de cobertizos sin tejado, ennegrecidos por el humo. Media docena de niños andrajosos, de ojos grandes y vientre hinchado, salen a mirarlos fijamente. Una de ellos, una pequeña de tres o cuatro años, mantiene una mano extendida, como si estuviera pidiendo limosna, pero no hace ningún esfuerzo por acercarse.

Prosiguen en silencio, lentamente, hasta que el sol brilla alto en el horizonte y por fin han dejado atrás la vista del campamento y sus puestos de vigilancia. Y entonces...

—Aquí —dice con sosiego Príamo—. Para aquí.

Por lo que el carretero sabe, se encuentran en ninguna parte: en una franja seca y desolada de maleza y malvas que llegan a la altura de la cintura, pero tira de las riendas, llama a las mulas y se detienen.

Príamo rechaza la ayuda que le ofrece el carretero, desciende del pescante, camina alrededor del suelo del carro y, por último, levanta la tela que cubre el rostro de su hijo.

El carretero permanece sentado. Jugueteando ligeramente con las riendas entre las manos, mantiene la mirada fija al frente.

Allá lejos en la distancia las colinas que conducen a Troya apenas comienzan a poblarse de sombras, las crestas ya bruñidas de oro. Tras él, oye los tenues sonidos que emite Príamo. No hay palabras, pero los comprende. Sus pensamientos vuelan hasta esa larga noche que pasaron, él y la madre del muchacho, cuando trajeron a su primogénito a casa y se sentaron juntos bajo la incierta luz de la lámpara, a ambos lados del cuerpo destrozado. Sin palabras, pero no en silencio.

Hace un ruido con la nariz, se la frota con el reverso de la muñeca y tira levemente de la rienda izquierda para que *Preciosa* gire la cabeza, lo justo para vislumbrar el ojo redondo del animal con esa blancura brillante.

Su aventura está tocando a su fin. «Dentro de nada —se dice—, volveré a mi vida de siempre.» Y entonces piensa, con una explosión de alegría, en la pequeña, su nieta, ahora ya plenamente recuperada. En cómo vendrá corriendo con sus piernecillas regordetas para recibirlo cuando dé la vuelta a la gran roca que hay en la falda de la colina y comience la lenta ascensión hasta el pueblo. En algún punto del camino tiene que encontrar algo que pueda llevarle. Mañana volverá a trabajar como siempre, con su carro y sus dos mulas, a esperar en el mercado a que alguien lo contrate.

Detrás, Príamo guarda silencio. Unos instantes después da la vuelta hasta el escalón del carro y, sin pronunciar palabra, extiende la mano, para que lo ayude a subir.

Prosiguen la marcha. No cruzan palabra. El sol va calentando cada vez más. El olor húmedo y cálido que devuelve la tierra los alcanza.

Tras esos instantes de desconcierto, Príamo se tranquiliza. El aire sopla fresco y limpio. El carro rueda ahora a buen ritmo, más ligero que en el viaje de ida. Triunfal.

Naturalmente, no es más que un triunfo provisional. No debe uno fiarse de los dioses cuando, por un instante, inclinan la balanza a tu favor. Además, ¿qué clase de triunfo es traer a casa el cadáver de un hijo? Pero él ha hecho algo por lo que será recordado mientras se cuenten esas historias. Se ha adentrado en un espacio hasta entonces deshabitado y ha encontrado una forma de hacerlo suyo. No cumpliendo su caduco papel como rey, puesto que todo lo que tendría que haber hecho en ese caso era haber seguido las convenciones, meter los brazos bajo las mangas de una prenda vacía y permanecer en pie, erguido; sino como alguien para quien todos los gestos deben volver a nacer, todas las palabras deben ser descubiertas de nuevo, por no hablar de la convicción necesaria para llevar todo ello a buen término. Así lo ha hecho y regresa a casa como un hombre nuevo, incluso en estos últimos días de su vida.

«Mirad —quiere gritar—, sigo aquí, pero he cambiado. Llego como un hombre sumido en el dolor que trae el cuerpo de su hijo para enterrarlo, pero también como el héroe protagonista de algo que hasta ahora nadie había intentado.»

No piensa en ello como en un principio o, en cualquier caso, no como el principio

de algo trascendental. ¿Cómo podría serlo? Por delante aún queda el ínterin de la tregua, un período durante el que se reanudaría la vida ordinaria, un día tras otro. No podía contarse con nada más, pero teniendo en cuenta su estado, le basta.

Una vez más alcanzan la pendiente que, a través de sicomoros y encinas conduce hasta el vado con sus dos corrientes, la una lechosa, la otra corriendo clara sobre las piedras iluminadas por el sol. Ente ambas, los bancales de arena con sus matas de laurel en flor.

Se adentran en el agua. El carretero se baja para dirigir a sus mulas en el cruce de la corriente, que llega a la altura de la cintura, hasta alcanzar la gravilla y el montículo de arena del islote a mitad del trayecto. De vuelta en el carro, las conduce con mayor facilidad a través de la segunda, que baja rápida pero apenas les llega al corvejón. Después ascienden por la orilla, que se inclina con suavidad.

La cortina de tamariscos se agita y resplandece, pero no se detienen y ningún dios espera distraído en la sombra. Vuelven a casa. Esta vez no necesitan guía ni salvoconducto.

Mas Príamo recuerda, con afecto, aquella ocasión anterior. En el agua, en cómo le refrescó los pies al sentarse con la túnica recogida en el regazo y los dejó a remojo. En los pececillos. En lo ricas que le habían sabido las tortitas y en la joven que las había hecho, agraciada —tenía la palabra de un dios— a pesar de su cojera. Todo aquello se le representaba cálidamente en el recuerdo, como un instante recuperado de su infancia con una vida entera entre medias, aun cuando en realidad hubiera ocurrido apenas hacía unas horas.

Casi han llegado a casa. Mientras emerge de entre la hilera de árboles que delimitan el curso del río, Troya, con sus murallas y bastimentos, allá lejos, pero no tanto, es visible en el risco sobre el que se aposenta. Manchas diminutas, golondrinas, forman círculos muy cerrados alrededor de sus torres y círculos más grandes en el cielo, subiendo vertiginosamente hacia los cielos de puro azul.

A medida que avanzan, la tierra se enjambra y canta hacia el horizonte, las ruedas del carro retumbando y las patas de las mulas atabaleando sobre el camino, convertido ya en carretera, Príamo piensa en cómo esas murallas, en los tiempos del rey Laomedonte, su padre, se habían levantado al sonido de la música que salía de las manos de un dios y siente que su regreso al hogar es una vuelta a un estado de exultante bienestar en el que también él se siente divinamente dirigido por la música.

También en su cobertizo Aquiles se siente invadido de una claridad que supone tanto algo nuevo como un retorno a algo conocido. El movimiento del cuerpo, el bailoteo de la sangre en el juego de manos, pies y ojos parece una vez más ejercitar su espíritu. Le brillan los tobillos. La espada, al levantarla, se torna metal surgido de las profundidades de la tierra, convertida en sólida llama. En el calor y la energía instantáneos que lo invaden, el final, que ahora parece tan cercano, parece haber quedado milagrosamente en suspenso.

Pero no es así.

El niño Neoptólemo ya no está en la casa de su abuelo paterno en Esciros, mimado por las mujeres. El vengador de la muerte de su padre, de cabellos bronceados y lleno ya de la fiera luz del futuro, se ha hecho a la mar y navega prestamente rumbo a Troya.

Hijo del tiempo, ya sabe que los días postreros de esta historia le pertenecen. Apenas puede esperar a irrumpir por las puertas y adentrarse como un rayo en el sinfín de pasillos, el laberinto, el centenar de habitaciones del palacio de Príamo, hacia el lugar donde el anciano, que permanece en pie aturdido junto al altar central, le devuelve una mirada de asentimiento. El resto es precipitado y sangriento, pero todo se desarrolla con la sencillez que acompaña al trance: así lo ve el joven héroe, así lo ha vivido a través de los largos días de entrenamiento en sus sueños de muchacho. Pero ese instante, cuando llega, no es en absoluto así.

En su huida, Príamo ha tropezado con la costura de su túnica y yace caído de bruces sobre el suelo de palacio. Lanza una mirada aterrorizada tras de sí en el momento en el que el irascible muchacho desciende, hecho una furia, encolerizado, su cuerpo un horno abrasador, gritando a pleno pulmón. Su boca proclama la noche instantánea.

El propio joven apenas puede mantenerse en pie. Está ya tan ebrio con esa carnicería y lo asalta un temor tan grande que, en la excitación del momento, podría despertarse de su vengativo sueño. «Padre», susurra su alma invocando una figura a la que apenas recuerda. Ser hijo del gran Aquiles es una carga. Escuálido y esquelético, el anciano sobre el que ha caído, como un perro al que hay que matar y que se niega a morir en silencio, se levanta a medias y forcejea con él. Se retuerce con violencia a un lado, resistiendo el filo de la espada y el muchacho, a pesar de su fortaleza y vigor, de la dureza y la agilidad propias de la juventud, gruñe por el esfuerzo y pierde el aliento. Se le acelera el corazón. Las palmas de las manos le resbalan de sudor.

Extrañamente despatarrado, grita como un niño, frustrado (¡esto es ridículo!) y tira con fuerza hacia atrás de la cabeza en dirección al brazo doblado, mientras con su mano derecha corta violentamente el cartílago. Grita de nuevo y golpea y golpea. La sangre caliente le salpica violentamente el puño.

«Padre», susurra de nuevo y, para horror suyo, mientras siente cómo se le erizan pelos de la nuca, el viejo bulto que agarra firmemente contra su pecho, como si de otra ocasión se tratara, de otra vida o historia, le dirige una sonrisa fantasmagórica y distante; entonces, con un último espasmo y estertor sordo y horroroso, desaparece y el aire se llena de un hedor a mierda.

Aún jadeante, el muchacho se incorpora. Aparta de un empujón al anciano, lejos de sí. Lanza una mirada temerosa a su alrededor. Al menos no hay nadie allí para verlo. Para ver aquella chapuza. Todavía aturdido, con el corazón asqueado y palpitante, se pone lentamente en pie.

Sobre el pavimento, a su alrededor y bajo sus pies, un gran cerco de sangre. Permanece erguido, hombros caídos, las manos espesas y pesadas colgándole de las muñecas. La euforia que se había apoderado de él ya ha desaparecido. En un repentino giro de los acontecimientos, lo sustituye una aplastante decepción, abatimiento, tristeza animal, desaliento. Nada ha ocurrido limpiamente ni como había deseado. ¡Una chapuza! Un revoltijo, una confusión infantil. Con el mentón hundido en el pecho, susurra un «Perdóname, padre». Cálidas lágrimas inundan sus mejillas.

Para él, la miseria de ese instante será eterna, tal es la triste realidad con la que tendrá que vivir. Se cuente como se cuente la historia, con más o menos detalle, la vergüenza pura lo acompañará hasta su último aliento. Mas el tiempo aún no ha llegado a ese punto. Con la sangre aún caliente y golpeándole las muñecas, Príamo levanta un brazo y apunta hacia las murallas de su ciudad y hacia una figura que permanece en pie, decidida, a contraluz.

—Allí —le dice al carretero—. ¿La ves?

El carretero asiente, pero está perdido en sus propias cavilaciones.

Debe encontrar algo en el mercado para su pequeña. Quizá un par de pendientes o una carretilla de juguete parecida a su carro (eso le gustaría) para que pueda traquetear arriba y abajo por el suelo de su humilde casa. Algo, también, para la nuera (más difícil, sin duda) para celebrar su vuelta al hogar y marcar ese día y esa noche que acaba de pasar, tan extraordinaria y por la que está en deuda con *Preciosa*. También buscará algo para *Preciosa* y *Choque*, que no puede evitar (pobre criatura) ser tan ordinario y no tener ningún encanto especial.

Con un ligero remordimiento de conciencia por albergar un pensamiento tan ingrato, se inclina hacia delante y rasca las orejas de *Choque* con las riendas y, entonces, para que *Preciosa* no se ponga celosa, le rasca también la oreja.

En cuanto a todo lo que ha ocurrido en estas últimas horas, ¡menuda historia que tiene para contar! La contará durante muchos, muchos años.

En sus primeros tiempos, mientras Troya permanece en pie, sólida y reluciente sobre su elevada colina, las figuras de las que hablará (Príamo, Hécuba, Aquiles) serán aún, en la mente de su audiencia, coetáneos de su mismo mundo, criaturas de carne y hueso como ellos. Más adelante, cuando Troya se haya convertido en la cumbre de una colina más batida por el viento, sus torres reducidas a escombros, sus ciudadanos dispersos o conducidos al exilio o la esclavitud, como Hécuba y la esposa de Héctor, Andrómaca, y Casandra y las demás mujeres de Troya, todo lo que tenga que contar, que alguna vez fue tan real como el picor que siente bajo su túnica y los piojos que aplasta entre sus uñas, se habrá convertido en una leyenda, mitad cuento, mitad fanfarronada de anciano.

Incluso entonces el recuerdo de lo que algún día fue se habrá atenuado en las mentes de una generación que, durante toda su vida, no ha conocido más que el caos y la anarquía. Carreteras intransitables que, cuando no lo son, caen bajo control de pequeños señores de la guerra que exigen peaje en cada vado o de filibusteros con

ánimo de robar o cosa peor. Ninguna aldea, sin importar lo altas que sean sus murallas, estará segura frente a las bandas de bandoleros y merodeadores que, tan pronto como la nieve haya comenzado a derretirse, irrumpirán desde los pasos de montaña para robar a los agricultores hasta el último grano de cereal, prender fuego a sus establos, robarles a sus mujeres y su ganado y secuestrar a sus hijos como nuevos reclutas para su imperio desbocado de fuego y pillaje.

¡Tantas historias!

Se las cuenta a cualquiera que quiera compartir un brindis con él; en las noches de verano, bajo el viejo sicomoro deforme que hay junto a la puerta de la taberna, quedándose a veces dormido a mitad de frase, de tal modo que quienes lo escuchan desaparecen sin hacer ruido, con una sonrisa en los labios y sacudiendo la cabeza; o a la luz de una sola lámpara de aceite, con algún pequeño posado sobre las rodillas (alguno de sus muchos bisnietos) en esas noches largas en las que toda la aldea se esconde de los invasores tras las puertas de algún establo fortificado.

Quienes permanezcan sentados, absortos como niños, y se dejen llevar por estas viejas fábulas, las habrán oído cien veces antes, conocerán ya todos los detalles y todos los giros improbables de los acontecimientos.

El encuentro en el bosquecillo de tamariscos con el insolente tipo que era, en realidad, el dios Hermes disfrazado de guerrero aqueo: un joven emperifollado de pelo dorado y con aroma a clavel, eso era lo que le había descubierto.

Cómo, en un punto tranquilo más allá de ese mismo bosquecillo de tamariscos, se las había apañado, sin demasiadas dificultades, para tentar al anciano rey Príamo, que nunca había oído nada igual, a refrescarse los pies en la corriente y a probar una de las pequeñas tortitas que su nuera preparaba con tanta destreza.

Cómo había pasado la noche al raso, en el patio que había junto a la tienda de Aquiles en el campamento griego, y cómo le daban para comer pedazos de carne que el mismísimo Aquiles había cortado y asado. Con cebollitas y el mejor pan de trigo para untar la grasa. Y cómo había dormido después cómodamente cubierto por una alfombra de lana de cordero que le había ofrecido uno de los ayudantes de Aquiles.

Su audiencia no lo cree, como es natural. Todos saben que es un mentiroso. Ha cumplido cien años y bebe demasiado.

Lo que cuenta ocurrió de verdad, o eso dicen, pero le ocurrió a otro. Ideo, así se llamaba aquel hombre, el heraldo de Príamo. ¿Cómo va a ser que semejante personaje, el heraldo de un rey, lleve tortitas en su mochila? ¿Acaso los reyes, en su grandeza, se mojan los pies en corrientes heladas?

Este anciano, como casi todos los cuentacuentos, no es más que un ladrón de los cuentos de otros, de las vidas de otros. Se ha pasado la vida siendo un pobre obrero. Es, como todo el mundo sabe, un carretero que hace mucho, mucho tiempo, cuando allí había una ciudad, salía todas las mañanas para ofrecer sus servicios en el mercado transportando enseres domésticos de un almacén a otro, o heno, piedras y leñas a las aldeas cercanas. Lo más sorprendente de él es que era el dueño de una pequeña mula

que sigue siendo recordada por esos lares y de la que todavía se habla mucho. Una criatura encantadora, lustrosa y de ojos grandes, que llevaba por nombre *Preciosa* . Un nombre, según parece, muy apropiado, lo cual no siempre es el caso.

EPÍLOGO

Notas sobre las fuentes

Una tarde lluviosa de un viernes de 1943 en la que no podíamos salir a jugar al recreo nuestro habitual partido de pelota-túnel, nuestra maestra de primaria, la señorita Finlay, nos leyó una historia. Era la historia de Troya. Por alguna razón, a pesar de ser un lector ávido, nunca la había escuchado. Cuando el timbre sonó y la señorita Finlay concluyó la clase dejando la historia a medio terminar, me quedé hecho polvo.

También nosotros estábamos en mitad de una guerra. Brisbane, donde yo vivía, era el cuartel general de la campaña del Pacífico del general MacArthur y el lugar donde desembarcaban centenares de miles de soldados estadounidenses y de otros países rumbo al norte. Los edificios de la ciudad estaban rodeados por sacos de arena, las ventanas cubiertas con cinta aislante dispuesta en forma de cruz para evitar que se hicieran añicos durante un bombardeo. Inmediatamente yo había conectado la guerra antigua y ficticia de la señorita Finlay con la nuestra. También nosotros estábamos inmersos en una guerra inacabada. ¿Quién podía saber, en 1943, cómo terminaría nuestra guerra?

Treinta años después, en un poema titulado «Episodio de una guerra temprana», aún obsesionado por los personajes de la historia de la señorita Finlay, intenté armonizar ambas experiencias.

*A veces miro atrás y me veo,
un niño aplicado de nueve años, mirando aún
a través de la cinta aislante que cruza el cristal
a prueba de bombas en tiempo de guerra de mi escuela de barrio.
La grava de pedernal
me riza la cabeza, el patio vibra. Y todos
los que juegan
a destrozarse la camisa en violentos
juegos de guerra se paran y observan pasmados con sorpresa:
Héctor, el héroe de Troya,
es arrastrado, sangre y huesos, por la escena
meado y deshonrado,
mientras mirmidones de moscas negras forman una costra sobre sus heridas
y los más angelicales
de rostro franco, señores de la mutilación,
se echan atrás y observan.*

Otros treinta años después, *Rescate* supone una vuelta a aquella historia inacabada, a mi descubrimiento, primero en 1943, después nuevamente en 1972, de que

(...) la guerra, nuestra guerra,
era real: carreteras de ceniza
donde millones de fantasmas salen de sus zapatos
y caminan descalzos
a ninguna parte (...)

Rescate se introduce de nuevo en el mundo de la *Ilíada* para volver a narrar la historia de Aquiles, Patroclo y Héctor y, en una versión muy distinta a la original, el viaje de Príamo hasta el campamento griego, pero su interés principal radica en la propia narrativa: por qué se cuentan historias y por qué necesitamos escucharlas, cómo las historias se transforman al contarlas. Buena parte de lo que el libro tiene que contar son esas «historias no contadas» que encontramos únicamente en los márgenes de escritores anteriores.

La historia de cómo Patroclo se convirtió en amigo y compañero de Aquiles apenas ocupa una docena de líneas en la *Ilíada*. Los escuetos hechos de cómo un pequeño superviviente de la guerra, Podarces, se convirtió en Príamo («el rescatado» o «el precio pagado»), rey de Troya, es un pasaje igualmente breve que hace referencia a las hazañas de Hércules en la *Biblioteca mitológica*, una historia mitológica en ocasiones atribuida, parece que erróneamente, a Apolodoro (nacido hacia el año 180 a.C.). La historia de cómo un simple carretero llamado Somax se convirtió por un día en el heraldo troyano Ideo y en el acompañante de Príamo en su viaje hasta el campamento griego aparece por primera vez en las páginas de este libro.

Doy las gracias a Alison Samuel de Chatto & Windus en Londres, a Meredith Curnow y Julian Welch de Knopf en Sídney y, una vez más, a Chris Edwards, cuyo ánimo, además de su agudo sentido visual y sonoro, han sido esenciales para *Rescate* desde el primer borrador.

«La esperanza es el sueño del hombre despierto.»
ARISTÓTELES



DAVID MALOUF (Brisbane, 20 de marzo de 1934) es un escritor australiano que ha cultivado principalmente la novela, aunque también tiene cuentos, poemarios, ensayos, libretos y obras de teatro.

Malouf es hijo de un padre libanés cristiano y una madre inglesa judía de ascendencia sefardí-portuguesa.

Se graduó en la Universidad de Queensland en 1955. Ha vivido en Inglaterra; Toscana, Italia; y Sídney, donde dio clases en la universidad del mismo nombre.

Su obra trata de temas de la historia, la sociedad y los paisajes de Australia.

Los primeros libros que publicó fueron poemarios, pero empezó a ser conocido después de su primera novela, *Johnno* (1975), un relato semiautobiográfico de un joven que creció en Brisbane durante la segunda guerra mundial. *Una vida imaginaria* (1978) «lo consagró definitivamente como una de las voces de referencia del continente».

A partir de entonces, Malouf se dedica por completo a la escritura y abandona la docencia.

El gran mundo (1990), novela que obtuvo varias distinciones, cuenta la historia de dos australianos y su relación entre las dos guerras mundiales, incluyendo el encarcelamiento por los japoneses durante la última. *Remembering Babylon* (1993) está ambientada en Australia del Norte durante los años 1850 entre una comunidad de granjeros inmigrantes aislados, amenazados por la llegada de un extranjero, un joven

blanco crecido en el seno de aborígenes australianos.

En 2008 fue elegido miembro de la Royal Society of Literature.

Malouf ha escrito los libretos para 3 óperas (incluyendo *Voss*, una adaptación de la novela de Patrick White y producida por primera vez en Sydney en 1986) y *Baa Baa Black Sheep* (con música de Michael Berkeley), que combina una historia semiautobiográfica de Rudyard Kipling con *El libro de la selva*.

Su obra —que también incluye varios volúmenes de poesía, tres colecciones de cuentos, y una obra de teatro— ha sido distinguida con varios premios y traducida a diversos idiomas.